

Benjamín Prado

No sólo el fuego



ALEAGUARA



Benjamín Prado

No sólo el fuego



Narrativa Hispánica

Benjamín Prado

No sólo el fuego

ALEAGUARA


SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

*Pero no basta, no, no basta
la luz del sol, ni su cálido aliento.
No basta el misterio oscuro de una mirada.
Apenas bastó un día el rumoroso fuego de los bosques.
Supe del mar. Pero tampoco basta.*

VICENTE ALEIXANDRE

Capítulo uno

I

—Dicen que no puedes morirte dentro de un sueño; que tu corazón se detendría si llegases a ver con tus propios ojos cómo alguien te mata: una mujer que tiene una pistola, un lobo que ha bajado a la ciudad desde el bosque, un hombre que usa un puñal, una soga, un martillo —Truman hizo una pausa, dejó que aquellas palabras ocupasen poco a poco la habitación, que los demás las vieran tomar forma, convertirse en objetos reconocibles y casi sólidos que luego, al continuar su historia, siguieran estando allí, por todas partes, dentro del color rojo de las hamacas, disueltas en el gusto dulce de las bebidas, abandonadas junto a la puerta como las botas de un sepulturero—... No sé si lo entendéis, pero es imposible estar vivo de este lado y muerto del otro.

Por algún motivo, muchos de ellos recordarían después, a lo largo de sus vidas, en lugares y situaciones diferentes, que habían estado hablando de eso muy poco antes de que todo empezase, mientras se acercaban una y otra vez a las ventanas para mirar aquel cielo envenenado que extendía su amenaza sobre las calles a oscuras del centro de la ciudad, llenas aún de gente que corría bajo la tromba de agua, de sótanos anegados y coches de bomberos y conductores que escuchaban por la radio noticias acerca del cometa.

A un par de kilómetros de allí, el padre de los muchachos contemplaba la tormenta desde un autobús y en otro cuarto de la casa, inmóvil junto a un balcón, su mujer preparaba las frases con las que esa noche le diría que iba a abandonarlo.

El hombre del autobús se llamaba Samuel y la mujer del balcón se llamaba Ruth. Una media hora antes, al salir del trabajo, Samuel había seguido a una muchacha hasta unos almacenes: anduvo detrás de ella sin saber por qué; la vio comprar una revista, pararse en los escaparates de algunos comercios, hacer una llamada desde un teléfono público. A medida que ella se volvía a mirarlo —una, dos, tres veces, al principio con los ojos llenos de arrogancia,

luego de cautela, después de angustia—, sus pasos eran poco a poco menos despreocupados, más inseguros, igual que si no estuviese allí sino bajando por una calle de Roma o de Toledo en un día de nieve, sobre aceras inclinadas y adoquines húmedos; hasta que de pronto, al doblar una esquina, se puso a correr y él detuvo la caza, se quedó inmóvil, viéndola huir, notando en la piel un viento que le pareció frío y oscuro, un viento hecho para volcar sillas vacías y llevarse las flores de las tumbas.

A las seis, al entrar en el salón donde Truman les hablaba a Marta y a Maceo, Ruth hubiera dicho que lo que iba a ocurrir entre Samuel y ella le daba a todo una apariencia extraña: el mueble-bar, la alfombra, un sillón rojo, el teléfono, una vidriera con cristales emplomados; cada cosa parecía ocultar una amenaza, un secreto, ser sólo la mitad visible de una de esas historias formadas por una casa en ruinas y un pequeño ataúd blanco, por una mujer muerta y una pistola hundida en el fondo de un río.

Miró otra vez la calle: el horizonte estaba muy oscuro por el Este; los relámpagos ponían una luz turbia en las azoteas; los truenos llenaban las cocinas de copas rotas y de perros asustados. En la carnicería de abajo se oyeron los golpes de un hacha y ella se dijo que ésa era otra buena razón para marcharse, aquel horrible ruido que día a día y hora a hora llenaba su cabeza de animales cortados por la mitad, cuchillos, manos blancas manchadas de sangre.

Truman seguía contándole algo a los muchachos y Ruth observó la actitud de Marta, el gesto de desinterés o tedio con que apoyaba la cabeza en la palma de una mano, la forma en que daba la impresión de estar en otra parte, siempre un poco más lejos del punto al que llegase la voz de aquel hombre. Se dijo que la chica era bastante hermosa, con un cuerpo elástico y unas facciones limpias, aunque tal vez tuviera la clase de belleza que necesita más de una oportunidad, que sin una segunda mirada corre el riesgo de pasar desapercibida. Ruth la vio crecer, abandonar los estudios, casarse con el hijo menos listo de una familia rica. La mañana de la boda, ella y Samuel volvían a encontrarse después de algunos años, se sentaban uno junto al otro en los primeros bancos de la iglesia y él le decía: «Ojalá nunca te hubiese perdido». Después vino la muerte del marido de Marta, la fortuna heredada, el largo viaje de las dos por Europa: aún podía recordar las tardes en altamar, el modo en que los trenes se acercaban lentamente a Moscú o Atenas. Una noche, mientras estaban sentadas en un pequeño restaurante del puerto de Ankara o tal vez en un hotel de Berlín,

Ruth oyó cómo Samuel, veinte años antes, cerraba la puerta de su casa.

—¡Es increíble: garajes inundados, árboles caídos, el tráfico hecho un caos, los teléfonos sin línea...! La ciudad entera está paralizada. Estés donde estés, se oyen sirenas porque los truenos hacen saltar las alarmas de los bancos, de las tiendas, de los coches.

Samuel se detuvo en el umbral para tomar aliento y Ruth sintió un escalofrío al ver sus zapatos húmedos, la gabardina clara, aquellos demoledores ojos color verde-pantano en los que de algún modo se basaba toda su reputación, su imagen pública de persona honrada y sincera.

—Hay varios incendios en la zona antigua y un rayo ha destrozado una de las estatuas del Retiro. Dicen que la gente que pasaba por allí se ha llevado los trozos a sus casas —siguió diciendo Samuel, al mismo tiempo que enchufaba el televisor, quizá para buscar un parte meteorológico, alguna noticia que confirmase lo que estaba contando, imágenes de calles inundadas, edificios en ruinas, camiones abandonados bajo el aguacero.

—¿En el parque? —dijo Truman—. ¿Qué estatua? —pero Samuel siguió con su relato, sin hacerle ningún caso.

—A las cinco de la tarde, estaba tan oscuro que se puso en marcha la iluminación nocturna. Luego, todo se vino abajo. He oído que incluso la mayoría de los trenes se quedaron parados a mitad de trayecto, por falta de corriente. Es increíble, qué desidia más absoluta, todas esas personas amontonadas en un vagón, igual que animales, más de dos horas, en medio de un descampado, a las afueras de una estación, dentro de un túnel...

—¿Lo hizo la policía? —preguntó Maceo.

—¿Qué?

—El alumbrado. Si lo pone en marcha la policía.

Samuel lo miró con furia. Le molestaban tanto aquellas extrañas ocurrencias del chico, su modo de entrar en las conversaciones de una manera absurda, siempre por el sitio más inesperado, que con frecuencia sentía una especie de rabia ciega hacia él, un impulso violento tan difícil de dominar que una vez, durante las vacaciones de navidad, en medio de una plaza llena de acacias adornadas con bombillas blancas, lo había abofeteado; y ahora, de pronto, los recuerdos de aquella tarde pasaron a través de él como una ráfaga, en una secuencia hecha de pequeños detalles con los que pudo reconstruir la historia entera, sin errores ni dudas, igual que un hombre que imagina toda una guerra al ver siete u ocho viejos impactos de bala en la tapia de un cementerio: la

fuente vacía, un abrigo amarillo, la nieve sucia llena de pisadas. Maceo también se acordaba y seguiría haciéndolo dentro de un mes, de un año, durante toda su vida. Una mañana de agosto, muchos años más tarde, mientras caminaba junto a su mujer por un bosque o se tendía a su lado en una playa, al oír el sonido de las hojas secas que se desmenuzaban bajo sus pasos o al notar de pronto sobre la piel el tacto desagradable de la arena húmeda, iba a decir: «¿Te he contado cuando mi padre me abofeteó el día de navidad, en plena calle, al lado de una fuente vacía?».

—Las farolas llevan un sistema de encendido automático —intervino Ruth.

Samuel cambió el canal de la televisión, volvió a observar a Maceo y en unas décimas de segundo, de un modo tan incongruente que le hizo preguntarse si en el interior del resto de las personas también se agitaría esa mezcla de sentimientos insolubles, opuestos los unos a los otros, la ira dejó paso a un golpe de amor salvaje: quiero tanto a este chico, es tan dulce, tan inocente, voy a dárselo todo, a enseñarle cualquier cosa que quiera saber.

—Eso es —dijo—, tienen unos sensores para medir el nivel de claridad. Así es como ocurre. Cuando es más bajo de lo normal, se encienden solas.

En la pantalla, una locutora hablaba de una tormenta tropical y de un transbordador hundido frente a las costas de Manila; de naufragos que nadaban sobre una mancha de petróleo de diez kilómetros, en un mar lleno de tiburones. Maceo se preguntó si era verdad que los tiburones dormían con los ojos abiertos, como le había contado Truman en una ocasión.

—¡Es que no me lo puedo creer! ¡Madrid se está cayendo a pedazos y estos tíos se ponen a hablar de Filipinas!

Al contemplarle desenchufar el televisor a la vez que le explicaba a Marta y a Maceo los perjuicios que en unas condiciones atmosféricas como aquéllas podría causarle una subida de tensión a los electrodomésticos; al mirarlo salir del cuarto moviendo la cabeza con aquel ademán de pesadumbre o hastío que significaba: «Así nos van las cosas, qué vergüenza, este país no tiene solución» y luego irse con lentitud pasillo adentro e interrumpir dos o tres veces su ruta hacia el dormitorio para apagar en otras tantas habitaciones alguna lámpara que alguien olvidó encendida, Ruth no lograba explicarse qué mala suerte o qué decisiones equivocadas llevaron a Samuel al interior de ese hombre en que se había convertido. Cerró los ojos y pudo verse una mañana de octubre de veinte años antes, vestida con un traje de chaqueta color durazno, en un aula de la Facultad de Filosofía y Letras; pudo casi retroceder

hasta esa chica de mil novecientos setenta y siete a la que nunca le han gustado los discursos ni las huelgas ni las asambleas y que ese día, mientras teme que en cualquier momento aparezca un grupo de nazis armados con navajas o cadenas o bates de béisbol, oye hablar a algunos estudiantes y sus consignas le parecen confusas, sus palabras le parecen al mismo tiempo demasiado macizas y demasiado huecas. Ruth se apoya en una pared, busca en su bolso un paquete de cigarrillos, mira a derecha e izquierda lo mismo que si fuese a cruzar una calle, se dice: «Cinco minutos. Me largo de aquí en menos de cinco minutos».

En la tarima, delante de la pizarra, los universitarios intentan levantar la voz para hacerse oír por encima de los demás, pronuncian, con una vehemencia que a ella le parece ridícula, frases rotundas, efervescentes. Ruth se sienta, saca un bolígrafo y un bloc, pinta primero una figura indeterminada, después quiere dibujarse a sí misma, intenta reproducir, aunque lo hace sin ningún éxito, los ojos un poco felinos, el trazo recto de la nariz, los pómulos que le dan a todo el conjunto una cierta dureza. De pronto, nota que la gente se ha quedado en silencio, levanta la vista y ve a Samuel.

Ahora, tantos años después, cuando estaba a punto de dejarlo para siempre y algo dentro de ella relacionaba esa separación con los golpes que sonaban en la carnicería, con los animales deshechos, puestos sobre una tabla, cortados por la mitad, Ruth sólo necesitaba cerrar los ojos para rehacer cada una de las sensaciones de aquella mañana, para convertirse de nuevo en la chica que ve a Samuel acercándose lentamente al estrado, clavando su mirada en los estudiantes.

—Me pregunto qué es lo que estáis pensando —dice él, y Ruth deja de pintarse a sí misma, queda hechizada por ese joven que lleva una camisa roja y brilla en medio de la asamblea lo mismo que si estuviese envuelto en llamas —. Me pregunto si estáis pensando que hacer mucho ruido es una manera de dejar de ser débiles. Y lo cierto es... —aquí se detiene, levanta los ojos hacia el techo, cierra un puño, parece sujetar con todas sus fuerzas el extremo de algo que se le escapa, algo grande y poderoso—... Lo cierto es que uno no sabe... ¿Para qué grita la gente? ¿Para asustar a los demás o para no oír su propio miedo?

Ruth se ha fijado en su voz y, a medida que escucha su discurso, también en la manera en que lo forma sin prisas, buscando el equilibrio y la simetría con palabras que da la sensación de escoger con cuidado entre las de más filo, las que tengan un tamaño adecuado, un peso mayor. Poco a poco, mientras Samuel

le habla a los universitarios o coge una tiza y se vuelve hacia la pizarra, ella le inventa una vida: es el hijo rebelde de una familia adinerada y muy tradicional —comerciantes, empresarios; o tal vez dueños de una plantación, de un par de fábricas, quizá de un astillero—, una de esas personas de las que los parientes hablan siempre en voz baja al final de las conversaciones, entre gestos de censura o temor, en el momento de encender un último cigarrillo, cuando los platos de la cena llevan veinte minutos apilados en el fregadero y todo el mundo cree que los niños estarán ya dormidos.

A diez o doce metros de donde ella monta pieza a pieza toda su fantasía, Samuel dibuja de pronto en la pizarra verde una, dos, tres, cuatro, cinco siluetas.

—No hay problema —dice—. Podemos poner los muñecos que queramos. A ellos les da lo mismo que sean cinco o dos mil. ¿Sabéis por qué? Porque no son sólidos. Porque en realidad no representan nada...

Ahora se detiene de nuevo, tres, cuatro segundos; pasea su mirada entre los jóvenes que lo escuchan, clava en ellos unos ojos que son los de alguien que acaba de vencer el último obstáculo o está a punto de lanzar un golpe definitivo: el golpe con el que la puerta se desquicia, el árbol ya está talado, el otro boxeador se derrumba.

—... que no puedan solucionar de uno en uno...

Va tachando con la tiza, una tras otra, las figuras que había dibujado antes y deja que, en medio del espeso silencio que nota a sus espaldas, todos puedan oír el sonido estremecedor de las sucesivas cruces blancas sobre cada uno de esos muñecos que, de pronto, parecen inútiles, vacíos.

—... o si les conviene...

Apoya la palma de la mano en la pizarra.

—... ¡Acabando con todos de una sola vez!

Y al decir eso, borra con un movimiento feroz las cabezas de las siluetas.

Ruth tuvo otro escalofrío al sentir la nitidez de sus recuerdos. Vio a Samuel entrar en la habitación del fondo del pasillo y empezó a ir hacia allí preguntándose si aún habría dentro de él, en cualquier parte donde ella no lo hubiera buscado, algo de ese otro hombre de la camisa roja del que, de algún modo, todavía estaba enamorada, igual que alguien que al pensar en una ciudad se acuerda de una plaza que ya hace muchos años fue demolida pero aún le gusta, con sus balcones llenos de geranios y su estanque y su fila de acacias; aunque ya no esté, le gusta igual que siempre.

Abrió la puerta. Entró al cuarto. Se dijo qué extraño, cuando salga de aquí ya no seré la mujer de Samuel.

II

—Ya viene el perro —dijo Truman en el salón, mientras contemplaba, al otro lado de las ventanas, las nubes cada vez más siniestras y el azul enconado del cielo—. Así es como lo oí llamar en El Salvador. Miraban hacia el horizonte y al ver lo que se acercaba desde allí, decían: ya viene el perro.

—¿Y eso qué significaba? —preguntó Marta, sin levantar la cabeza de la revista que tenía entre las manos—. ¿Que iba a empezar un temporal?

—Si tenías suerte, se trataba de una de aquellas tormentas tropicales. Pero a veces eran tornados. O huracanes. Los huracanes destruyen los edificios, tiran los puentes, hacen que se desborden los ríos.

A Maceo le maravillaban los relatos de su abuelo Truman, sus recuerdos de los viajes que había empezado al acabar la Guerra Civil. A menudo, las historias eran reincidentes, pero los dos fingían no darse cuenta, uno para poder oírlas una vez más y el otro por el gusto de contarlas de nuevo; uno por apropiarse de ellas para siempre y el otro para que nunca dejaran de ser suyas. Por las noches, a solas en su habitación, el chico casi podía saborear el nombre de todos aquellos lugares: Panamá, El Salvador, Costa Rica, México.

—¿Ahí es donde entraste al volcán? —dijo.

—Sí. El volcán San Salvador, en la capital. Era inmenso, amenazante. Mientras duraba la luz podía verse todo el tiempo, desde cualquier parte de la ciudad.

—... Con las laderas cubiertas por el árbol del mango y la cima llena de niebla —acabó Marta. Ninguno de ellos necesitaba mirarla para saber que había una sonrisa de conmiseración o burla en sus labios.

—Aunque mucho antes no se llamaba de ese modo —continuó Truman, sin hacerle a la chica ningún caso—, sino Quezaltepeque.

—¿Mucho antes?

—En la época de los mayas. ¿Te he hablado de los indios mayas? Eran los antiguos pobladores del país. Vivieron en Centroamérica hace unos mil

quinientos años. Eran muy inteligentes: construyeron pirámides y saunas para tomar baños de vapor, tenían conocimientos de astronomía, cultivaban maíz, tabaco, maguey. ¿Y sabes una cosa?

—¿Qué?

—Les gustaba mucho bailar y hacían música usando como tambores las conchas de las tortugas.

Fuera, estalló un trueno tan atroz que las paredes de la casa temblaron. Si alguno de ellos hubiese estado en la cocina, habría podido oír cómo los cubiertos vibraban dentro de un cajón. Cuchillos, tenedores, cucharas.

—¿Y cuando ya no había luz, qué es lo que pasaba con el volcán?

—Por las noches desaparecía y entonces... bueno, entonces era aún más inquietante.

—¿Más inquietante?

—Ya sabes: sentir su presencia a ciegas, saber que estaba ahí, en la oscuridad, aunque no pudieses verlo.

—Quezaltepeque... —dijo Maceo.

En la calle debió de haber entonces una racha de viento demoledora, cruel, porque por un instante oyeron cómo la lluvia azotaba las ventanas, producía el sonido metálico de un puñado de clavos arrojados contra un cristal.

—Me acuerdo de una de aquellas tempestades —ahora la voz de Truman era la de alguien que hablara sobre todo para sí mismo—; de un bosque en el que había caído un rayo... Los árboles ardiendo... Los relámpagos iluminaban el volcán un segundo y luego volvía a ser invisible. Yo no era capaz de olvidarme de cuando había estado ahí dentro. Ya te lo he contado: se iba por una carretera, a través de Santa Tecla; el interior del cráter estaba lleno de orquídeas. Era difícil de creer. Orquídeas blancas y de color morado. Cientos y cientos de ellas.

Marta dejó caer la revista sobre sus rodillas. Parecía exasperada. El teléfono empezó a sonar y fue a descolgarlo a la cocina. Maceo y Truman la oyeron decir: «¿Has visto? Claro que no me lo creo. Mucha gente piensa que esto tiene algo que ver con el cometa».

Maceo se preguntó si sería cierto. Llevaba un par de semanas oyendo hablar a todo el mundo nada más que de aquel cometa: los locutores explicaban por la televisión su velocidad, su tamaño, la distancia a la que iba a pasar de la Tierra. Los periódicos publicaban mapas del cielo y fotos tomadas en el espacio. Varios canales habían pasado películas sobre terremotos o ciclones y

una profesora de su colegio le explicó que fue un meteorito lo que hizo que los dinosaurios se extinguieran hace sesenta y cinco millones de años. Recordaba que el diámetro de aquel meteorito era de diez kilómetros; que cayó en la península mexicana de Yucatán y estaba compuesto de unos minerales llamados cromo-53 e iridio. Si cerraba los ojos, era capaz de oír una y otra vez el relato increíble de la maestra, aquella voz a un tiempo adhesiva y mecánica que decía: «Después del impacto, el planeta se llenó de ceniza y el sol quedó oculto durante meses o quizás años. Se formaron olas de cinco mil metros de altura, los incendios arrasaron los bosques y una lluvia ácida cayó sobre el mundo».

—Todavía puedo ver todo eso —continuó Truman—... Con tanta claridad que parece mentira. Y lo cierto es que no resulta fácil de... bueno, es lo mismo que si los años pasaran y a la vez no pasaran. Igual que si todavía fuera entonces y todo esto a lo que llamamos *ahora* fuese algo que estoy soñando. Una mañana fuimos a las cataratas de Panchimalco, porque el padre de Cecilia le compró un coche y nosotros... Recuerdo que era un Ford, que tenía los neumáticos blancos y a mí me daba la sensación de que esas ruedas hacían un ruido distinto del de las otras, que aquello no sonaba a rodar sino a deslizarse. Qué estupidez, ¿verdad? No sé si antes ya te he hablado de Cecilia. Era tan perfecta que un amigo nuestro la llamaba «la mujer isósceles». Otra mañana fuimos al lago de Ilopango. Las cúpulas de lava tenían aquellos nombres: el Cerro de los Micos, la Isla de los Patos. A quién le importaba. No era más que un... paisaje...

A Truman se le iban cerrando los ojos. Podía reconocer aquella fase previa: primero, la impresión de andar hundido en la nieve; luego, la pesadez de esos quince o veinte segundos que venían justo antes del hombre dormido. Aún pudo decir:

—Fue para ir detrás de ella por lo único que estuve en El Salvador.

Pero parece que Maceo ya no le escuchaba; que seguía pensando en el meteorito, en dinosaurios muertos en las playas, junto a los ríos, dentro de las selvas quemadas. Se preguntó si con el cometa que iba a pasar unos días más tarde junto a la Tierra sucedería algo parecido. Miró hacia la tormenta, hacia aquella tarde sombría que entonces le dio la sensación de estar llena de malos presagios. Si hubiese sido capaz de encontrar las palabras que expresaban sus sentimientos, habría pensado: «Está por todas partes. No hay lugar en el que puedas esconderte del cielo». Pero no lo fue, y eso evitó que pudiera pasar el

resto de su vida contándole a todo el mundo la historia de aquella vez en que intuyó el futuro.

—No sé si podréis creerlo —hubiese empezado—, pero diez minutos antes de que pasara, yo ya lo había visto.

III

—¿A quién quieres engañar, por el amor de Dios? ¿A ti o a mí?

Samuel había estado dándole la espalda a Ruth hasta ese momento, sin prestar demasiada atención a lo que decía, mientras se iba quitando la ropa en el mismo orden de siempre, aquella secuencia corbata-pantalones-americana-jersey-camisa de cada tarde, vuelto hacia el balcón, sin darse cuenta del modo en que la atmósfera del cuarto se volvía densa e inestable y con los ojos puestos en los autobuses rojos, las tiendas desiertas, las aceras encharcadas. Pero entonces, al decir eso, se giró hacia ella con un movimiento de animal acorralado.

—No lo entiendes —dijo Ruth—. Es inútil, porque no quieres entenderlo. Nuestra única opción...

—Perdóname, pero en esta familia *opción* y *nuestra* son términos incompatibles. Tú puedes elegir, yo no. Yo tengo que pasar las tres cuartas partes de mi vida arreglándomelas para traer dinero.

—¿Tú? ¿Y qué pasa con mi...?

—¿Con lo que tú ganas? Ojalá pudiéramos pagar con eso la hipoteca, el colegio, la academia de Marta, las pólizas.

—Me parece que te confundes. Yo no... —Ruth empezaba a sentirse desarmada, incapaz de tapar los agujeros que Samuel hacía en su barco. Empezaba a sentir, por una parte, el desaliento de quien no logra que lo entiendan, de quien ve cómo sus buenas intenciones caen en saco roto o son tergiversadas; y, por otra, el rencor que produce ir cediendo terreno, dejar que el enemigo avance sin poder devolverle los golpes—... Tú siempre desfigurás las cosas, las cambias de sitio, lo confundes todo. Pero no estábamos hablando de eso.

—¿De verdad? Veamos: llego de la oficina a eso de las seis; es decir, que he estado fuera alrededor de nueve horas; entro a cambiarme, mi mujer viene detrás de mí y yo pienso que ahora es cuando ella me dice: bienvenido a casa,

¿cómo ha ido el trabajo?, ¿qué te apetecería para cenar?

—Mira, Samuel, el caso es que esto se nos ha ido de las manos y ya es muy...

—... Pero en lugar de eso, te paras ahí, me preguntas: ¿por qué has desenchufado la televisión?, ¿por qué vas por el pasillo apagando las luces?; ¿cómo te has convertido en este hombre?; y luego te quedas mirándome igual que si fuese un... igual que a un... Seguro que tú sabes lo que hay que poner en los puntos suspensivos.

—Eso es: entras a cambiarte de ropa, te vistes con ese absurdo pijama.

Samuel se miró, sin entender. Efectivamente, acababa de ponerse el pijama. De pronto, le pareció que había algo inexplicable en aquella combinación de tela amarilla, rayas violeta y botones de plástico blanco.

—¿Absurdo? ¿Pero es que te has vuelto loca? ¡Si eres tú quien me lo ha regalado!

—Y vivimos en esta casa, encima de una carnicería.

Vistos desde el exterior, por ejemplo desde las ventanas del edificio de enfrente, Ruth y Samuel debían de parecer inconcretos y rígidos, tal vez un poco torpes, igual que pequeños soldados movidos por la mano de un niño. A esa distancia, separados de quien los estuviese observando por los veinticinco o treinta metros que aquella cortina de agua y aquella luz de aspecto submarino transformaban en un espacio irreal y casi opaco, no era posible intuir lo comparable que era su matrimonio a esa tormenta, ni la nitidez con que se anunciaban en él derrumbamientos, lodo, cenizas, ruinas. Pero más de cerca, en la habitación, al fijarse en el brillo sucio de sus pupilas o en una curva nueva de sus labios —el trazo descendente, el ligero temblor—, era fácil darse cuenta de cómo ella empezaba a sentir que las lágrimas se le acercaban, a notar en la boca aquel zumo de gusto amargo que subía con una perseverancia implacable desde su estómago hasta sus ojos sin que lograra acorazarse contra él, ponerle diques. Y también era fácil descubrir que alguna clase de alarma se había puesto en marcha dentro de Samuel, una señal de emergencia que le avisaba de que el terreno ya no era firme, de que estaba en el borde de un abismo, a punto de pisar arenas movedizas.

—¿Qué hombre? —dijo, al fin—. ¿En qué hombre me he convertido? ¿Dónde quieres ir a parar con todo esto? ¿De qué me acusas? ¿Soy un irresponsable, un egoísta, un vago?

Una furgoneta se detuvo bajo su balcón y durante un rato, incapaces de

añadir nada, de soltarse de la red en la que les apresaban las frases que habían dicho, oyeron el sonido de la lluvia sobre la carrocería. Él se imaginó al conductor: un tipo más bien gordo, de unos cincuenta años, vestido con un chándal tal vez gris, que mientras esperaba a que el semáforo cambiase del disco rojo al verde tenía la mano apoyada en la palanca de cambios, de forma que las vibraciones del motor agitaban su cuerpo con un ritmo maquinal, como si por dentro él también estuviese hecho de pistones, correas, válvulas, rodamientos. Ella, por algún motivo, pensó que la camioneta iba llena de cajas de pescado.

—El hombre que quita la mitad de las bombillas de las lámparas —dijo Ruth—; que cree que los bancos le roban su dinero, que en los restaurantes le engañan, que en los talleres le ponen piezas usadas al coche.

—¿Las lámparas? Pero tú sabes lo importante que es ahorrar energía. Y no me negarás que en los restaurantes...

Ruth se cubrió la cara con las manos. Lloraba por ella, por Marta y Maceo, por el chico de la camisa escarlata que ya no era Samuel, por la manera en que sus sueños se habían transformado nada más que en sueños.

En las últimas noches, mientras daba vueltas en la cama sin poder dormir, encendía el televisor o se preparaba un poco de leche caliente en la cocina para después quedarse diez, quince, veinte minutos contemplando el vaso intacto frente a ella, dedicada quizás a imaginar alguna clase de relación entre su propia vida y la manera en que aquel líquido, sin ningún cambio aparente o visible, se iba quedando poco a poco frío, se había acordado una y otra vez de un episodio de su infancia: era en los años sesenta y su familia vivía en Bilbao, en un bloque de pisos de la calle Cosme Echebarrieta. Un viernes del mes de agosto, sus padres le dijeron que el sábado la pensaban llevar a ver un circo ambulante. Ruth aún podía recordar que pasó la mañana mirando el folleto de colores escandalosos donde se anunciaban los números de la función; que después se puso a pensar en el tamaño o el olor de las fieras y hasta consultó el mapa de la India en un atlas para ver el sitio del que leyó que venía el faquir, de forma que la tarde del otro día, mientras iban dejando atrás aquel mundo conocido y de apariencia abarcable hecho con el colegio de los Escolapios de la calle Espartero, el Club Deportivo de la Alameda de Recalde o la Plaza Elíptica, con su fuente y su Gobierno Civil; mientras se aproximaban a la carpa instalada en Basurto, caminaban por la Gran Vía o al pie del Museo de Bellas Artes, viendo entre cada dos edificios recortes del

parque de Doña Casilda o, al fondo, la estatua del Sagrado Corazón, desembocaban en la avenida de José Antonio Primo de Rivera o veían las tapias del estadio de San Mamés, todos aquellos nombres giraban en su interior, emitían un destello de piedras preciosas, un aroma de especias raras: Nueva Delhi, Bombay, el río Ganges, Calcuta.

Sin embargo, el espectáculo le produjo una sensación de tristeza porque al hombre-bala le quedaba estrecho y corto el traje, los uniformes de las trapecistas y la casaca del domador estaban descoloridos, los tres leones parecían viejos o narcotizados y el faquir que se tragaba sables y antorchas ante las gradas medio vacías llevaba un maquillaje color verde-aceituna para parecer hindú, pero la verdad es que era un gallego al que, cuando entraron, habían visto junto a la taquilla, fumando un Rex con gesto de preocupación, sin quitarle la vista de encima al poco público que compraba sus entradas, con el turbante puesto y diciéndole a la cajera:

—La jodimos, rapaza. Me da a mí que hoy va a estar la cosa flojiña.

Ruth casi olvidó todo aquello hasta que una semana después, durante el desayuno, sentados a una mesa llena de tazas de cacao, palmeras glaseadas y jugos de fruta, su madre leyó en el periódico una noticia sobre el circo según la cual sus responsables habían abandonado a las afueras de la ciudad, tras la representación, a uno de los leones. El texto decía que estaba en una jaula de acero, bajo unos árboles; que los empresarios seguramente se encontraban en quiebra, no tenían medios para alimentar a todos los animales y por eso lo habían dejado; que de momento los vecinos lograban mantenerlo vivo echándole algunos despojos y los restos de sus comidas.

El lunes, al salir del colegio, su padre la llevó, esta vez en coche, hasta la avenida de José Antonio y Basurto, donde unos días antes estuvo montada la pista del circo, y luego condujo hasta un solar en el que pronto descubrieron lo que buscaban: había un grupo de personas cerca del león y sobras de toda clase dentro de la jaula, alrededor de la bestia. La gente le arrojaba huesos y carne cruda, latas de conserva y trozos de bocadillos. Luego, se quedaban allí un rato, en silencio, hasta que diez o quince minutos después se iban hacia sus casas, sacudiendo gravemente la cabeza y con una expresión de pesadumbre en sus rostros, lo mismo que si acabasen de comprender algo fatal acerca de su propio destino.

Ahora, treinta años después, parada frente al hombre del que iba a separarse, Ruth no estaba muy segura de por qué jamás había olvidado esa

historia; por qué una y otra noche, sentada a oscuras en la cocina, interrumpiendo sin ningún motivo lógico la preparación del discurso que construía para decirle adiós a Samuel, no sólo recordaba a los personajes principales del relato como su padre, el faquir, el león o ella misma, sino también cuatro o cinco detalles absurdos de aquellas personas desconocidas: una mujer que llevaba unas botas de goma, dos chicas con abrigos idénticos de tonos claros, entre ocre y yema tostada.

Y tampoco sabía de qué manera cambió de rumbo su conversación con Samuel, cómo las palabras tan minuciosamente pensadas a solas se convirtieron en la pelea de siempre sobre el despilfarro, la electricidad, las facturas, los hijos, el cansancio; se convirtieron en toda esa hojarasca con la que se quemaban de una forma tan lenta y tan inútil sus vidas.

—Siempre me he esforzado por vosotros —dijo él—. He tenido que renunciar a tantas cosas.

—Es cierto. Pero tú no eras él. Me engañaste. Tú no eras ese chico.

—¿Qué? ¿De qué estás hablando?

—No te ha costado nada. Eso también es mentira. Lo único que hiciste es renunciar a lo que no eras.

—¡Que no me costó nada!

—Yo —empezó Ruth—... ya no puedo... —pero se detuvo, porque hablar le pareció inútil, dañino: después de cada palabra se sentían un poco más solos. O puede que fuese al contrario, que debiera buscar una palabra más, un verbo o un nombre fuertes como un virus, capaces de entrar en el silencio e infectarlo, hacer que desapareciera.

—Pero entonces... ¿qué es lo que ocurre? ¿Qué ha cambiado? De repente... ¿Qué...?

Samuel dio un paso hacia ella pero como si se alejara en un barco; tocó uno de sus hombros con los dedos, hubiese dicho que su piel tenía la frialdad de un arma. Ruth supo, justo entonces, que llegaba el momento. Iba a sacar la lista de agravios, las humillaciones, las mezquindades e injusticias que durante tantos años cada uno cometió con el otro y los dos fingían que iban olvidando pero en realidad eran sólo cicatrices ocultas, secretos a voces, munición almacenada en espera de una guerra. Y era posible que también le hablara del otro hombre.

—Mira, Samuel... —dijo Ruth.

Y no pudo seguir porque, en ese instante, con un golpe violento, similar a

aquellos otros de cuchillos o hachas que llegaban desde la carnicería, Marta abrió la puerta. No dijo nada pero, al ver el espanto que mostraban sus ojos, los dos supieron que algo horrible había sucedido.

IV

A sus once años, Maceo no estaba muy seguro de lo que era la muerte, pero ya le tenía miedo. Puede que fuese pronto para que le angustiaran cada día y cada noche conceptos como los de *enfermedad* o *dolor*, pero sí le temía a tientes, de esa forma a la vez abstracta e infalible en que uno logra entrever desde el principio que hay algo fatal en un mundo del que salen palabras como *enterrador*, *lápidas*, *ataúd*. Y una de las cosas que le asustaban era que Truman se durmiera de aquel modo, en mitad de una frase, dejando caer algo —un lapicero, una manzana—, quedándose con la boca a medio cerrar, con una cara de pronto sin tensión, sin rasgos, desierta.

Así que aquella tarde, cuando dejó de pensar en dinosaurios y meteoritos, fue hasta él y puso una mano encima de su corazón, para ver si aún latía. Si estaba muerto, pensaba convertirse en un científico que iba a resucitarlo, de manera que estuvo años sin salir de su laboratorio, años de fórmulas erróneas y días estériles, de jornadas en las que perdía la noción del tiempo, trabajaba sin saber si era de día o de noche, con la bandeja de la comida olvidada sobre una mesa, enderezando las colillas del cenicero para fumar un poco más mientras probaba sus experimentos con ratones, con pájaros, con ranas; abrió el cuerpo de uno de esos animales, separó tejidos y músculos, cortó huesos y órganos, el corazón se movía y luego dejó de moverse; él lo miraba sabiendo que allí estaba el gran secreto, que debía existir un modo de pararlo y volver a ponerlo en marcha. Pero todo iba tan lento y era tan confuso, había tantos caminos que no llevaban a ninguna parte. Estaba agotado, pero fue a la cocina y cogió una bolsa, salió a la calle vacía llena de barrenderos, anduvo por barrios solitarios en busca de algo vivo, siempre era posible encontrar dos o tres gatos en los callejones, en la parte trasera de los restaurantes, entre los cubos de basura. Escuchó un ruido, al fondo, entre unas cajas: no eran gatos sino un hombre, seguramente un mendigo. Pensó en Truman, congelado en una cámara especial, en que necesitaba su descubrimiento para volver a la vida.

Miró hacia atrás y empezó a andar hacia ese hombre.

Mientras tanto, Marta continuaba al teléfono. Del otro lado, alguien le hablaba de un tal Lucas y aunque, como es lógico, desde la cocina de Ruth y Samuel no podemos oír lo que ese alguien dice, sí es fácil imaginarlo, al menos en parte, cuando escuchamos esta mitad de la conversación:

—¿Lucas? No te puedo creer. ¡Pero si Luisa siempre lo había odiado! Y él y yo estuvimos hablando una vez de sus... A mí me parece que debe haber un error.

—.../...

—¿Estás segura?

—.../...

—Sí, bueno, es posible que no le importe. Pero no sé. O a lo mejor es que aún no ha conocido esa parte —aunque peleaba por simular desinterés, lo que le estaban diciendo se extendía por ella sin que pudiese pararlo, iba paralizando su mente con la eficacia de una anestesia.

—.../...

—Desde luego que es guapo, el cabrón. Parece que lo han recortado de un anuncio. En fin, supongo que me alegro por ella. Quizá no le importe. Si van a pegarte una puñalada, al menos que sea con un cuchillo bonito.

—.../...

—Puede que sí. Pero, con todo, no te fíes de lo que la gente va contando. Ya sabes cuánto les gusta...

—.../...

—Ya. De todas formas eso no significa...

—.../...

—¿En serio? ¿Y la otra también iba en el coche? O sea, que hubo un momento en el que incluso llegaron a estar juntas. Aunque, no sé...

—.../...

—Vaya, pues entonces es verdad que soy yo quien está equivocada —Marta cerró los ojos, apoyó los dedos en las sienes y dijo que no con la cabeza. Luego, se puso de cara a la pared, se mordió los labios y empezó a pasar una uña por las intersecciones de los azulejos.

—.../...

—¿Van a hacer una fiesta en una casa de campo? No. No sabía que los

padres de Lucas tuvieran una casa en el campo. No, nunca me lo había dicho.

—.../...

—Sí. Estará todo lleno de nieve. Y a mí me dan miedo los bosques —se acordó de cuando eran pequeños y algunos domingos subían a la sierra, de que Truman le dijo que comer un poco de nieve limpia purificaba la sangre y ella lo hizo. ¿Por qué recordaba de pronto eso? ¿A qué sabía la nieve? Entonces no lo supo, pero ahora sí: sabía a soledad, a desesperación, a vacío.

—.../...

—Puede que sí, pero no me fío de los animales cuando no están guisados — intentó fingir una vez más que aún estaba entera, aunque notaba que todo su mundo se iba deshaciendo, que volvía a ser sencillamente él mismo, un lugar donde los sótanos eran nada más que sótanos, los coches sólo coches, los cines cines. Veía desaparecer la magia igual que el amante que al contemplar a su pareja vistiéndose poco a poco junto a la cama ve cómo con cada prenda se borra un fragmento del cuerpo desnudo y emerge lo otro, el ser mortal, prosaico, parecido a cualquiera.

—.../...

—Y además, a nosotras qué nos importa. Que lo celebren ellos dos solos — sus ojos se nublaron, su garganta se quebró con el peso de aquellas palabras y durante un par de segundos en los que tapó el auricular con la mano, tuvo una sensación de desequilibrio, igual que cuando un peldaño se rompe bajo nuestros pies mientras subimos una escalera.

—.../...

—Sí, podría llevármelo. Y también me he comprado el de Oasis. En cualquier caso, no creo que vaya.

—.../...

—Dos mil doscientas. Me costó dos mil doscientas. Es... lo que... —ahora, apenas pudo reprimir un sollozo— ... es lo que valen casi todos los discos.

—.../...

—No, el de Beck ya lo tenía.

—.../...

—Por supuesto que me encuentro bien.

—.../...

—¿Yo? Por mí pueden irse al infierno.

Siguieron así todavía un buen rato. Ahora, la parte de afuera de Marta, por cuya mente pasaban imágenes sucesivas del tal Lucas esperando junto a un

cine, besándola en un asiento trasero o desabrochándole el sostén mientras juraba que la querría eternamente, estaba sentada en una banqueta, mirando el piso de la cocina con una expresión de aturdimiento. Aunque, si aceptásemos que un estado de ánimo puede transformar el sitio donde estás en un lugar diferente, entonces ella se encontraba sin duda en otro punto del planeta en el que los inviernos eran largos y fríos, las carreteras estaban congeladas y por las noches las familias necesitaban un arma para defenderse de los lobos. Una tarde, al regresar a casa después de hacer unas compras, su furgoneta se paró junto al lago, en medio de un bosque.

Había estado allí otra vez unos meses antes, en la época en que el clima era un poco más cálido, para mirar cómo la gente pescaba, por primera vez en la temporada, unos peces llamados siluros. Le dijeron que era una fiesta divertida, que a medianoche tocaban canciones de las montañas, hacían un fuego para asar la mejor pieza de todas las que se hubiesen capturado y cada habitante de la ciudad comía una pequeña porción del animal para tener buena suerte el resto del año. Pero a Marta todo aquello le había asqueado: las mujeres que hablaban a voces junto a las hogueras; los hombres que bebían vino barato; los siluros monstruosos, con sus largas barbas o antenas alrededor de la boca, la piel de color aceite, sin escamas, su brillo pegajoso, agonizando dentro de un cubo.

Desde aquella ocasión, no había vuelto a estar en esa zona y siempre cruzaba el bosque lo más rápido posible, evitando de un modo supersticioso mirar el lago o el río. Por eso, cuando su furgoneta se detuvo justo allí, le atenazó enseguida un espanto irracional. Al principio quiso engañarse a sí misma, cerró los seguros de las puertas y se puso a fumar un cigarrillo dándole a todos sus ademanes una apariencia de normalidad, de calma exagerada: el motor está caliente, tal vez hace rato que el agua hervía, en cinco minutos arrancará de nuevo y podré llegar a casa. Pero al girar la llave nada se puso en marcha, todo siguió en silencio.

La oscuridad caía desde los árboles y, a lo lejos, se escuchaba el ruido de la corriente. Una cosa le hizo recordar a los lobos y la otra a los siluros. Los lobos bajan en grupos de siete u ocho desde la montaña. Los siluros son peces bentónicos, que nadan de noche por el fondo del agua y pasan todo el invierno sin comer, aletargados hasta la primavera. Empezó a tocar el claxon. Nadie la escuchaba. Lo tocó sin parar, dos, tres, cuatro, cinco, diez, veinte veces, con una insistencia histérica, pero el sonido iba siendo más y más tenue según se

gastaba la batería, hasta que al final ya no hubo nada, absolutamente nada aparte de su propio miedo y una voz que decía: «Si te quedas aquí, morirás congelada. Si bajas del coche, te van a matar los lobos. Acabarás en el fondo del lago o del río, devorada por los siluros».

Ésos eran el lugar y la situación en los que estaba en aquel momento la chica que además estaba en la cocina de Ruth y Samuel notando que la tormenta parecía haberse calmado, aunque aún se escuchara ocasionalmente un trueno, algunos relámpagos iluminaran los tejados de los edificios y la tarde tuviese una oscuridad que se propagaba por todas partes, que dejaba el cuarto en tinieblas y les daba a las cosas un tono oxidado, una apariencia propia de objetos hundidos en el mar: dos tazas, una botella de leche, una olla.

—Lucas... —murmuró—. No puede ser. Tienen que estar equivocados. Lucas y Luisa.

Qué extraña, la combinación de esos dos nombres que a ella le parecían incompatibles, antagónicos, lo mismo que *frío y calor, felicidad y tristeza, vida y muerte*.

En el salón, Maceo miró la portada del periódico. Allí estaba la foto del cometa y un texto que hablaba de su edad, su órbita, su núcleo sólido hecho de hielo. También lo comparaba con otros cometas y daba sus nombres: Halley, Kohoutek, West, Brooks, Encke.

Se acercó a las ventanas. Bajo la lluvia, que ya casi cesaba, la calle parecía tener una quietud horizontal, magnética. Salió al balcón: quería mirar hacia arriba, hacia el cielo, en busca de astros, meteoritos, satélites. Levantó los ojos y puso las manos encima de la barandilla. Y entonces es cuando lo adivinó, un segundo antes de que pasara; entonces fue cuando tuvo la certeza de que algo venía hacia él. Quiso soltar instintivamente el metal al que estaba sujeto, pero ya era tarde.

Marta lo vio caer desde la cocina. Vio cómo el rayo bajaba desde las nubes hasta el balcón, oyó el ruido espantoso de la descarga eléctrica y, al escuchar el golpe que vino luego, echó a correr.

Truman abrió los ojos al notar ese mismo golpe, pero no estaba seguro de en qué parte había caído algo, si a este o a aquel lado del sueño.

Ruth y Samuel miraron hacia la puerta por la que entró Marta con la cara brutalmente desfigurada por el pánico y las lágrimas, diciendo: «¡Un rayo!

¡Dios mío, yo lo vi caer! Estaba en el balcón. Ha sido... ¡Un rayo ha matado a Maceo!».

En la cocina, el teléfono aún seguía tal y como ella lo dejó: descolgado, bamboleándose en el aire. Dentro de él se escuchaba una voz que decía:

—¿Marta? ¿Estás ahí? ¿Me oyes, Marta? ¿Vas a venir a la fiesta o no? ¿Marta? ¿Seguro que te encuentras bien? ¿Hay alguien ahí? ¿Marta?

Pero nadie contestó a aquellas palabras que parecieron debatirse, girar, desaparecer para siempre lo mismo que insectos ahogados colándose por el desagüe de una bañera.

Capítulo dos

I

Sin embargo, Marta estaba equivocada y, aunque sin duda aquel rayo mató muchas cosas, afortunadamente Maceo no fue una de ellas.

A pesar de todo, en este mismo instante, cuando hacía ya más de tres o cuatro horas que el chico se encontraba en el hospital, fuera de peligro, descansando en una habitación después de que los doctores le hubiesen hecho análisis de sangre y radiografías, pruebas cardíacas y electroencefalogramas, toda su familia continuaba viéndolo muerto en la terraza de su casa, caído en el suelo, descalzo, con la ropa desgarrada. Aquélla no era la verdad, pero ellos no eran capaces de olvidarla, porque cuando se trata del miedo, que tiene sus propias reglas y a menudo es ilógico, así es como funcionan las cosas: dentro del hombre que sueña con un leopardo, hay un leopardo; en la bodega oscura donde no hay nadie, hay un asesino.

Samuel estaba en el bar de la clínica y desde allí, desde aquel centro, construido a tan sólo dos manzanas de su piso, que él conocía muy bien, miraba interminablemente la imagen de Maceo tal y como lo encontraron, con la cabeza echada hacia atrás, los ojos huecos, las piernas detenidas en una posición artificial, como si las hubiesen forzado o estuvieran descoyuntadas. En algunos momentos, incluso, mientras tomaba un vaso de cerveza o un aperitivo con cierta sensación de culpabilidad, sintiendo que el gusto agradable del alcohol o la comida eran de algún modo incompatibles con la preocupación que sentía por Maceo, también se veía a sí mismo por la calle, corriendo bajo la lluvia con su hijo en los brazos, a lo largo de esas dos manzanas, avasallando a los transeúntes, sintiendo que sus músculos se tensaban más y más, que iban a romperse, que nunca llegaría hasta la zona de urgencias. Sin que pudiera explicar por qué, toda esa parte de lo que pasó la recordaba vista desde arriba, como si fuese un plano grabado desde un helicóptero.

Hasta esa noche, a Samuel siempre le había gustado la cafetería del

hospital. Entraba en ella con frecuencia, los días laborables y los fines de semana, cuando iba a comprar el periódico o al volver de la oficina. Se encontraba bien allí, mejor que en los otros bares, rodeado por personas normalmente silenciosas que parecían mantenerse al margen de todo, estar sumergidas en sus propias preocupaciones o, al menos, ser capaces de compartir el mundo real con aquel otro hecho de quirófanos y médicos, pacientes y enfermeras; que parecían capaces de convertirse en criaturas anfibas facultadas para vivir a la vez en dos hábitats distintos.

A diario, al tomar el desayuno por las mañanas o, a veces, un café por las tardes, Samuel iba fijándose en aquella gente que por lo general se mostraba taciturna y cansada, que daba una sensación de ausencia, de ensimismamiento. Había siempre hombres pálidos y mal afeitados, mujeres que calzaban zapatillas o usaban rebecas de estar por casa, que se frotaban las manos, comían cualquier cosa sin levantar apenas la vista de sus platos y luego mandaban que les preparasen *para llevar* un té o un vaso de leche o una porción de tarta con los que desaparecían rumbo a sus habitaciones, rumbo a sus tragedias familiares.

Controlando el número de semanas que los veía por allí, Samuel lograba hacerse, más o menos, una idea aproximada de la gravedad de sus parientes.

Pero lo que nunca se paró a pensar es que un día, tarde o temprano, iba a dejar de ser un espectador para convertirse en uno de ellos, iba a estar en el mismo punto que todos, haciéndose un millón de preguntas aturdidoras delante de un bocadillo y una botella de cerveza.

Recordó una vez en que dos jóvenes se acercaron al mostrador para pedir un par de latas de Coca-Cola y unos sándwiches. El camarero puso los refrescos sobre la barra y gritó:

—¡Marchando un emparedado vegetal y otro mixto!

—¿Emparedados? Oiga —dijo uno de ellos—, nosotros lo que queremos son sándwiches.

—De acuerdo. Lo que pasa es que aquí los llamamos emparedados.

—Vaya... —la pareja empezaba a sonreír—. Pero... ¿los hacen con pan...?

—... De molde —le cortó con toda la brusquedad que pudo el camarero—: Los hacemos con pan de molde.

Los chicos se miraron. Había un fulgor cómplice en sus ojos. Samuel pensó que eran un par de estudiantes.

—Mire —dijo el más alto—, es que *emparedado* no suena a bocadillo.

—¿Ah, no? ¿Y entonces a qué suena?

—Suena... Bueno, yo diría que suena a vendedor de seguros enterrado en el sótano por su mujer —dijo uno de ellos, y algunos clientes se echaron a reír.

—Eso es —terminó el otro, añadiéndole a la broma algún tipo de clave seguramente privada—: Y además belga. Un vendedor de seguros belga. Como Julio Cortázar.

Ese día, Samuel estuvo entre los que se divertieron con la broma; pero en esta nueva ocasión hizo, sin saberlo, justo lo que una mujer que aquella tarde comía a solas en el fondo del local; una mujer cuya hermana agonizaba, poco a poco, en una UVI de la tercera planta, destruida por un cáncer: imaginó, en primer lugar, a aquel hombre sentado en la cocina de una casa vieja, mal iluminada, tomando una ración de sopa en la que no era capaz de distinguir el sabor del veneno; y, en segundo lugar, lo vio como un cadáver, de pie, con las manos de color azul, con el abrigo y el sombrero puestos, oculto detrás de una de las tapias del garaje. Samuel creyó que si se lo propusiera hasta podría reconocer el olor del arsénico y el del cemento fresco.

En el ala oeste del edificio, Ruth estaba sentada en una silla de color crema, al lado de la cama de Maceo. El niño se había dormido y la pantalla del televisor, que era de esos que funcionan con monedas, acababa de apagarse, de modo que el silencio en el cuarto era absoluto.

Se sentía inquieta; iba de un lado a otro con una continua sensación de malestar, percibiendo que le faltaban fuerzas para poder aclimatarse a todo lo que estaba a su alrededor. Le daban náuseas aquella limpieza aséptica, aquel olor a medicinas, las paredes pintadas de un blanco opresivo, hermético, probablemente porque le parecían una parte de su mala suerte, piezas de la desgracia que le había ocurrido a su hijo.

De vez en cuando, hojeaba una revista o el periódico, encendía un transistor o iba a echar un vistazo a la calle, desde las ventanas, para buscar en el cielo cualquier señal de una tormenta de meteoritos de la que hablaba el diario. Según la noticia, la lluvia cósmica sería visible entre las doce y las tres mirando hacia la constelación de Leo y estaba formada por restos de la estela del cometa Temple-Turtle, fragmentos del tamaño de una bala que entrarían en la atmósfera a una velocidad de setenta kilómetros por segundo y en una cantidad de ciento cuarenta mil cada hora. Los astrónomos decían que tal vez

dañasen algunos satélites, que era posible que mucha gente perdiera la señal en sus teléfonos móviles y en sus antenas parabólicas. Pero lo cierto es que, por más que mirase, Ruth no veía nada, sólo una noche negra y vacía como el Infierno.

Otras veces, sentada en el sillón, después de comprobar la temperatura de Maceo o cubrirle con la sábana, cerraba los ojos y durante unos minutos, incluso, se distraía recordando historias de su vida; pero de pronto un detalle cualquiera hacía que la intranquilidad y el ansia regresaran de inmediato, que sus malos pensamientos se acercasen a ella igual que perros dándole alcance a un evadido.

Se acordaba, por ejemplo, de un accidente que hubo en Bilbao, en la época en que ella aún iba al colegio: un camión cisterna lleno de gasóleo volcó junto a la ría y toda su carga, unos cuarenta mil litros de combustible destinados a abastecer los aviones del aeropuerto, cayó al agua. La mancha estuvo allí cinco, seis, siete días. Su padre le dijo que el queroseno era peligroso, de un carácter ampliamente inflamable. Y en una emisora escucharon que la contaminación había matado a todos los peces; que se empezaban a detectar bandadas de gaviotas hambrientas que poco a poco se internaban en la ciudad buscando desperdicios en los jardines, en los cubos de basura, junto a las ventanas de algunas cocinas. El locutor dijo que dentro de poco podrían atacar a los más débiles: los bebés de los parques, los ancianos, los niños que jugaban en los patios de las escuelas.

—¡Jesús, María y José! Este mentecato se cree que es Alfred Hitchcock.

Ruth sonrió al oír la voz de su padre muerto hacía tres años y al reencontrarse con aquella manera suya de hablar: «carácter ampliamente inflamable», «mentecato», «Jesús, María y José». Pero, de pronto, la mancha de gasóleo, los peces muertos y las gaviotas hambrientas le dieron la impresión de ser malos precedentes, avisos fatales. Fue, de nuevo, a tocar la frente de Maceo, a ver si su respiración era acompasada. El chico estaba bien. Su piel era tan fina y tan pálida que en determinadas zonas llegaba a dar una sensación de transparencia: en los párpados, en las sienes.

Luego, volvió a mirar el cielo. No había ninguna tormenta de estrellas, sólo una lluvia incesante, vulgar, automática.

Naturalmente, recordaba la conversación con Samuel, el modo en que se le había ido de las manos. Pensó en el otro hombre. Se sintió avergonzada. Samuel era mediocre pero honrado, leal pero mezquino. El otro hombre se

llamaba Ramón. Abrió una vez más el periódico y leyó el caballito de mar está a punto de extinguirse, cada año se capturan más de veinte millones de ejemplares, en Hong Kong los venden disecados, en China los usan para hacer ungüentos y píldoras, en muchos lugares de Asia se los comen fritos, los hipocampos cambian de color igual que los camaleones, adoptan sensacionales tonos fosforescentes como táctica de camuflaje o para expresar sus emociones, dicen que curan el asma y los desórdenes del tiroides, su danza nupcial es muy hermosa.

—Ayúdanos —dijo Ruth—. Ayúdanos, Dios mío.

II

—Los sábados iban al Parque Central, justo enfrente de la catedral metropolitana; los chicos se ponían en un lado y las chicas en el contrario. Ya sabes, para irse eligiendo unos a otros. Y después subían a un salón del Gran Hotel a bailar.

—¿Y había muchos españoles? —preguntó Maceo. Estaba en la cama anatómica del hospital y sentía ese sopor viscoso de quien ha pasado varios días tumbado, sin andar, tomando medicamentos, durmiendo a deshoras.

—Había catalanes y canarios —dijo Truman— que eran dueños de tiendas como La Gloria y El Globo. Yo iba mucho por allí, al Mercado Central, donde podías encontrar desde un zapatero hasta un sastre. Me acuerdo de la farmacia Solera, de la clínica de San Juan de Dios, de la panadería El Cometa. Sí que había españoles, sí. De hecho, el hijo del dueño de la farmacia fue uno de mis mejores amigos, se llamaba Juan Garcés y era de Las Palmas.

—¿En Costa Rica es donde conociste a aquella mujer? ¿O eso fue en El Salvador?

—Cecilia. Sí, fue allí, en diciembre de mil novecientos treinta y ocho. En San José de Costa Rica. Precisamente, Garcés estaba ese día conmigo.

—¿Qué hacíais los españoles en San José? ¿Encontraste un trabajo?

—Aún no. Eso fue unos años más tarde, en Panamá. Pero de momento no tuve ningún problema, porque yo me había llevado de aquí algo de dinero y me daba igual gastármelo. Era muy joven. A esa edad no sabes estarte quieto ni hacer planes; no te contentas con mantenerte a flote; crees que lo contrario de avanzar es hundirse.

—Y no es verdad.

—Sí. Sí que lo es, pero no siempre.

Maceo se preguntó de qué manera podría algo ser mentira y a la vez no serlo.

—O sea —dijo—, que tenías veinte años...

—Diecinueve. Sólo diecinueve.

—... y aquel dinero.

—Nada más llegar, lo cambié todo en colones, que es la moneda del país, y lo puse en una cuenta de un banco. Mucha gente se lo quedaba, se resistía a perder su dinero español; algunos ahorraron hasta el límite, llegaron a pasar hambre, a escatimarse a sí mismos la comida o la ropa cuando todavía no les hacía falta, pensando en que seguramente nos esperaban tiempos mejores cuando al final se ganase la guerra; algunos escondían una montaña de billetes en cualquier parte, en un cajón de doble fondo o debajo de una baldosa. ¿Y sabes qué les pasó?

—Se lo robaron.

—No. Bueno, o tal vez debería decir que sí. Se lo robaron, sólo que sin tener que quitárselo.

—¿Cómo?

—Era dinero de la República y después de ganar Franco dejó de servir: ya no era de curso legal, se había convertido en un montón de papel mojado. ¿Te imaginas? De pronto, aquella gente que creyó tener una pequeña fortuna, no tenía nada, estaba a la intemperie, en bancarrota.

—Y a ti no te pasó. Te salvaste.

—A mí y a otros que nos adaptamos a la vida de aquel país. Hicimos amigos desde el principio. Muchos españoles se relacionaban nada más que entre ellos y ésa era una forma de estar solos. Juntos pero solos. Hablaban todo el tiempo de Barcelona, de Tenerife, de Las Palmas; se preparaban platos españoles con ingredientes americanos. Nosotros éramos jóvenes, queríamos divertirnos, conocerlo todo. Íbamos a aquellos bailes de los sábados en el Gran Hotel. Bebíamos cerveza Los Negritos y también Imperial, y en las fiestas nocturnas una cosa hecha de caña de azúcar destilada que se llamaba guaro. No queríamos ni oír hablar de paellas o escaldones. Nos encantaba la comida costarricense, la olla de carne, la sopa hecha con aquellas verduras que tenían nombres maravillosos: challote, yuca, tiquisque, camote, que era parecido a un boniato o una batata. Y el arroz con frijoles, que se llamaba gallopinto.

Maceo disfrutaba, igual que siempre, con el relato de Truman, con aquella historia llena de nombres exóticos que tenían sobre él un efecto sedante. Llevaba tres días en el hospital y le hubiera gustado seguir allí más tiempo, pero a la mañana siguiente iban a darle el alta.

—¿Y Cecilia? —preguntó.

—Eso fue un poco más tarde, en la playa de Puntarenas.

—¿Ahí ibais a bañaros?

—No exactamente. Lo que había allí era otra sala de baile que se llamaba Los Baños, en el hotel Tioga, donde los ricos pasaban de vez en cuando sus fines de semana.

—¿Los ricos no se juntaban con los pobres?

—No mucho. En realidad casi se puede decir que tenían su propio San José, una ciudad que estaba dentro de la otra pero no era una parte de ella. Vivían en grandes mansiones del barrio de Amón; algunos sábados iban hasta Puntarenas en el Ferrocarril al Pacífico y el resto del tiempo, de lunes a viernes, pasaban las mañanas en sus fincas, inspeccionando sus cosechas de café o bananas, y las tardes en el Club Unión, que era una mezcla de restaurante y casino.

—Pero lo de Cecilia fue en la playa.

—En aquel baile de Los Baños. Me acuerdo que ese mismo día estuve con unos amigos en Cartago. Habíamos hecho un viaje maravilloso, atravesando plantaciones y cafetales, viendo el volcán Irazú y la vieja catedral en ruinas, que había sido arrasada dos veces por los terremotos.

—¿Dos veces?

—Así es. Dos veces. La tradición aseguraba que Dios lo hizo para vengar la muerte de un cura al que asesinaron dentro de ella.

—¿Lo mató alguien?

—Sí, para robarle el dinero de las limosnas.

—Y Dios tiró la catedral —de repente, los ojos del chico se fueron cerrando; sintió que el techo, la lámpara, las paredes y el sillón color crema cambiaban de tamaño y de apariencia, se volvían cada vez más diminutas, más borrosas, lo mismo que si las estuviese viendo desde un tren o un automóvil que se alejaba de ellas.

—La primera vez nadie quería creerlo —siguió Truman—, pero después de la segunda catástrofe tiraron la toalla, se rindieron. La iglesia antigua fue abandonada y se construyó una nueva, quinientos metros más allá, la Basílica de Nuestra Señora de los Ángeles. Bueno, pero el caso es que yo tenía todo eso en la cabeza, ¿me entiendes?, estaba enamorado de aquel país, de su olor, de sus tradiciones, del gusto de sus comidas. Y cuando la vi, cuando vi a Cecilia en medio del baile... Era como si todas aquellas cosas se hubieran reunido en ella, hubiesen tomado la forma de aquella mujer. ¿Quieres que te

cuenta cómo era Cecilia? —dijo Truman. Pero en ese momento, al mirar a Maceo, se dio cuenta de que se había dormido.

«Qué mala fortuna —pensó—, mira que ir a caerle un rayo. O quizá no, quizá hay que verlo al revés, pensar que es una suerte que te haya pasado algo así y aún sigas vivo. Pero da igual, en cualquier caso qué podrías haber hecho. Nada, no podrías haber hecho nada. Eso es lo malo de la vida: no puedes hacer que las cosas no sucedan».

III

—Los necios se ríen de estas cosas, pero una espina puede matarte. Se clavan en la palma de la mano o en la yema de un dedo y parecen inocentes, pero si no haces algo suben por las venas, llegan hasta el corazón, lo cortan como un cuchillo.

Marta tecló la palabra *azufre* y luego *llama azul*. Después se quedó inmóvil, con la mirada fija en la máquina de escribir. Estaba en la academia y de pronto se puso a recordar a su padre diciéndole eso, un Día de San Valentín, al lado de un jarrón lleno de rosas, mientras intentaba sacarle con una aguja la pequeña astilla. Odió a Samuel por meterla en aquel lugar, por la insistencia obsesiva con que le había obligado a que compaginara sus estudios y esas lecciones de taquigrafía y mecanografía, diciéndole que si todo lo demás fallaba, si al acabar su carrera no pudiese encontrar un empleo, al menos tendría algo sólido entre manos, un as en la manga, un punto de partida.

—¡Algo sólido! —había exclamado ella durante la cena, una noche de tres meses antes—. ¿Le llamas algo sólido a un futuro de secretaria?

—Doscientas pulsaciones por minuto —contestó Samuel—. Eso es algo sólido.

—No, no lo es cuando no lo necesitas.

—¿En serio? Quién sabe. Quizá no deberías despreciarlo tan pronto. A lo mejor es la única tabla a la que puedas agarrarte en el futuro.

—Estoy estudiando Medicina. ¿Te acuerdas? Ya sabes, la Facultad y todo eso. No necesito ninguna tabla porque no va a haber ningún naufragio.

—¿Ah, no? ¿Y qué me dices de la tasa de desempleo?

—Que huiré de ella cuando aprenda a distinguir entre los músculos fusiformes y los orbiculares, entre el deltoides y el trapecio, el sartorio y el esternocleidomastoideo.

—Vale, lo admito: ésa es la parte principal, lo más importante. Pero no es todo.

—¡Papá! ¡Tú siempre me habías...! —Samuel cortó su frase levantando una mano: se terminó la historia, no hay más que hablar, asunto concluido.

Al otro lado de la mesa, inexplicablemente, Ruth soltó una risita y los dos la miraron con cara de asombro. Por supuesto, nunca supondrían que acababa de escuchar la voz de su padre diciendo: «¡Caramba, pero este individuo es un tuercebotas!». Samuel la observó un segundo, con una tonelada de ira ardiendo en los ojos. Luego, se volvió de nuevo hacia su hija.

—Sé humilde, Marta. No te pido más que eso. No dejes de ser ambiciosa, pero aprende a ser humilde.

En el fondo de su plato de sopa, Marta vio un despacho oscuro, cortinas de plástico gris en las ventanas, una mesa llena de carpetas y documentos, un ventilador averiado. Su jefe se llamaba señor Romero o tal vez señor Gutiérrez, era un tipo cobarde y vago, maleducado y corrupto, un inútil con alma de policía o capataz, vergonzosamente dócil con sus superiores y de una prepotencia pueril con los subordinados, astuto como un zorro y torpe como una mula. Marta entraba en el despacho de aquella escoria sobre las ocho y media o nueve menos cuarto de cada mañana, vestida con un traje acrílico de color salmón, con un suéter de rayas, una chaqueta de ante y una camisa a cuadros, un vestido malva, un vestido púrpura, una falda blanca o amarilla o celeste, llevando un vaso de café en la mano.

A pesar de todo, Samuel la inscribió en aquella academia. Al principio, Marta iba allí dos veces por semana, tomaba sus lecciones y volvía a casa. Pero luego, con el paso del tiempo, empezó a dedicar esas tardes del miércoles y el viernes a salir con Lucas. Hacerlo en unas horas robadas a las clases, a través de aquel mundo que era inexistente o falso puesto que en lo que los otros consideraban la realidad seguía sentada en una silla hidráulica, aprendiendo a escribir el alfabeto al tacto en una vieja Olivetti, le daba una sensación de impunidad: ella no estaba en ese bar ni en ese centro comercial ni en ese cine, sino dentro de un aula, apuntando signos en una libreta; ella tomaba un dictado en otro sitio cuando Lucas bajó una cremallera o un tirante, desabrochó un botón, le cogió la mano.

Sus sentimientos hacia él eran fuertes, pero confusos. Le fascinaba la belleza del muchacho, su musculatura potente, su carácter impetuoso, la expresión a la vez dulce y canalla basada en un eterno gesto de desdén con el que parecía tasar siempre las cosas, reducir su valor, otorgarles una importancia relativa. El problema, para Marta, estaba en que todo eso era

también lo que le atemorizaba, lo que le hacía pensar en él como en alguien peligroso e inestable y, en consecuencia, llenaba su cerebro y su corazón de preguntas y alternativas, de certezas y dudas. Desde luego que él la deseaba, en ocasiones de una manera febril, extrema. Pero el deseo ¿es una prueba de amor o una clase de egoísmo? Desde luego que Lucas cada vez le pedía un poco más, pero ¿qué iba a ocurrir cuando lo hubiese logrado todo? ¿Su audacia era una muestra de fidelidad —nunca me cansaré de ti, voy a quererte siempre— o sólo de impaciencia?

Está claro que la conversación telefónica del día en que el rayo alcanzó a Maceo inclinaba la balanza hacia el peor de los lados. Aunque, pensándolo dos veces, ¿estaba claro? ¿Por qué? ¿Era verdad lo que le habían dicho? ¿O quizá se trataba de un error, de una calumnia, de un malentendido? ¿Estaba Lucas en un coche con una mujer llamada Luisa? ¿Les vio alguien entrar en un hotel?

Marta miró hacia la calle, a los tejados sucios, al cielo encapotado. Dos días después iba a pasar el cometa y mucha gente consideraba eso como el anuncio de una catástrofe. Las noticias hablaban de una ola internacional de frío, de temperaturas cada vez más bajas, de ciento treinta víctimas sólo en Europa. Recordaba algunas imágenes: coches sepultados por la nieve en algún lugar de Rumanía; gente que corría por una calle de Praga; el río Danubio helado frente a Budapest. Volvió al libro abierto encima de la mesa para seguir copiando *es uno de los componentes de la pólvora*. Se detuvo. La máquina Olivetti le pareció un aparato insólito. Su hermano estaba en un hospital. Escribió *se mezcla con salitre y carbón*. Cada letra sonaba ¿a qué? ¿Cómo habría podido explicárselo? ¿A un hombre que clavaba un ataúd? ¿A militares disparándole a una lata vacía?

«Por supuesto que iré a esa fiesta en la casa de Lucas —pensó. Les demostraría a todos con quién se la estaban jugando—. Por supuesto que habrá una emboscada, pero lo que aún no se sabe es quién va a recibir los flechazos y quién va a estar escondido en los árboles».

Marta podría haber sabido lo que los marineros cuentan de uno de los trabajos más duros del océano: la captura del pez espada, una especie a la que le gustan los temporales y las aguas revueltas. Para poder pescarlos, los cargueros navegan en dirección a las tormentas y las tripulaciones faenan mar adentro, aisladas del mundo, a setecientos u ochocientos kilómetros de la costa, donde el oleaje es terrible, las tempestades vapulean sin piedad las

embarcaciones, los vientos de cincuenta a setenta nudos amenazan con romper las jarcias y los estayes, con desarbolar los aparejos y destruir los mástiles. Por regla general, sus opciones se reducen nada más que a dos: tener éxito y llenar las bodegas o irse a pique.

Pero la cuestión es que Marta no lo sabía, que jamás oyó una sola palabra acerca de aquella historia. De modo que es curioso que se pareciera tanto a esos pescadores, que en muchos aspectos fuese exactamente como uno de ellos. Porque nadie iba a detenerla, ningún riesgo la asustaba, nada iba a interponerse entre ella y lo que quería. A los dieciocho años ya sabes que lo opuesto a perder es ganar; pero aún ignoras que no eres invencible.

Se levantó. Se puso el abrigo. Miró el reloj: a esa hora, Lucas ya no iría a buscarla y sin embargo, al caminar hacia la salida entre dos docenas de jóvenes que se inclinaban sobre sus máquinas, a través de aquella caótica sucesión de gestos confusos-atentos-distraídos-amables-tristes-desesperanzados se sintió llena de optimismo, casi feliz.

En la entrada, la directora de la academia le dijo que necesitaba hablarle y Marta le contestó que tenía prisa, que lo dejaran para el lunes, que iba a ver a su hermano Maceo a la clínica. Salió a la calle, anduvo bajo la lluvia, los edificios le parecieron bellos y complejos con sus ventanas negras o iluminadas, dotados de una misteriosa geometría.

«¿Sabes lo que he pensado? —le dijo a Lucas dentro de dos días, en algún rincón de aquella casa del bosque—. Que tendría que partirte la cara. Pero no te preocupes: aún voy a darte una nueva oportunidad. No. Lo de la oportunidad no me gusta. Demasiado soberbio. ¿Sabes? Tendría que partirte la cara. Pero tienes suerte: he cambiado de opinión y ahora es cuando empieza la parte divertida. No, queda mejor sin pero tienes suerte. ¿Sabes lo que he pensado? Que puede que te parta la cara. No se perdería mucho: es bonita, pero hay más como tú donde te encontré. No, eso es demasiado, no vayas hasta un punto desde el que no puedas regresar. ¿Sabes lo que he pensado...?».

Marta se alejó hacia su casa, noche abajo, dejando atrás farmacias, supermercados, zapaterías, sucursales bancarias. Algunos transeúntes se fijaban con brevedad en ella, en su modo de avanzar con grandes zancadas por las aceras, sin paraguas, a cara descubierta, con la cabeza erguida y moviendo enérgicamente los brazos, como alguien que tiene una misión.

Cuando llegan a tierra, cuando bajan de un barco lleno de malos sueños y de peces espada, los marineros duermen en hoteles baratos con mujeres enfermas,

pasean por los muelles, comen mariscos dudosos, beben alcohol de mala calidad en las tabernas y si alguien les pregunta, dicen:

—No te preocupes. No hay problema. Nada puede hacerte daño después de haber estado muerto.

IV

Al girar la cabeza un momento hacia la pared y fijarse en una pequeña fisura, en una grieta que sale del techo y desciende en zigzag hasta más o menos la mitad del muro, a Ruth se le ocurre compararla con el rayo que cayó sobre Maceo. Pasa unos instantes observando la pintura resquebrajada, que además le hace pensar en un reptil, tal vez un lagarto o una salamandra, y después arquea el cuerpo, se coge con las manos a los bordes del colchón, cierra los ojos, nota cómo salen de ellos algunas lágrimas que, al estar tumbada, no bajan por sus pómulos y sus mejillas hasta los labios, sino que caen hacia atrás, hacia las sienes.

Se encuentra muy mal, en un estado donde la rabia, el desánimo, la frustración y los remordimientos se mezclan de una forma caótica e indecisa dentro de ella, igual que el olor de las mercancías en el aire de una tienda de ultramarinos: sabores agrios, salados, acres.

Las lágrimas quemar y van dejando un rastro de soldado que se desangra, una estela que al secarse produce la impresión de cuartear la piel. Naturalmente, Ruth también percibe que las lágrimas no son más que otra versión de la grieta del muro.

Pero antes de todo eso, ha estado nueve o diez días vigilando a Maceo y ha descubierto pistas, pormenores, síntomas que delatan que algo le sucede: el chico está escuchando cualquiera de las historias de Truman, mira un programa de televisión o lee un tebeo cuando, de pronto, sin prolegómenos ni indicios previos, de una manera fulminante, se queda dormido. Sus padres se miran el uno al otro con un gesto grave y lo observan respirar tan pesadamente como si estuviera a una gran profundidad, muy lejos del niño que ellos ven tendido en la alfombra, quieto en las hamacas del salón, apoyado sobre la mesa de la cocina. Así pasan cinco, diez, quince minutos, hasta que al final uno de los dos lo lleva en vilo hasta su cama, donde Ruth y Samuel han descubierto que, con frecuencia, no se mueve en toda la noche: cada vez que

van a verlo, sea la hora que sea, está exactamente en la misma posición.

—Y, bueno, yo no te digo que sea posible ni imposible —le contestó un especialista al que había telefonado para contarle su caso—, pero decíme qué es lo que vos entendés por *exactamente en la misma posición*. Porque yo creo que eso sirve para definir a un cadáver, pero no a un vivo.

—Inmóvil. Eso es lo que quiero decir: in-mó-vil. Lo mires donde lo mires: la cabeza, el cuello, los dedos de las manos, las piernas...

—Escucháme un momento: el hombre es un ser articulado. Nuestra estructura ósea...

—¡Por el amor de Dios! No estábamos hablando de la estructura ósea.

—Pero es que te equivocás, como todos ustedes los que no son médicos. Siempre... y fijáte que *siempre* es una palabra grande... siempre estamos hablando de eso, porque no hay nada más: neuroanatomía, estructura ósea, glóbulos blancos y glóbulos rojos...

Ruth le dio las gracias y se despidió de él con brusquedad, diciéndose que sus argumentos eran científicos y por lo tanto irrompibles; que no le interesaba la realidad, sino la lógica. Pero lo cierto es que cuando en los siguientes días visitó otras consultas y llamó a otros doctores, lo único que obtuvo fue un poco más de lo mismo: divagaciones, circunloquios, evasivas y ninguna respuesta.

Del segundo asunto, que era aún mucho más inexplicable, se dio cuenta Marta al notar cómo su hermano, cuando iba a por un libro al despacho o regresaba a su habitación desde el cuarto de Truman, lo hacía de un modo muy especial: eligiendo siempre el camino más largo.

La casa tenía la siguiente distribución: una pequeña entrada, con la cocina a la izquierda y el despacho de Samuel en el lado opuesto; un corredor que se abría en dos pasillos laterales que llevaban uno hasta el salón, pasando por el servicio general y la recámara de Truman, y el otro hasta los aposentos de Marta y la alcoba de matrimonio. *Recámara* y *aposentos* eran, respectivamente, la forma en que Truman llamaba al cubículo donde dormía y el nombre que Marta escogió para el suyo con el fin de burlarse de su abuelo.

Desde el salón al dormitorio de Ruth y Samuel había otro corredor, de modo que, en definitiva, el de Maceo era, además de su pieza central, el único espacio interior del piso —los otros tenían ventanas o balcones— y estaba rodeado por aquella excéntrica galería rectangular en sus cuatro costados. Depende de cómo se mire, aquél podría considerarse el lugar más acogedor de

la casa o el más solitario; y, por extensión, el agrado que Maceo siempre demostró por aquella zona atrincherada podría ser tanto una muestra de su carácter independiente como un signo de su tendencia al aislamiento.

Lo que Marta notó fue que cuando Maceo salía, por ejemplo, del cuarto de Truman para ir al suyo, no giraba a la derecha y luego a la izquierda, como hubiese sido normal, a través de un tramo de unos trece o catorce metros, sino que lo hacía justo al revés: caminaba por aquel pasillo ininterrumpido en la dirección contraria, pasando por delante del lavabo, el despacho, la entrada, la cocina, las habitaciones de Marta y de sus padres. Al principio, Ruth y Samuel pensaron que aquello era un invento de su hija, pero muy pronto comprobaron que era verdad.

—Deberíamos llevarlo a un psicólogo —dijo ella.

—¡Claro! ¡Qué buena idea! ¿Y por qué no nos ahorramos intermediarios y lo metemos directamente en un manicomio?

—Samuel, no estoy hablando en broma.

—Pues entonces no digas tonterías.

—¿Qué es lo que te asusta? Déjame que lo adivine. A ver... ¿No será el dinero? ¿Sí?

—¿Asustarme? ¡Por Dios santo, Ruth! Lo que necesita el niño es comprensión y un poco más de tiempo, no que lo traten como a un perturbado.

—Mira, aquí el único que se comporta como un... demente eres tú.

La discusión siguió haciendo su trabajo: emponzoñar, corromper, causar estragos; encontró palabras capaces de infectar sus heridas, herramientas para hacer cada vez un poco más hondo el agujero del rencor, del desprecio; y al final, media hora más tarde, cuando cada uno se giró hacia su lado de la cama y respiró intensamente para simular ante el otro que ya estaba dormido, los dejó igual que de costumbre: llenos de odio, pero también de arrepentimiento. ¿Cómo era posible que hubiesen llegado hasta allí? ¿De dónde sacaban toda aquella maldad y por qué permitían que se adueñara de ellos?

Ruth sabía muy bien cuál era la palabra que lo explicaba todo: respeto. Hacía mucho que los dos se perdieron el respeto, hasta un punto en que la suma de las ofensas hechas y recibidas les transfiguraba, iba reduciendo su vida en común a aquel sombrío combate de golpes bajos e insultos perversos; a aquella pelea que, sin duda, era de la peor clase entre todas las posibles: esa en la que, ocurra lo que ocurra y por muy desproporcionados que sean los agravios que se causen o se padezcan, ninguno sabe ni cómo ganar ni cómo

rendirse. A veces, igual que ocurrió la noche en que Samuel le sugirió a Marta que fuera a la academia de mecanografía, el resentimiento lograba convertirlos en personas tan disparatadas que Ruth llegó a preguntarse si estaría perdiendo el juicio: Samuel le explicaba a su hija la utilidad de aquella decisión, las ganancias que quizá sacara alguna vez de esos conocimientos, y Ruth se iba alterando al oírle, detestaba cada una de sus frases, de sus observaciones; cuando Samuel quiso parecer perspicaz ella lo vio absurdo; cuando pudo sentirse convincente, lo encontró grotesco. Así pasó unos minutos, aborreciendo el tono razonable de su voz, la forma en que masticaba la cena, su pijama amarillo; cambiando *previsor* por *mediocre*, *inteligente* por *patético*, *sutil* por *malsano*. Luego, a causa del malhumor o quizá de la fatiga, se puso a hacer conjeturas: ¿Qué hubiese dicho su padre si hubiera estado allí, sentado a la mesa, con las manos instaladas decorosamente a los lados del plato y un aire global de rectitud algo caduca? Lo sintió inclinarse sobre ella o sobre su madre, como solía hacer a menudo en las celebraciones de la empresa o en los banquetes familiares, cuando algún orador o comensal le desagradaba, para decirles al oído: «¡Petimetre!». O, mejor aún: «¡Merluzo!». Ruth empezó a sonreír mientras escuchaba de fondo algunos retazos de la defensa de su hija —*orbiculares, deltoides, esternocleidomastoideo*— y Samuel la miraba con cara de absoluta incredulidad o, más exactamente, de desconcierto, a la vez que le decía a Marta:

—Vale, lo admito: ésa es la parte principal, lo más importante. Pero no es todo.

«—¡Caramba —dijo entonces su padre, dentro de ella—, pero este tipo es un mamarracho!».

A Ruth se le escapó una carcajada. Se levantó haciendo ver que iba a llevar unas tazas sucias al lavavajillas, le echó un vistazo fugaz a la mirada de cólera que le dirigía Samuel y luego se alejó lo más rápido que pudo, pero temblando de risa al escucharle decir:

—Sé humilde, Marta. No te pido más que eso. No dejes de ser ambiciosa, pero aprende a ser humilde.

Cinco minutos más tarde, cuando entró en la cocina para pedirle explicaciones, con los puños cerrados, con la cabeza llena de pero qué es lo que te pasa y me parece inaudito y estoy empezando a hartarme de tus estupideces, Samuel se la encontró con la espalda apoyada en el frigorífico y los brazos cruzados, en una posición que significaba que casi no podía

sostenerse, que se le doblaban las piernas, llorando de risa.

—¡Me cago hasta en mi madre! —gritó, antes de salir dando un tremendo portazo.

«—¡Destripaterrones! —le contestó el padre de Ruth, desde su reino de ultratumba—. ¡Zoquete!».

La consecuencia de ese altercado fue que Samuel y Ruth estuvieron una semana sin apenas hablarse y que eso les proporcionó un periodo tenso, pero también de calma, porque durante aquellos enfados, bastante habituales, en los que ninguno de ellos quería la reconciliación y los dos trataban de esquivarse mutuamente, tanto él como ella se dedicaban a hacerse preguntas a sí mismos y a sacar conclusiones. Al séptimo día, la conclusión de Ruth fue que iba a dejarlo y su pregunta: ¿De qué forma ha ocurrido?

A lo largo de aquella cuarentena pensó en muchas respuestas, pero todas le parecían falsas o parciales. Aunque una sí era indiscutible: Samuel había cambiado. Las incógnitas por resolver eran en qué momento, por qué razón, de quién había sido la culpa. Volvió a verlo en su época de la Universidad: un joven brillante, poderoso, dinámico. Volvió a recordar cómo después de aquella asamblea lo habían elegido para el comité directivo de los estudiantes y el modo en que ella se le fue aproximando, empezó a asistir a reuniones más o menos clandestinas dentro y fuera de la Facultad, a ciertos cafés y cines donde el grupo de los que eran considerados, según quién se refiriese a ellos, como revolucionarios, conspiradores, rojos o subversivos se juntaba para hablar, para establecer planes y estrategias.

En medio de aquellos muchachos y muchachas que hablaban de política citando a Mao Tse-Tung o a Engels; que se jactaban de haber sido arrestados o golpeados por la policía en manifestaciones convocadas para reivindicar desde la libertad de prensa hasta la subida de salarios de los mineros; que usaban continuamente palabras como *utopía, dialéctica o empírico*; que por lo general vestían chaquetas de pana y trajes con estampados psicodélicos, faldas de tela vaquera y jerseys oscuros de cuello alto; en medio de todos esos muchachos y muchachas idealistas o codiciosos, sinceros o aprovechados, Samuel destacaba, como Ruth supo percibir desde el principio, justamente por ser lo contrario de ellos: por su sensatez, por su cautela. Cuando los demás hablaban a voces, queriendo imponer su opinión, atropellándose unos a otros, él se mantenía fuera del laberinto, al margen, en silencio. Cuando las conversaciones subían de tono —hay que apedrear, hendir, romper—, siempre

encontraba una sentencia con la que apagar el fuego: si nos comportamos como animales, nunca nos tratarán como a personas; ser violento no sirve para ser eficaz, sólo para ser culpable; tarde o temprano, en este negocio el que recibe siempre le gana la batalla al que pega. Su prestigio subió de un modo imparable y, en consecuencia, muy pronto logró llegar a esa categoría en la que uno puede permitirse tomar cada vez menos impulso para llegar cada vez más lejos, porque la gente empezó a multiplicar por dos todo lo que hacía: digamos que si según el chico de las doce de la mañana Samuel se había dado un baño de diez minutos en una piscina, según el de las cinco de la tarde acababa de cruzar a nado el Canal de la Mancha. ¿Te enteraste —decían— de lo que ese tío gritó en el mitin? O: ¿Sabes ya lo que le contestó Samuel al decano?

Así las cosas, pronto todo pareció cambiar en torno suyo, adaptarse a él de manera que sus camaradas se transformasen en discípulos o fieles o adeptos y sus enemigos en enemigos acomplejados, en rivales que, por el momento, no buscaban un modo de ganarle sino un refugio en donde esconderse, lo cual significa que Samuel empezaba a acumular poder. ¿Se daba cuenta de eso? ¿Sabía que el poder no se mide por la cantidad de gente que te sigue, sino por la cantidad de gente que huye de ti?

A su lado, en aquella época, mientras paseaban teatralmente por el campus de la Universidad o salían de un local abarrotado de estudiantes, abriéndose paso a través de una espesa maleza hecha de murmullos y miradas de admiración o envidia, Ruth se sentía el centro de algo; sentía que, a su alrededor, el mundo no era más que el resto de la diana. Confiaba tanto en todo eso, se encontraba tan anclada a Samuel y tan segura en el interior de aquella nueva vida de aspecto blindado e inoxidable, que si le hubiesen hecho alguna pregunta acerca de su propio futuro habría dicho que lo adivinaran leyéndole a él la palma de la mano.

¿Cómo se convirtieron en una pareja? Ruth recordaba que no fue difícil, que sólo tuvo que ponerse a su alcance para que Samuel empezara a correr hacia ella. Por supuesto, su táctica de seducción era muy simple, se basaba en la confianza de sacar una buena nota al hacer el inventario de sí misma: por dentro, un corazón limpio y una mente ágil; por fuera, el recuento incluía pómulos altos, ojos felinos, senos pesados y duros, piernas largas. Para que nada de eso resultara imperceptible, Ruth pasó las tres horas iniciales de su primera cita a solas con Samuel hablando del cine de Truffaut y, al empezar la

cuarta, cuando ya habían ido del atardecer a la noche, de las paredes con espejos, los zócalos de mármol y las columnas doradas del Café Comercial al comedor subterráneo de una modesta casa de comidas, desabotonó lentísimamente su abrigo para mostrar con generosidad estratégica aquel cuerpo incuestionable. Al observar los ojos de Samuel, la manera en que miraba como por casualidad, una y otra vez, las piernas que, tras las medias de nailon transparente, parecían mostrar una perfección inhumana o los pechos rotundos que se movían libres, sin sujetador, bajo la camiseta muy ajustada, creyó intuir lo que él estaba imaginando: me quita la ropa, le gusta desnudarme poco a poco, mientras besa, lame, acaricia; ahora estamos en la parte de atrás de un taxi; ahora me abraza bajo el agua, en la ducha de la habitación de un hotel barato.

—Sí... Eso es lo que —dijo él—... Bueno, la teoría básica en *Los cuatrocientos golpes*...

—Caramba, Samuel, pareces un gato hambriento mirando un acuario —le interrumpió Ruth.

Aún recordaba la vergüenza granate que le subió a la cara, su gesto de niño sorprendido hurgando en un bolso, la forma en que primero retiró la mano de encima de la mesa igual que si la apartara de un arma y después volvió a dejarla allí, boca arriba, hasta que Ruth la tomó en la suya. Los dos bajaron la mirada. Él llevaba unos zapatos Gorila y ella unas botas negras. Los manteles eran de cuadros rojos y blancos. En cada mesa había un jarrón lleno de madreselvas. Al encararse otra vez, cada uno descubrió en los ojos del otro un amor eterno, indestructible.

¿Qué pudo apagar ese fuego? ¿Cómo se las arregló la vida para verter sobre ellos su nitrato, colocar sus trampas, abrir zanjas con sus excavadoras? Cada vez que Ruth se repite una de esas preguntas, le da la sensación de estar un poco más lejos de las respuestas.

Aún se encuentra mal, siente un mareo y se agarra con más fuerza a los bordes del colchón. Piensa en lo rápido que cayó Samuel, en la forma en que su influencia, después de la avalancha inicial, se fue diluyendo como una ola que primero se convierte en espuma, luego en arena mojada, luego en una playa vacía. Se acuerda de su viaje nupcial a Nueva York, de las sospechas que empezó a tener allí. ¿Por qué lo supo mientras paseaban abrazados por Central Park o a través del puente de Brooklyn? ¿Qué pequeños detalles lograron que desde aquel joven de ojos depredadores e ideas triunfales Ruth

podiera ya divisar al hombre mediocre y cargado de espaldas en que iba a convertirse? ¿Qué hizo que, de pronto, fuese capaz de intuir su mirada obediente y desnutrida de ahora, su perpetua apariencia de tipo al que le vendrían bien un par de zapatos nuevos?

Seguramente lo pensará otra vez esa misma noche, al regresar a casa. Y también pensará en el otro hombre, ese compañero de trabajo que se llama Ramón y empezó a perseguirla hace un par de meses, a insinuársele de una manera procaz, salvaje. Se acuerda de cómo él la acosaba día tras día y ella siempre lo ha esquivado. Hasta hoy. Hasta esta tarde en que, sin una razón precisa, le ha acompañado hasta el cuarto de un hotel miserable en cuya cama está tendida, con la falda por la cintura y la camisa desabrochada, observando una grieta en el muro y con los ojos llenos de lágrimas.

Ruth suelta las manos del colchón y acaricia la espalda de ese hombre que la repugna, mientras él jadea sobre ella y le dice al oído:

—¡Joder, qué buena estás! ¿Te gusta que te lo diga? ¿Eh, zorra? Menudo par de tetas tienes. ¿Te gusta? ¿Eh, Ruthie? ¿Te gusta que te lo diga?

Y ella le contesta:

—Sí. Me encanta. Eso es lo que quiero. Dímelo otra vez: puta, zorra asquerosa.

V

—Mi padre me dijo una vez que te puedes volver loco si pasas un día entero mirando un reloj de arena.

—¿Y es verdad?

—Sí. Antes no estaba seguro, pero hoy creo que sí.

—¿En serio? —Maceo miró atentamente a Truman, para ver si bromeaba.

—Bueno, tal vez no en un sentido real; pero así es como te parece que son las cosas cuando tienes ochenta años.

—Setenta y nueve.

—¿Y qué más da? Setenta y nueve, ochenta... Lo único que importa es que se trata de una edad en la que todo lo que se te ocurre empieza por la palabra *antes*. Ya sabes lo que se dice: agua pasada no mueve molino.

—¿Eso es malo?

—Es duro. Nada más que eso: duro. Tú aún no lo entiendes, pero hay muchas cosas en este mundo que no se pueden explicar con términos de esa clase: bueno, malo.

—Entonces, por qué... Tú siempre dices que los recuerdos son bonitos.

—Claro. Son cosas bonitas que una vez fueron tuyas, pero ya no lo son.

—¿Como Cecilia?

—Eso y lo demás. ¿Sabes cuál es la mejor sensación que puedes tener en tu vida? La de que vas a empezar algo. La de que todos los pasos que das son hacia delante.

—Y ya no lo crees...

—No sé. Hay muchas partes buenas: os tengo a ti, a Marta, a Samuel. Pero me gustaría... Es difícil de explicar. Algunas veces pienso en lo rápido que se fue todo, sin darme tiempo a descubrir qué era lo importante y qué no lo era.

—¿No lo sabes?

—Ahora sí. Pero da igual, ya es demasiado tarde. Lo ves cuando ya no está ahí. ¿Me comprendes? Cuando ya no puedes cogerlo. Es una lástima que sea

de ese modo, pero hasta que no lo pierdes no te das cuenta de que lo tenías.

Maceo no lo entendió. Ni siquiera era capaz de explicarse la presencia allí de aquel otro hombre en que se convertía su abuelo de manera cíclica, en momentos precisos y por lo común breves, transformándose en una persona triste y resignada, opuesta a la que era el resto del tiempo. ¿De dónde llegaba ese segundo Truman y cómo surgía desde su interior, igual que alguien que sale de detrás de una estatua, con su aspecto de alma en pena, de soldado que camina en una fila de prisioneros?

Estaban junto a la ventana del salón, cada uno con un par de prismáticos colgados al cuello, esperando a que llegase la hora de contemplar el cometa. Los periódicos decían que iba a ser visible entre las doce de la noche y las tres de la madrugada, de manera que aún les quedaba mucho tiempo.

En la calle, el temporal se había calmado, aunque aún quedaba una niebla densa en cuyo fondo los edificios parecían restos de una ciudad incendiada, casas que hubieran sobrevivido a un bombardeo.

—Es tan ilógico —añadió Truman— que en cierto sentido las cosas... bueno, me refiero a todo lo que haces... que sólo se vean bien desde lejos. No sé si me comprendes.

—No.

—Cuando estás encima de ellas, cuando todavía las tienes en la mano, crees que son de un modo, pero después parecen cambiar de forma, de peso. Quién sabe... Mi padre me dijo, poco antes de morir, que la mejor época de su matrimonio habían sido los peores años de su vida, en la posguerra, tras haberlo perdido todo, mientras él y mi madre empezaban desde cero, convertidos por Franco en indeseables, en gente marcada.

—¿Él no era Jefe de Estación?

—Sí, en un pueblo de cerca de Sevilla. Cuando yo era un niño, me pasaba el día subiendo y bajando de los trenes. Ése era mi juego favorito, ir de una parada a la siguiente y luego de vuelta a casa. Me encantaba pasar de un vagón a otro mirando a los pasajeros, hablar con los revisores, ver los raíles desde la cabina del conductor; sobre todo en la temporada de calor, cuando brillaban como una centella. Y fíjate: algunos de esos mismos hombres amables que me dejaban ponerme las gorras de sus uniformes o picar con sus sacabocados los billetes de los viajeros, formaron parte del pelotón que vino a buscar a mi padre para asesinarlo. Eso lo explica todo. Eso explica muy bien lo que es una guerra.

—Pero no lo mataron.

—No. Por suerte no les dio tiempo.

—¿Se escapó?

—Lo sacaron unos amigos falangistas.

—¿Los falangistas eran malos o buenos?

—Digamos que estaban con los malos, pero no eran de los peores.

—Entonces, ¿qué pasó?

—Lo habían metido en un camión y lo llevaban hacia la dehesa, para fusilarlo en las tapias del campo de fútbol. Mi madre llamó a esos conocidos y ellos salieron en su persecución inmediatamente, en un coche.

—Y lo salvaron.

—Sí. Pero se dio cuenta de que corríamos un gran peligro. De modo que decidió cambiar nuestras vidas: ellos dos volvieron a La Coruña, que es de donde era mi madre, y a mí me mandaron a América. Eso me convirtió en un trotamundos y a mis padres en unos pobres desgraciados.

—¿Allí no trabajó en la Renfe?

—¡Qué dices! Eso era impensable.

—Pero él era Jefe de Estación.

—Era un rojo. Y en aquella España del treinta y nueve eso significaba lo mismo que no ser nada.

—Así que no le daban trabajo.

—Vivían en casa de unos familiares de mi madre, en una especie de buhardilla. ¿A que no sabes de dónde sacaron el dinero que me mandaban a mí a Costa Rica?

—Ni idea.

—Robaban volframio, para vendérselo a los alemanes. ¿Te imaginas? ¡Qué irónico: mi padre comerciando con los nazis!

—¿Qué es el volframio?

—Es un mineral. También se llama tungsteno y es tan resistente al calor — de repente, su voz volvía a tener aquel tono profesoral que empleaba, a menudo, al hablar con Maceo— que sólo se funde a más de tres mil grados. Para que te hagas una idea, es la materia con que se fabrican los filamentos de las bombillas.

—¡Tres mil grados!

—Por eso dan luz: a una temperatura muy alta pueden permanecer incandescentes, pero sin llegar a arder. Es tan duro como el platino, pero

mucho más barato.

—¡Vaya...! —dentro de Maceo, que siempre se sorprendía con los imprevisibles conocimientos de Truman, empezaron a resplandecer algunas de esas palabras que tanto le gustaban: magnesio, iridio, níquel, titanio, mercurio, estaño; todos esos nombres de los que estaba hecha la asignatura de ciencias naturales, que aprendía en el laboratorio del colegio. Muchas tardes, los dos se sentaban a repasar las tablas de símbolos de los minerales.

—¿Azufre? —preguntaba Truman, con un libro en la mano; y Maceo respondía:

—*S*.

—Vale. ¿Oro?

—*AU*.

—Hierro.

—*FE*.

—Correcto. ¿Uranio?

—*UR*. ¡No! Espera... *U*, sólo *U*. ¿A que sí?

—Sí. Vamos a ver... Cromo.

—*CR*.

—Muy bien. Tántalo.

—*TA*.

—¿Plata?

—*AG*.

Y lo mismo ocurría con otras materias, cuando el chico intentaba aprender los ríos, las cordilleras o las capitales de los países: al viejo le gustaba que estudiaran juntos y, además, no era extraño que encontrara, entre aquellas fechas, cifras y datos, alguna historia que contar, un rastro que le llevase hasta cualquier punto de la larga línea de su vida.

—Bueno —siguió Truman—, el caso es que Hitler necesitaba el volframio para fabricar sus tanques y sus cañones y que en Galicia lo había. De forma que los cargueros alemanes atracaban en el puerto de La Coruña y le compraban aquel mineral a todo el que pudiera ofrecérselo, sin límite, sin hacer preguntas. La gente sobrevivía entonces en condiciones terribles, comiendo, a veces durante meses, nada más que pan de maíz o avena y una especie de sopa hecha con las cabezas del pescado, que llamaban caldo de perro.

—¿Qué asco!

—Sí, puede que ahora sí. Pero acuérdate de lo que te decía antes: según lo que te esté pasando, las cosas cambian de valor. De pronto, un brazalete de oro cuesta menos que una gallina y un colchón es más importante que un Picasso. Depende del hambre que tengas o de lo cansado que estés.

—Claro.

—Mi padre estuvo primero en Santa Comba, y luego fue hacia Pontevedra, a Vila de Cruces. Allí, a orillas del Deza, había un bosque donde muchos hombres y mujeres, amparándose en la oscuridad, cavaban con cualquier herramienta que tuviesen a mano para arrancar el volframio. Lo hacían de noche, clandestinamente, a espaldas de la Guardia Civil, y por las mañanas se lo vendían allí mismo a los estraperlistas.

—¿Ésos quiénes eran? ¿Los que se lo daban después a los alemanes?

—Justo. Y luego ellos lo sacaban de contrabando por la frontera de Irún. Decían que la marina británica tuvo durante meses un submarino fondeado en la ría de Vigo, para vigilar si España le estaba entregando tungsteno al III Reich; pero, una de dos, o los ingleses no eran muy listos o se hicieron los tontos, porque todo el mundo, menos ellos, estaba al corriente de las idas y venidas de aquellas caravanas formadas por docenas de camiones y sabía que pasaban su mercancía a Francia desde el País Vasco, en lanchas o, muchas veces, en coches especiales y plataformas de carga que enganchaban a los ferrocarriles que llegaban de Portugal.

—¿Por qué no se lo llevaban en sus barcos?

—¡Se habrían ido a pique! Estamos hablando de miles de toneladas. Ten en cuenta que el volframio estaba mezclado con cuarzo y la mayoría de los hombres y mujeres que lo sacaban ilegalmente de las minas o de las vetas que encontraban en el monte no eran capaces de separarlo, de manera que lo vendían así, en bruto.

—¿Y tu padre ganaba algo con eso?

—Bastante más que algo. Mira, los nazis lo pagaban a unas quinientas pesetas el saco. Si tenías suerte de que los carabineros no te pegasen un tiro, en un par de noches sacabas lo suficiente como para apañártelas un mes.

—Entonces, tus padres se hicieron ricos.

—¿Bromeas? No, no fue así en absoluto. Para empezar, porque la mayor parte de aquel dinero me lo enviaban a mí a América, hasta que yo logré colocarme más o menos bien, al llegar a Panamá y después a México. Y además ellos no podían dar la impresión de tener la más mínima fortuna,

puesto que no lo ganaban de forma honrada o, al menos, de forma legal. En cualquier caso, cuando acabó la Guerra Grande, se vino abajo el negocio.

—¿Y tu madre qué hacía?

—¡Nada! Hundirse lentamente. Encontró un puesto de limpiadora en una escuela. Fregaba los pupitres y el encerado, los cristales de las ventanas, el suelo. La bella Delia, así es como la llamaban cuando era joven. Imagínatela a los diecinueve o veinte años, con sus manos blancas y sus ojos azul ultramar, paseando cerca de la playa, con un vestido rosa y una pamelita —dentro de Maceo, efectivamente, una mujer parecida a ésa caminó diez o doce pasos por una calle estrecha, iluminada con farolas. Andaba con otras dos chicas, cogidas las tres del brazo y riendo. Delia se giró hacia él. Llevaba una sombrilla al hombro, carmín en los labios, una sortija verde. Quiso correr hacia ella, contarle lo que le iba a pasar unos años después. Pero, en ese momento, Truman dijo—: Y luego piensa en ella un poco más tarde, en aquel trabajo, condenada a vivir de rodillas, con una bata de criada.

Maceo se fijó en el modo en que Truman pronunció esas palabras, igual que si fuesen trozos de hielo y las estuviera masticando dolorosamente con las muelas: bata de criada, vivir de rodillas.

—Pero tu padre te dijo que había sido más feliz que nunca, en esa época.

—Es verdad. Supongo que compartían una desgracia tan grande que jamás se sintieron más juntos. Hay que joderse: como dos perros atropellados en la misma cuneta —Truman vio la señal de repulsión o alarma en los ojos de Maceo, de forma que decidió matizar lo que acababa de decir—. Supongo que es la manera de llevar algo muy pesado entre dos personas que se quieren, sujetándolo cada uno de un extremo con todas sus fuerzas, intentando repartirse la carga equitativamente: sesenta kilos para ti y otros sesenta para mí.

—Ya.

—Por las noches se encerraban en su buhardilla —dijo Truman, mientras se levantaba a encender la radio— con una pequeña estufa junto a la cama.

—¿Una estufa de gas?

—No. No lo creo. Supongo más bien que funcionaba con leña —Truman miró a su alrededor, tal vez en busca de un camino de regreso, de una salida por la que huir de aquella ratonera en donde sus padres subsistían miserablemente—. O con carbón. Pero ahora vamos a oír el parte. ¿Qué te parece? ¿Aún te sigue interesando ese cometa? Apuesto a que sí. Al fin y al

cabo... bueno, me refiero a que con lo del rayo y... No sé —le sonrió al chico —, es como si en cierto sentido... Ya sabes, como si tú fueses una parte de todo eso.

Oyeron cerrarse la puerta. Maceo sintió unos pasos que avanzaban por el corredor, unos pasos que le parecieron titubeantes, desconocidos, y vio pasar a su padre rumbo a la alcoba de matrimonio. También él le pareció diferente, como si le faltase algo o le sobrara algo, aunque no habría podido decir qué.

Volvió una vez más su atención hacia Truman. En el piso de abajo se escucharon tres o cuatro golpes: alguien había entrado en la carnicería.

VI

¿Qué ve a su alrededor? Habitaciones torcidas; suelos de cemento fresco; muebles hundidos en agua turbia; objetos inestables —un despertador, una lámpara de noche, un libro— cuyo contorno parece difuso, como los bordes de una madera que arde.

Samuel cierra los ojos y los abre otra vez, pensando que, así, todo aquello desaparecerá. Sin embargo, no lo hace; cada cosa sigue en su sitio, despidiendo un fulgor irreal, entrando en él lo mismo que el sol por una vidriera bizantina.

Se tiende en la cama, pero el cuarto entero da vueltas en su interior: fragmentos que giran en espiral, trozos de lo que hay fuera; restos de cómodas, visillos, radiadores.

Vuelve a sentarse.

Se mira las manos y le parecen pequeñas, como si fuesen las de un hombre visto a lo lejos, un hombre que estuviera en otra cama, tres o cuatro habitaciones más allá.

Guarda aún una vaga imagen suya en la barra del bar de la clínica, bebiendo primero cuatro o cinco botellas de cerveza y después dos vasos de whisky; sintiéndose cada vez más frágil pero menos vulnerable. Ahora se encuentra bien, igual que si nada fuera a pasar. Sabe que no es cierto, pero también que su única elección es ésa: o una mentira o el vacío; de forma que opta por el camino más largo porque, igual que hacemos casi todos casi siempre, no quiere la verdad sino sólo un poco más de tiempo. ¿Por qué? ¿Para qué?

Hay varios pensamientos fijos en su cabeza; están ahí dentro, inalterables, flotando en una especie de agua estancada: la chica a la que siguió una semana antes, al salir del trabajo; su discusión con Ruth; los días que Maceo estuvo en el hospital y las extrañas secuelas que aquel rayo le había dejado al chico. En conjunto, todo eso le ha mantenido últimamente fuera de sí, en un estado de confusión total: estuviese donde estuviese, en la oficina, en casa o andando

por la ciudad, no dejaba nunca de sentirse perdido, disperso, similar a la estatua destruida cuyos pedazos se llevaron los peatones, aquella tarde de la tormenta.

¿Qué puede decirse sobre su matrimonio? No es difícil ver que está naufragando; pero ¿cuáles fueron los escollos en que se golpeó? ¿Contra qué iceberg? ¿En un viaje de dónde a dónde? Samuel repasa las cosas que los dos se han dicho en cada pelea, cuenta las fracturas, las contusiones, las llagas; reconoce que el resultado de aquella lucha inagotable es devastador, que la saña cada vez más despiadada con que cada uno acometió al otro les ha llevado a odiarse profundamente. Y eso es lo más extraño, porque se supone que el odio es lo que empieza justo cuando todo lo demás termina y, sin embargo, su impresión no es ésa sino la contraria, la de que el amor, el deseo, la complicidad y el largo etcétera de buenos sentimientos que Ruth y él compartieron en sus inicios como pareja están todavía debajo de aquel barro, vivos entre los escombros. Samuel los considera sólo algo que han perdido pero aún es suyo; algo que está en alguna parte, esperando nada más que vayan a recogerlo. Pensar de ese modo no dulcifica las cosas, sino que hace su fracaso mucho más amargo. ¿Por qué se comportan así? ¿Qué les empuja a este suicidio, a este placer sádico de hacerse mutuamente trizas? ¿Por qué, si se trata de dos personas adultas que debieran quererse, su actitud es idéntica a la de esos niños que se sientan en el suelo de la cocina para romper con una minuciosidad enfermiza sus juguetes preferidos?

Samuel no lo sabe. Lo único que sabe es que si en este mundo sólo existen dos tipos de relaciones, las que queremos que se acaben y las que no, la suya con Ruth forma parte, al cien por cien, del segundo grupo.

¿Entonces?

Se avergüenza al recordar un episodio absurdo, repetido después de varias riñas: en un momento determinado, ella le acusaba de tratarla igual que a una camarera, una planchadora, una sirvienta; él se sentía tan ofendido que cada tarde, al regresar de la oficina, se encerraba obstinadamente en su despacho, negándose a tomar la cena que cocinaba Ruth; y una noche tras otra, a lo largo de cuatro o cinco días, ella iba dejando los platos rechazados sobre la mesa, quizá —deducía Samuel— en prueba de lo inmaduro y estúpido que era: una tortilla, arroz, pollo frito, un lenguado, macarrones al horno, media docena de croquetas que Samuel veía allí cada mañana, al entrar a prepararse el desayuno, junto a un vaso de agua y unos cubiertos acusadoramente limpios,

tapadas con plásticos, tan apetitosas como el cadáver de un general ahorcado por la guerrilla.

¿Para qué servía aquello? Está seguro: no servía para nada, excepto para empeorarlo todo; para que se pasara la jornada completa en blanco, enfureciéndose a solas, cegado a causa del hambre y de la rabia, acumulando tanta ira contra su mujer que, según la batalla quedaba más y más lejos, el resentimiento, en lugar de disiparse, crecía.

Samuel quiere que el tiempo vuelva atrás para que pueda llevar las cosas por otro camino desde el primer día en que se comportó de ese modo: un viernes del mes de julio de tres años antes, Ruth llamó a su puerta y él fue a abrirle. Así de fácil: anduvo diez o doce pasos, giró una llave y sus vidas se pusieron otra vez en marcha. O aún mejor: abrió la puerta y dijo: «Perdóname». Nada más.

Pero no lo había hecho. Ni en esa ocasión ni en las que vinieron después. En su lugar, se quedó donde estaba, escuchando el ruido estremecedor de los nudillos de Ruth sobre la madera, deseando con todo su corazón no actuar de esa forma. ¿Por qué, entonces? ¿De dónde sacó tanta soberbia? ¿Cómo llegó a ser tan necio, tan fatuo o quizá tan cobarde? ¿Por qué no había logrado comprender que la única manera de que dos personas avancen juntas es retrocediendo un poco cada una?

Es evidente que muchos de sus proyectos no se habían cumplido; que no siempre escogieron la mejor posibilidad cuando la vida les hizo elegir entre sus sueños y sus necesidades. Y Ruth, está seguro, no cree tener suficiente; puede que ni la mitad de lo que se esperaba. Qué sensación tan incómoda, la de mirar hacia atrás y que tus planes de esa época parezcan algo remoto, como el nombre de un país en el que no has estado; algo que casi no puedes aceptar seriamente que haya sido tuyo, que contemplas con esa clase de incredulidad con que uno mira su ropa de cuando era un niño, mientras estás en el desván o el sótano de la casa de tu madre, con una caja de cartón entre las manos, diciéndote parece imposible, fíjate en esos guantes tan pequeños, ese anorak, esos zapatitos rojos.

Pero, en cualquier caso, ¿qué le da a ella derecho a adoptar el papel de víctima? ¿Quién hizo el mayor esfuerzo, durante los últimos veinte años, para sacar la familia adelante? ¿Cuál de ellos dos estuvo siempre en tierra firme y cuál había hecho el trabajo sucio? ¿Es posible cometer una injusticia mayor que acusarle de no haber renunciado a nada por ellos? ¿Cómo se atreve a

criticar su trabajo, su forma de vestir, la casa que compró a base de tantas renunciadas y de tanto esfuerzo? ¿Por qué es más despreciable ir rezagado que no participar en la carrera?

Samuel se da cuenta de que no se hace esas preguntas sólo a sí mismo, sino también a modo de ensayo, preparándolas para cuando estalle su siguiente pelea con Ruth; de modo que intenta sacarlas de su cabeza y está a punto de lograrlo concentrándose en el dibujo de la alfombra: una sucesión de esferas marrones, naranjas y grises que compraron *precisamente* por su fealdad, porque les recordaba «a un cuarto de hotel de menos de una estrella». Eso es lo que dijo Ruth.

—¿Un hotel sin estrellas? —pregunta de nuevo Samuel, imitando el tono de voz y los gestos de incredulidad de diez años antes—. ¿Qué hay de bonito en esos hoteles, aparte de sábanas sucias y cuartos de baño viejos?

—Están las sábanas más sucias y las mejores historias —le vuelve a contestar Ruth.

Samuel sonríe y busca con la mirada una mancha oscura que hay en aquella alfombra desde la tarde en que la pusieron, cuando el piso aún estaba sin amueblar y Ruth abrió una botella de cava.

—Ven —dijo, sentada en el suelo, con la espalda apoyada en la pared y un cigarrillo en la mano—, vamos a inaugurar nuestra alfombra más fea de todos los tiempos.

Él la miraba desde el otro extremo del cuarto y le parecía la mujer más dulce de la Tierra, con su pelo ondulado y su traje vaquero, tan iluminada y llena de promesas como una ciudad vista desde un avión nocturno.

—Bueno —le contestó—, lo cierto es que no me gusta demasiado el champán.

—Vaya, qué lástima —dijo ella, y entonces se bajó los tirantes del vestido y derramó un poco de líquido por encima de sus senos—; con lo rico que debe de estar.

Ahora, tantos años y tantas amarras cortadas después, cuando ya hacía mucho que ella dejó de ser aquella chica provocadora y capaz de comportarse lo mismo que si pudiera vivir con reglas diferentes a las de los otros, la sigue deseando con una intensidad muy similar a la de esa tarde. Samuel, que muchas veces se interroga por ese sentimiento que no parece contaminado por sus disputas o que, al menos, se conserva como la parte aún comestible de la manzana enferma, se acuerda de la noche en la que le propuso a Marta que

estudiara en la academia de mecanografía, del modo en que Ruth se burló de él; de que al entrar en la cocina para pedirle explicaciones y verla riendo a carcajadas, con los labios húmedos, manchas de aceite o de agua en la falda y una camisa a la que se le habían abierto varios botones formando un profundo escote, sintió menos ganas de insultarla o de darle un golpe que de hacer el amor con ella en aquel mismo lugar, de pie, contra el frigorífico, a pesar de todo, por encima de todo.

Lo cierto es que así le ocurre a menudo; que su enfrentamiento con Ruth no es algo que busca, sino algo que no puede esquivar; hasta tal punto que con frecuencia, durante las discusiones, siente la certidumbre extraña de que los golpes que lanza están fuera de su control, al margen de su voluntad, como los movimientos de una persona dormida.

«Va a terminarse —piensa—. Yo voy a hacer que termine. Ni siquiera... Por amor de Dios, nosotros no somos estas personas en las que nos hemos convertido».

Pero luego se acuerda una vez más del carácter indómito de Ruth, de esa ironía llena de filos con que tan a menudo le hace sentirse menospreciado, insignificante; de su capacidad para acumular un rencor tan intenso que logra invertir las leyes de la perspectiva de manera que lo que ha quedado atrás, en lugar de empequeñecerse o perder peso se vaya haciendo más y más grande según se aleja. ¿De dónde saca esta mujer tanta arrogancia? ¿De dónde saca ese complejo de superioridad? ¿En qué es ella tan buena, para otorgarle a él ese papel subalterno? ¿Por qué no se echa en cara a sí misma no haber llegado al sitio que cree que se merece, en lugar de culparle a él?

Samuel sigue haciéndose preguntas. Su aspecto es otra vez el de alguien que se sienta en la oscuridad a afilar un cuchillo. De pronto se incorpora, da unos pasos, mira a su alrededor, hace un gesto con la mano derecha: se acabó, ya basta; y después, al tumbarse de nuevo y cerrar los ojos, vuelve a sentir, encerradas en el puño de la otra mano, las llaves de la segunda chica a la que ha perseguido, esa tarde, al salir de la oficina, hasta un solar donde la joven las dejó caer, quizás a propósito o quizá no, y siguió corriendo.

En la distancia, Samuel escucha débilmente las voces de Truman y de Maceo:

- ¿Emiratos Árabes Unidos?
- Abu Dhabi.
- ¿Uganda?

—Kampala.

—¿Egipto?

—El Cairo.

No puede negarse que le angustia lo que ha hecho, pero tampoco que una parte le ha excitado: la cara de la chica al girarse mientras huía, el sonido de su voz al gritar «Dios mío, no, Dios mío» o el de las llaves cuando golpearon el suelo. Samuel esboza una sonrisa, se aprieta las sienes con los dedos porque sufre un martilleo ensordecedor, un latido terrible, desproporcionado, como si fuera un monstruo con una sola cabeza y diez corazones. Luego, mira el reloj y se pregunta dónde estará Ruth, cómo es que a esas horas todavía no ha llegado. «Qué sensación tan rara —piensa—, el tacto de estas llaves, es como coger una paloma, su forma aguda, vertebrada, se mueve lo mismo que si quisiera escapar, casi puedo oír el latido del corazón, si aprietas es igual que quebrar un pequeño esqueleto de paloma».

Después, vuelve a cerrar los ojos con un gesto de rendición, el gesto de quien se deja ir pendiente abajo, de quien arría su bandera. «Nunca más», se dice, aunque no sabría explicar con exactitud a qué parte de todo lo que le ha ocurrido o ha pensado corresponden esas palabras.

—¿Somalia?

—Mogadiscio.

—¿El Congo?

—Kinshasa.

—¿Tanzania?

—Dar es Salaam.

Capítulo tres

I

Marta iba en un coche y desde allí miraba el cielo, buscando alguna pista, algún indicio del paso del cometa. Mirar el cielo desde un coche, sobre todo si es una de esas mañanas despejadas, sin nubes, hechas de un solo trazo, llega a producir una sensación especial: las casas, los árboles, todo se mueve, viene hacia ti y después se queda atrás; pero el cielo sigue inalterable, permanece como aislado, en una quietud ajena a la velocidad, idéntico a sí mismo mientras lo de abajo cambia de una plaza con gente y comercios a un bosque, de una estación de tren a un descampado.

Se dijo que si el cometa pasaba de verdad esa noche, lo podría contemplar desde la fiesta y tuvo una visión de Lucas y de ella cogidos de la mano a la orilla de un río, con las caras levantadas hacia lo alto y música a sus espaldas. ¿Qué canción era? ¿Algo de Public Enemy? ¿Massive Attack? ¿O tal vez más antiguo, tipo Grateful Dead? Sacudió la cabeza para dejar de lado eso y poder ocuparse de lo que ocurriría una hora más tarde, imaginando su reconquista de Lucas, la forma en que podría volver a conseguir al muchacho. ¿Pero es que realmente lo había perdido? ¿Cuándo? Y, sobre todo, ¿por qué? Marta parecía absolverlo a él de cualquier culpa y buscaba entre sus recuerdos de los últimos meses algo que ella pudiera haber hecho, una razón que explicase la fuga de Lucas. A menudo se preguntaba si la habría dejado para siempre y ese temor se convertía en algo desasosegante, algo de lo que no era capaz de apartar los ojos, tan indefinido y aterrador como el bulto de un muerto debajo de una sábana.

—¿Os acordáis de cuando jugábamos a eso de pedirnos los coches? ¿Os acordáis del día que le gané a Marta por diez a cero? ¡Diez a cero! ¡Qué mala suerte!

Eso lo había dicho Enara, una de las otras dos chicas que acompañaban a Marta a la fiesta del bosque. Teniendo en cuenta que de ningún modo se trata de uno de los personajes principales de esta historia, nosotros no nos hemos

preocupado de averiguar demasiadas cosas acerca de Enara; pero si nos atenemos a lo que piensa Marta de ella, entonces hay que saber que es una chica quizás algo ambigua, difícil de descifrar, una de esas personas de aspecto inofensivo que siempre saben cómo hacerte daño; que parecen mansas y resignadas pero, de alguna manera, logran golpearte una, dos y hasta un millón de veces seguidas mientras tú te preguntas si de verdad son tan estúpidas como aparentan o sólo sutilmente malvadas. Desde esa sospecha, Marta no supo qué había querido decir Enara con lo de su mala suerte. Se acordaba de aquel juego absurdo que consistía en elegir cada una un color al azar e ir contando los coches de ese color que pasaban por delante de la ventana. Marta solía pedirse el verde y Enara el amarillo. Ella había sido quien telefoneó el día en que el rayo fue a caer sobre Maceo.

La tercera pasajera del coche iba al volante, se llamaba Iraide, solía optar por el rojo y era, al mismo tiempo, la hermana de Enara y una persona absolutamente opuesta a ella. Su papel en la vida consistía en aparentar desenvoltura y falta de escrúpulos, en fingir un temperamento superficial y una naturaleza frívola desde las que solía sorprender a los incautos con demoledores golpes de un ingenio salvaje adiestrado para triturar a los presuntuosos y perseguir a los engreídos hasta el fondo del infierno. La relación con ella no era en absoluto fácil porque se basaba en una mezcla contradictoria de cercanías y distancias, en una suma de complicidades y sobrentendidos que revelaba un carácter a la vez fiable e inflexible donde la lealtad estaba garantizada y cualquier alarde sentimental, absolutamente proscrito. Dispuesta siempre a atrincherarse en algún punto intermedio entre *todo y nada*, entre *yo y vosotros*, de todas las palabras del diccionario, la que mejor definía, en términos generales, su conducta era *imprevisible*. A Marta le gustaba decir que si Enara hubiese sido el desierto de Gobi, Iraide habría sido un hombre-rana. Al parecer, sabía que una de ellas era mucho más ágil que la otra, pero no que las dos eran igual de fuertes.

—¿Diez a cero? —dijo Iraide—. Si esta cagalatas te ha ganado diez a cero en lo que sea, bájate del coche.

Marta aún seguía pendiente del cielo, de la oscuridad que se iba acumulando en los pinares a medida que se internaban en la montaña. Durante unos segundos fantaseó con la idea de un alud de nieve: Iraide y ella estaban en un teleférico y desde allí contemplaban caer la terrible avalancha sobre los árboles, las pistas llenas de esquiadores, los edificios.

—Me parece que no debe de ser verdad —contestó al fin, observando a Enara—. Si alguna vez le hubiese ganado diez a cero a alguien, no sonreiría de este modo cuando le llaman cagalatas.

—¡Diana! —aulló Iraide—. ¡Jaque mate!

La sonrisa se mantuvo, a pesar de todo, en los labios de Enara. Luego dijo:

—Bueno, por lo que yo sé Marta no es invencible.

—¿Jugando a qué? —dijo Iraide.

—Pues... A veces se queda sin cosas que antes tenía.

Después del alud, los helicópteros de la Cruz Roja y los servicios de rescate del ejército —recordó Marta— trabajaron hasta la extenuación en la zona, pero cuando pudieron encontrar el cuerpo de Enara, ya llevaba dos días muerta.

—Cosas... ¿de qué tipo?

—Ya sabes...

—¿En serio? —tuvo que intervenir Marta—. ¿No se supone que eras tú la que sabía algo?

—Sí, pero ya te lo conté: Luisa... y todo lo demás.

—¿Todo lo demás? ¿Qué coño significa *todo lo demás*? ¿Luisa y Europa? ¿Luisa y el Mediterráneo?

—¡Luisa y los Cien Mil Hijos de San Luis! —gritó Iraide, mientras subía el volumen de la radio—. ¡Luisa y la Gran Muralla China! ¡Ahí va, si son Dover! Me encanta este grupo.

Marta supo que sólo estaban ganando tiempo, que Enara no iba a soltarla tan fácilmente. Se sintió indefensa, acorralada. Se sintió un prófugo enredado en una alambrada de espino. «Cosas amarillas —pensó—: los dientes sucios, la ropa blanca vieja, los ojos de los lobos». Después se acordó de algo que había estudiado acerca de los desiertos: los hay cálidos y fríos. Los cálidos son el del Sáhara, el del Turkeistán y el de Gobi; el de Arizona, el Kalahari. Los polares son el de Groenlandia y la Antártida.

—Entonces —siguió Enara—, ¿qué vas a hacer?

—Si no me dejas en paz antes de dos minutos, tirarme del coche en marcha.

—Pero se supone que Lucas y ella fueron a ese hotel.

—No es verdad.

—La gente dice que sí.

—¿La gente? ¡Venga, Enara, no me jodas! La gente dice muchas tonterías. La gente dice que el yunque es un hueso de la nariz, ¿vale? La gente dice que el

Ganges pasa por Varsovia —la angustia que iba apoderándose de ella le dio a *Varsovia* un matiz desafinado. Intentó sonreír, para imponerse calma. Desde el asiento posterior, sin embargo, Enara quiso seguir hundiendo su puñal:

—Ayer hablé con Luisa en el vestuario. ¿Sabes que estuvo una vez en París? Dice que... me refiero a lo de ir a un hotel... dice que en Francia lo hace todo el mundo. O sea, que es normal entre los estudiantes y eso.

—Mira, encanto —la interrumpió Iraide—, lo que Luisa sabe de París se podría meter en el bolsillo de atrás de un pantalón de chándal.

—Sí, bueno... Eres muy ocurrente. Sin embargo, creo que en esta ocasión...

—Va a ser mejor que te calles.

—... creo que en esta ocasión, Luisa...

—¡Cállate, coño! ¿Vale? ¡Te callas y punto! ¡Ni en esta ocasión ni hostias!

—¡Pero si yo sólo...!

—¡A tomar por el culo, Enara! Lo que tú tienes que hacer es buscarte a un tío en la fiesta, llevártelo debajo de un árbol y chupársela hasta que se quede parapléjico. ¿O eres tan estúpida que no sabes cómo se hace?

—¿Qué es lo que pretendes decir? ¿Qué es lo que...?

—Ser virgen te está volviendo loca. O te la mete alguien pronto...

—¡Iraide!

—... O te la mete alguien pronto o vamos a tener que comprar una camisa de fuerza.

—¡Que te...!

—Que te jodan. Se dice: que-te-jo-dan. ¡Por el amor de Dios, si ni siquiera sabes pronunciarlo!

Después, puso la música tan alta que la carrocería del coche empezó a vibrar: fin del tema, asunto resuelto.

Junto a ella, sentada en una postura rígida, Marta notaba menos aquel zumbido estruendoso que la eficiencia con que Enara supo atizar su miedo hasta conseguir que lo arrasase todo, que convirtiera su mente en un lugar oscuro, en una ciudad vacía, atemorizada, una ciudad en la que los tigres se han escapado del circo. ¿Qué fue, exactamente, lo que sintió entonces? ¿Ansiedad? ¿Indecisión? ¿Pánico? No se puede afirmar con certeza, puesto que ella tampoco lo sabía. Pero sobre lo que no hay duda es sobre esto: si en la vida de las personas existe un error germinal, un pivote o eje en torno al que luego dará vueltas y más vueltas toda su desdicha, Marta llegó a ese punto exacto dos minutos más tarde, cuando se juró que Lucas sería suyo para

siempre, a cualquier precio. No se trata de una manera de hablar, sino que ésas son las palabras justas que se dijo a sí misma: «Para siempre. A cualquier precio».

En las tierras desérticas no hay nada, ninguna ayuda, ninguna esperanza, sólo noches inacabables, días de fuego. Quienes las cruzan se sienten tan solos que en algunas ocasiones prefieren dejarse morir a continuar avanzando en busca de qué, de cómo, de hasta dónde. Desiertos cálidos y desiertos fríos. Qué terrible, morir en medio de nada, junto a las plantas xerófilas y las hienas y los escorpiones.

II

Los enemigos no desaparecen, sólo se alejan. Eso es lo que Ruth aprendió al lado de Samuel. Se alejan hasta una distancia en que no puedas verlos, hasta un lugar en donde los olvides. Allí se vuelven fanáticos e inmisericordes, buscan una explicación para cada una de sus heridas y, cuando la tienen, escogen entre ellos al que pueda regresar para destruirte.

Samuel nunca admitió que ésa fuera su historia, la causa que pudo provocar su caída desde las alturas, en aquellos años de la Universidad. De hecho, aunque cuando se mencionaba el tema no utilizase argumentos precisos ni palabras determinadas, sino más bien la pose de fatiga o desinterés de quien hace tiempo decidió excluirse voluntariamente de la pelea, Ruth intuía que el resentimiento y la frustración jamás le abandonaron. ¿Por qué se dejó arrebatar lo que una vez tuvo? Para ella resultaba indiscutible que fue un ingenuo o, como mínimo, un mal estratega que nunca contó con la rabia de los que había dejado atrás, con la furia que son capaces de reunir los perdedores; que no se dio cuenta de que estaba participando en una guerra y que en las guerras, según le escuchó decir en una ocasión a su padre, el poder del ejército victorioso se calcula contando los soldados muertos del ejército rendido: Ruth recordaba perfectamente que su táctica consistía en mostrar generosidad con los rivales; que después de una reunión o una asamblea en la que, por ejemplo, hubiese ridiculizado públicamente las tesis de otro muchacho, siempre intentaba congraciarse con él de forma privada, provocar un encuentro en la cafetería o los pasillos de la Facultad, rendir cuentas, prestarse a poner de nuevo en pie lo que él mismo había echado abajo. Ella le hablaba a menudo de eso, le alertó más de una vez sobre los riesgos de aquella actitud indiscriminadamente conciliadora; pero el Samuel de entonces, tan impermeable al titubeo y tan seguro de sí mismo, no escuchaba a nadie, no vacilaba nunca.

—Es una cuestión de equilibrio —respondía—. ¿Entiendes? Si pones

demasiado carbón, la caldera se asfixia y el barco no va más rápido, se para.

—¿Un barco? Yo lo que... ¿Cómo ha llegado ese barco a nuestra conversación? Mira —Ruth se había reído pero ahora estaba otra vez seria—, lo que yo creo es que no puedes hacerte amigo de alguien al que acabas de derrotar. No es lógico. Puede que ni siquiera sea sano. Incluso es posible que tú...

—¿Derrotarlo? —Samuel le cogía una mano o la besaba en el cuello—. ¿De dónde has sacado eso? Yo no los quiero derrotar, los quiero convencer.

—¿Pero tú has visto con qué ojos te miraba? No tenía ganas de que lo convencieses: tenía ganas de asesinarte.

—No te preocupes por él. Su ambición es inofensiva. ¿No lo has notado? Inofensiva del peor género: no sabe lo que quiere, pero si lo supiese no sabría cómo conseguirlo.

Con el tiempo y con las decepciones, ambos descubrirían que la brillantez de Samuel no bastaba y que su estilo benévolo constituía un suicidio; también que su talla de líder era menor de lo que esperaban, y por eso cuando su vida fue sufriendo consecutivamente el fracaso, la necesidad de capitular y, al fin, el ostracismo, los dos sintieron una sorpresa y un desamparo aniquiladores; sintieron la clase de humillación de quienes pasan de creerse invulnerables a resultar vencidos.

Ruth meditaba sobre todo eso de camino a casa, mientras atravesaba el centro de la ciudad en el taxi que había tomado al salir de la oficina, aunque de forma alterna se acordara también de la noche en que pasó el cometa y de la tarde en que se había acostado con Ramón casi sin saber por qué, sintiéndose incitada a hacerlo por alguna causa poco precisa, por algún estímulo indomable pero, en cualquier caso, menos como si fuera hacia ese hombre que como si se alejara de Samuel. ¿Entonces, eso es lo que había sido? ¿Una venganza? ¿Un acto de despecho o de enajenación? Al pensar en su infidelidad no se sentía bien sino corrompida; no se sentía mejor sino más sucia, infectada, igual que si su amante le hubiese contagiado una enfermedad. Y, sin embargo, después del encuentro inicial hubo dos más durante aquella semana, uno en el mismo hotel sórdido de la primera ocasión y otro, inaudito, en el cuarto de baño de un bar, al anochecer de una jornada que había comenzado a estropearse durante el desayuno con una pelea doméstica, prolongada siete horas más tarde a través del teléfono, que tenía algo que ver con unos trozos de carne en mal estado que Samuel descubrió esa mañana al

fondo del frigorífico y que fue derivando hacia otros asuntos, encontró afluentes para llegar a cuestiones más profundas, de esa forma en que el resentimiento asocia unos temas con otros, comunica unas heridas con otras.

—Yo lo único que sé es que hasta que no seamos millonarios no podemos tirar la comida a la basura. Y aunque lo fuéramos. ¿Has visto la televisión? ¿Has abierto el periódico? La gente se muere de hambre. La gente de África, de Latinoamérica. Y en la India. Y en los países del...

—¡Venga, por favor! A ti la gente te importa un rábano. Lo que te duele no es desperdiciar la carne, sino el dinero.

—¡Claro! La teoría de los despilfarradores siempre es la misma: los demás somos unos usureros. ¿A que sí? Usureros y demagogos. Ahí tenéis una coartada inmejorable para vuestro egoísmo y vuestra insolidaridad. ¿A que el derroche no es nada más que lo contrario de la avaricia?

—¡Ja, ja y ja! El señor salvemos-al-mundo y su corazón de oro.

—Búrlate lo que quieras y no respetes nada. Así, además de parecer estúpida también parecerás despreciable.

—Ése sí que eres tú: Insultos Sofisticados S. A.; tu estilo de siempre.

—Yo no te insulto, me limito...

—No te preocupes: me es indiferente. Pero tampoco te mientas. Tú no sabes nada sobre la generosidad; no eres altruista, sino codicioso; eres demasiado ególatra para ser a la vez caritativo.

—¡Ególatra! ¿Y lo dices tú? Esto sí que es alucinante. Mira, tu narcisismo es tan... ¿Has podido pensar alguna vez algo que no fuese lo lista que eres y lo buena que estás?

—Sí, yo no hago más —la voz de Ruth pareció tambalearse—... pienso sin parar en lo desgraciada que... Pero tú sientes tanta pena de ti que no... que es...

—¡No! Te equivocas. Por quienes siento pena es por nosotros; por lo que tú le has hecho a nuestra vida.

—Mira, Samuel, no he sido yo sino tú y si esto es una vida yo soy Winston Churchill —en un segundo, la ironía hizo que su tono recuperase la estabilidad.

—¿Yo? ¿Con qué? ¿Con mi trabajo? ¿Con las fatigas que pasé para que saliéramos a flote?

—Con tu tacañería, con el control paranoico al que quieres someterlo todo, con... con tu...

—¿Qué? ¿Con mi qué? —intentó adivinar la palabra que ella no decía:

mediocridad, locura, simpleza; pero él tampoco se atrevió a pronunciarla...
— Lo único que quiero es que logremos organizarnos. Ruth: lo único que quiero es encontrar un camino de regreso.

—¿Adónde? ¿Desde dónde?

—Algo que tenga que ver con nosotros dos. Algo con lo que pudiéramos...

—¿Nosotros dos? Hace mucho tiempo que tú y yo hemos dejado de ser *nosotros dos*.

Los ojos de Samuel relampaguearon. Los apartó hacia el otro extremo de la cocina y Ruth miró también hacia allí. Sobre el lavaplatos había un cuchillo.

—Tú ya no eres nadie, Ruth. No eres nadie porque lo has abandonado todo. Eras dulce, comprensiva. Eras alegre —se levantó, para salir del cuarto—. ¿Qué ha sido de ti? No creo que lo sepas. ¿Qué es lo que te ha vuelto tan depravada, tan miserable?

Ahora, en el taxi que unos días más tarde la llevaba a casa, Ruth volvió una mañana más a aquella cocina, cambió todo lo que había dicho por frases menos terribles, más limpias; llevó los acontecimientos con calma, en una dirección opuesta: delante de ellos había dos tazas de café, en lugar de una mesa vacía; hablaron de una forma civilizada, sin ofenderse uno al otro; ella ni siquiera sintió miedo al sorprenderle observando el cuchillo.

Ruth se dijo que las cosas mejoran cuando se las mira desde lejos; que cuando ya no tienen solución parecen tan fáciles, tan dúctiles. Pero todo eso no eran más que fabulaciones, mentiras. La verdad estaba hecha de ruindades, mugre, hedores; de los ultrajes que se intercambiaban ella y Samuel; del episodio del bar al que fue esa tarde con Ramón, de aquella estampa trastornadora que no lograba olvidársele, con él sentado en el retrete y ella arrodillada a sus pies, sintiendo cómo crecía en su interior la vergüenza que desde ese momento ya no la había abandonado, una vergüenza de la que no se podía desembarazar, un dolor portátil que la acompañaba donde fuese. ¿De qué pozo sacó tanta energía, el impulso indispensable para hundirse tan bajo? La respuesta era Samuel. La respuesta era aquella vida a la que Samuel la empujaba, tan oscura, tan similar al circo de Bilbao donde el domador abandonó a uno de sus leones, a aquel submundo habitado por un faquir de pega, por una trapecionista asustada, por un pobre diablo al que se le había quedado pequeño el traje de hombre-bala.

—Tú siempre eres inocente, como todos los mentirosos —le dijo Samuel desde otro día, desde otra discusión.

—Al menos no soy una estafadora. No me hago pasar por lo que no soy. Tú sí que eres un timador, la quintaesencia del cinismo. ¿Qué ha sido de mí? — continuó, aunque ahora estaba de nuevo en la cocina, aquella mañana en que empezaron a discutir por la carne—. ¿Quién lo pregunta? ¡El gran Samuel, que apuntaba tan alto! Mírate ahora, con tu asqueroso pijama de dos colores y tus camisetas isotérmicas. No tienes ni una pistola ni nada a lo que dispararle.

El taxista la miraba por el espejo retrovisor. ¿Había estado hablando en voz alta? Necesitaba calmarse. Encendió un cigarrillo. Volvió a la primera mañana en la Universidad y una vez en aquel aula donde los estudiantes celebran su asamblea, donde el chico de la camisa roja acaba de subir al estrado, también lo cambia todo: en lugar de sentirse atraída por Lucas, sigue con su dibujo, intenta pintarse a sí misma con tesón, hasta que consigue que sus rasgos vayan apareciendo: los ojos un poco felinos, la nariz recta, los pómulos. «Es maravilloso estar allí —piensa—, tener esta segunda oportunidad; porque entonces todo va a ser distinto, nada de esto ha pasado».

Luego, se puso a pensar en la noche del cometa, a recordarse que ése fue el día que planeó la forma en que iba a matar a Samuel.

III

—Te das cuenta cuando muere alguien que verdaderamente te importa y descubres que el agujero que ha dejado se va a quedar ahí para siempre, que no lo podrás volver a llenar nunca porque no hay nada tan grande como para eso. Entonces aprendes que el tiempo no pasa, se vacía. No sé si me explico. Quiero decir que la vida no consiste en lo que ganas, sino en lo que desaparece, y que eso es algo que al principio no puedes ni imaginarte. Luego sí, luego cualquiera lo nota; pero al principio no. Al principio estás lleno de optimismo, de inconsciencia, crees que todo va a estar ahí hagas lo que hagas, eternamente. Es igual que ver abrirse un abismo; te dices: si esto es tan grande y yo no lo sabía, entonces qué más no sé.

Truman divagaba así para hacerle comprender a Maceo lo que sintió al enterarse de que la bella Delia, su madre, había muerto.

—¿Y la carta te llegó a México?

—Sí.

—¿Por qué te fuiste de Costa Rica?

—Bueno, antes había estado en Panamá.

—Vale, pero ¿por qué te fuiste de Costa Rica?

Hablaban en el cuarto de Truman, a solas, aunque la conversación había empezado durante la cena, en medio de un ambiente espeso, con Marta y Ruth refugiadas en un mutismo impenetrable y Samuel muy pálido, con el aspecto convaleciente y la cara demacrada que tenía en los últimos tiempos, llevándose de forma continua la mano al estómago y sufriendo complicados ataques de tos.

—Había conocido en San José a unos españoles que eran dueños de una tienda de muebles. El padre de Cecilia me los presentó y ellos me ofrecieron un empleo —dijo ahora Truman, y el chico se dio cuenta de que sólo mencionaba a Cecilia cuando no había nadie con ellos, jamás delante de Samuel—. Tuve suerte de que aparecieran, porque a esas alturas me había

quedado sin fondos.

—¿Tus padres ya no te mandaban dinero?

—La guerra mundial se había terminado y el negocio del tungsteno también. Yo llevaba seis años en Costa Rica y mi madre estaba enferma, tenía asma, no le era posible seguir trabajando. Mi padre se enroló en un barco y luego pudo colocarse en uno de los almacenes de la lonja, pero con el sueldo que le pagaban vivían miserablemente. ¿Sabes qué era lo peor para ella? El olor del pescado; mi madre siempre odió el pescado, decía que era incapaz de dejar de ver los ojos. Les vi hablar de eso un millón de veces, antes de la guerra, cuando bajábamos desde la estación de la Renfe a Sevilla para cenar en los restaurantes de la ciudad. «Pero ¿de qué ojos hablas, Delia?», le preguntaba él. «Los ojos no tienes que comértelos.» Y ella le contestaba: «Pues ya sabes de cuáles. De todos, los que hay en las tiendas del mercado: las merluzas, los atunes, las sardinas. Son horribles, metidos en esas cajas llenas de hielo, con sus miradas fijas, esos círculos que... no sé, húmedos, que parece como si tuvieran la muerte clavada en el centro. Deberían quitarles las cabezas». Entonces, él señalaba el plato de mamá, donde había aún medio filete o un trozo de pollo asado: «Pero las vacas también tienen ojos. Y lo mismo les pasa a las gallinas». Ella empezaba a sonreír, se ruborizaba; Dios mío, es como si ahora mismo la tuviese delante, inmóvil, con la vista en el mantel y un tenedor en la mano, con una medalla de oro al cuello, de la Virgen del Carmen, porque era católica, ¿sabes?, republicana pero católica, siempre decía que hay que creer al mismo tiempo en la Libertad y en Dios, que Jesucristo fue un revolucionario, un amigo del pueblo. Tiene gracia que mi padre siempre se burlase de ella, de su costumbre de ir a misa cada domingo, que cuando iba a salir hacia la parroquia le hiciera rabiar un poco, semana tras semana, diciéndole «pero dónde va ahora mi beatita linda», porque al final eso fue precisamente lo que le salvó la vida y muchos se lo recordaron más de una vez: «Ay, tontín, cuántos malos pasos diste, que menos mal que la Delia es una santa, que si no...».

—¿En la iglesia es donde conoció a los falangistas?

—Sí. A éstos y, bueno, a los que siempre estaban por ahí, las familias de los terratenientes, los ganaderos.

—Y entonces le daba asco el pescado —Maceo miró hacia una silla en la que estaban los dos pares de prismáticos con los que él y Truman habían visto pasar el cometa.

—El olor de la ropa de mi padre, con la que trabajaba en el almacén de la lonja; pero no por él, sino por ella, porque decía que el olor se le iba metiendo en las manos al lavarla, que no salía por más jabón que se diera. «Fíjate que si cierro los ojos aún puedo oler el perfume aquel que te gustaba», me contó mi padre que le dijo una noche en aquella casa prestada de La Coruña, sentados junto a la estufa, a la luz de un quinqué de petróleo. «El que me ponía para ir a las ferias». Y mi padre contestaba: «Que decíamos que la fragancia era como una combinación de menta y lilas». Y ella: «¡Cómo me gustaría que al llegar a casa pudieras notar otra vez eso!». Y él, cogiéndole una mano que ya no tendría aquella distinción nacarada de su juventud, sino que era rojiza y áspera: «Pero a mí no me importa a qué huellas, sino que eres tú». Y ella: «Qué raro, ¿no?, que una pueda memorizar un aroma, que sea capaz hasta de tenerle nostalgia».

—Cuéntame lo de Panamá —intervino Maceo, al que ese tipo de historias le producía cierta desazón, le hacía pensar de forma intuitiva en algo funesto y oscuro, relacionado con él de alguna manera. Algo funesto y oscuro que se le acercaba.

Truman lo miró unos instantes, lo mismo que si estuviera sopesando cuál de todas las cosas que podía decir a continuación era la más correcta. Luego, continuó su relato:

—También eso tuvo algo que ver con mi madre, porque la mayoría de los exiliados españoles en aquel país eran gallegos y cuando el padre de Cecilia les dijo que Delia era de La Coruña..., bueno, ya sabes cómo es la gente para esa clase de asuntos: pusieron el doble de interés en ayudarme. En España la vida era muy difícil. Tuve que aceptar lo que me ofrecían.

—¿Tú no querías irte?

—¿Irme? ¿Y por qué iba a querer irme, si el empleo estaba en Panamá y Cecilia en Costa Rica?

—Pero su padre...

—Su padre me buscó aquella colocación lo más lejos que pudo, en un lugar desde donde no pudiese ponerle la mano encima a su hija.

—Entonces, es que a él no le gustabas.

—¿Yo? Quién sabe. No creo que tuviese ninguna oportunidad de que llegara a plantárselo. Sencillamente, no le gustaba lo que yo era.

—¿Lo que tú eras?

—Alguien sin oficio ni beneficio. ¿Sabes qué significa esa frase? Significa

que no tienes ni dinero ni una forma de ganarlo. De modo que ése era yo: nadie; sólo que por aquel entonces aún no lo sabía, estaba lleno de esperanzas y las esperanzas son lo contrario de la realidad.

—Tener esperanzas no es malo.

—Malo o bueno... Depende de muchas cosas, pero sobre todo de en qué lado estés. Mis padres tenían la esperanza de que no hubiese una guerra y la hubo; rezaron porque Franco la perdiera, pero la ganó; confiaban en que los Aliados le echarían después de liquidar a Hitler y se quedó en el Palacio del Pardo cuarenta años. Pobre gente, ellos y todos los demás, todos nosotros, dispuestos a creer que es posible cruzar la selva con un millón de esperanzas y un agujero en la cantimplora. Yo también me convencí a mí mismo de que irme a Panamá era un paso hacia delante, una manera de llegar para siempre hasta Cecilia; lo imaginé entonces con tanta intensidad que ahora pienso a veces en ello como si lo recordara, como si de verdad hubiese ocurrido: gané una fortuna en Panamá, tuve mi propia fábrica textil o quizá mi propio negocio de muebles; Cecilia y yo nos casamos una mañana de septiembre en Cartago, en la Basílica de Nuestra Señora de los Ángeles; la luna de miel fue en Guanacaste y teníamos una casa en Playa Grande, a la orilla del océano Pacífico; hay muchas fotos de los dos paseando por la arena de Bahía Culebra y Playa Flamingo, sentados en un restaurante de Sámara y andando por las calles de El Coco y de Nosara.

—¿Las hay?

—No, no las hay. No hubo nada de eso. Hubo otra vida y tampoco fue mala, pero... en fin, de alguna manera es como si las circunstancias me hubiesen obligado a tener que conformarme con una especie de segunda versión de mí mismo. ¿Me entiendes? Con una segunda alternativa. A veces te preguntas qué pudo pasar si, en qué habría consistido. Yo quise mucho a tu abuela Aitana, con casi todo mi corazón. No puedo decir más. Sólo con casi todo mi corazón.

—¿Qué fue de Cecilia?

—Fuimos muy felices en la época de Costa Rica. Ella era tan... perfecta. ¿Te he contado ya que un amigo mío la llamaba «la mujer isósceles»?

—Pues... Sí, creo que sí.

—¿Y sabes qué significa *isósceles*?

—Es un triángulo.

—Sí, pero también significa «Lo que tiene las piernas exactamente iguales».

—Todo el mundo tiene las piernas iguales.

—Sí, pero las de *todo el mundo* no son tan bonitas. En cualquier caso, aquella broma era una manera de explicar su, no sé, su proporción —Truman no encontraba otra palabra para definir la armonía con que los rasgos se congregaban en ella estableciendo conexiones milagrosas entre el pelo azabache y los ojos color miel con una gota de amarillo aulaga en el fondo, entre los labios demasiado gruesos, la nariz un poco aguileña y el resto de los detalles que, en conjunto, formaban el esplendor mestizo de aquel rostro con la naturalidad y la exactitud mágicas con que el silicio y el oxígeno se combinan para cristalizar en una hermosa piedra de cuarzo.

—Entonces, te fuiste a trabajar a Panamá ¿y qué pasó con Cecilia?

—Nos escribíamos continuamente, tres o cuatro veces a la semana. Yo guardaba la mayor parte del dinero que conseguía y aprendí mi oficio lo mejor que pude hasta que mis jefes me fueron confiando responsabilidades más grandes y saqué un salario mayor. Como estaba alojado en una habitación de la misma tienda, en el Área Colonial, lo ahorraba casi todo, lo metía moneda a moneda en el banco y por las noches me dedicaba a repetirme una y otra vez la cifra en incremento, igual que si al medrar la cantidad, la distancia que me separaba de Cecilia decreciese. Era capaz de pasar hambre, de alimentarme un día entero con un plato de sancocho, que es un caldo hecho con gallina, un tubérculo parecido a la patata llamado ñame, maíz y plátano verde frito. Era una delicia y, además, barato.

—¿Qué otras cosas te gustaban?

—Muchas. Aunque mis favoritas eran la carimañola, que es una yuca rellena de carne, y el almojábano, que es maíz con queso. De vez en cuando también me apetecía un vasito de ron Caucho Negro y otra bebida fuerte llamada mataburros, hecho con aguardiente de caña, miel y limón.

—¡Mataburros!

—¿Qué te parece? —la voz de Truman había cambiado desde que era aún el chico que trabajaba en la tienda de muebles de Panamá y estaba otra vez tan lejos de México, de la mañana horriblemente calurosa de julio en que iba a recibir una carta en la que su padre le pidió que volviese a España y le dijo que la bella Delia había muerto.

—¿A qué sabía?

—Al principio era dulce; luego era un infierno. Pero, ¿sabes qué? Había otra cosa peor: el cajoba, un vino alucinógeno de los indios que, según la leyenda, te hace ver visiones y puede dejarte ciego. Lo sacaban de la palma,

de un coco llamado coroso.

Mientras decía eso, Truman miró hace más de cincuenta años las calles del Área Colonial y los edificios en ruinas de Panamá Vieja, el Puente del Rey, los escombros del antiguo hospital; se montó en el tranvía y fue mirando los árboles inmensos, las casas de una planta con pequeños balcones, pintadas en tonos pastel: rosa, celeste, amarillo. Se cruzaba con hombres vestidos con traje blanco, sombrero de paja y bastón, hombres que eran dueños de empresas textiles y al sábado siguiente dejarían de ser serios e inexpresivos durante un par de horas para bailar la polka en un salón con orquesta. ¿Por qué todo eso estaba tan distante y era tan nítido? ¿Por qué la memoria le obligaba a tenerse presente de esa manera, a caminar hacia la muerte sin poder soltar esa carga, avanzando cada vez con más extenuación, con más lentitud, como un soldado herido que lleva a cuestas a otro soldado herido?

—¿Y ya no ibas a fiestas, como en Costa Rica?

—No iba a ningún sitio en el que pudiese gastar dinero; ni bares, ni casinos; nada. Incluso me busqué alguna ocupación extra como restaurador de muebles deteriorados a domicilio o mecanógrafo.

—¿Escribías a máquina, igual que Marta?

—Sí, había reparado una Underwood que compré en el Mercado Central de San José y pude ganarme algunos billetes con ella, entre otras cosas transcribiendo los manuscritos de una poeta panameña que se llamaba Esther María Osses, era profesora en la Facultad de Humanidades y en algún momento tuvo, según parece, una relación amorosa con el escritor español León Felipe; aunque, claro, con tantas películas norteamericanas y tan mala enseñanza como os dan a los niños de ahora en las escuelas, tú no sabrás quién demonios fue León Felipe. Esther María Osses. Parece que la estoy viendo, sentada en un despacho de la Universidad, mirándome con sus ojos azules y su cara un poco trágica, que siempre parecía que viniese de ver tumbas en un cementerio. En fin, pues eso es lo que yo hacía en Panamá, eso y escribirle a Cecilia, aprenderme sus cartas desde la *a* hasta la *z* y dar paseos por el Área Colonial, ir a la iglesia de San José... ¿Te he contado lo del pirata Morgan y la iglesia de San José?

Por supuesto que se lo había contado, más de una vez, y los dos lo sabían. Pero también estaban seguros de cuál iba a ser la respuesta de Maceo:

—¿Quién era el pirata Morgan? —dijo, con una excitación que delataba cómo podía paladear de antemano el relato que iba a contarle Truman.

—Fue uno de los bucaneros más famosos de la Historia, tal vez el más astuto y sanguinario de todos. Robaba todo lo que se pusiera en su camino, tanto en el mar, tomando los barcos al abordaje, como en tierra firme, donde actuaba del modo en que lo hizo con Panamá: anclando sus barcos frente a las ciudades y destruyéndolas a cañonazos. Cuando estaban convertidas en ruinas, entraba en ellas para saquearlas. Tú sabes quién era Henry Morgan cuando ves lo que queda de la antigua Panamá: un montón de escombros a orillas del Pacífico. Sin embargo, aquella vez no pudo llevárselo todo. ¿Sabes por qué?

—¿Por qué?

—Los españoles lo engañaron porque eran mucho menos poderosos que él, pero mucho más listos. Su picardía salvó la iglesia de San José.

Truman hizo otra de sus pausas melodramáticas, paseó los ojos por su recámara, bebió con una calma exasperante un sorbo del vaso de café que tomaba cada noche antes de irse a la cama.

—¿Cómo?

—El altar estaba hecho de oro macizo y ellos lo pintaron de cal, yeso o algo así, de manera que Morgan pasó por delante de él sin pararse ni a mirarlo y se fue de vuelta a su base, que estaba en Colombia, dejando en Panamá el tesoro más valioso que pudo haber robado en su vida. Bueno, Maceo, me parece que ya es hora de irse a la cama.

El chico se quedó quieto en su silla, negándose a creer que la narración fuera a interrumpirse de una forma tan brusca.

—¿Y de Panamá te fuiste a México? ¿Qué pasó?

—Mañana. Esa parte te la contaré mañana. Y también el viaje a El Salvador, la visita que hice con Cecilia al volcán Quezaltepeque, a las cataratas de Panchimalco, en el Ford que le había comprado su padre. Te lo contaré todo para que no se olvide, para... y tú lo tienes que guardar —sus ojos empezaban a cerrarse—... para que no sea igual que si no hubiese pasado.

Después de eso, el niño salió de la habitación y Truman se quedó allí, pensando, justo antes de quedarse dormido, en su viaje a México, en la mañana en que llegó a sus manos la carta que iba cambiar completamente el curso de su vida. «Pobre Delia», pensó, «si hubiera sabido qué poderosa fue su muerte, qué lejos me arrastró de todos mis sueños».

Pero Delia no supo ni eso ni otras muchas cosas, lo mismo que ellos no supieron ni sabrían jamás a ciencia cierta de qué estuvo hecho su derrumbe, en qué punto de su corazón empezó a formarse la enfermedad que le quitaría la

vida; no la vieron entrar, una mañana de septiembre de 1936, en la casa de los falangistas que salvaron a su marido del pelotón de fusilamiento; no la vieron entrar en aquel cortijo al que sus benefactores la habían llamado y la volverían a llamar más de una vez en el futuro, con una sonrisa de gratitud y su mejor vestido, llevando en las manos una bandeja de modestos pasteles que ella misma había hecho; ni la vieron salir de allí una hora más tarde, con un reflejo sonámbulo en los ojos, un brillo como de agua sucia, parecido al de los peces muertos que le daban tanto asco, acompañada por dos hombres que usaban la misma camisa azul, que le habían hecho ver lo complicada que aún era su situación, que le habían insinuado lo fácil que sería volver a poner a su esposo contra las tapias del campo de fútbol de las que lo sacaron.

—Sí señor —dijo el primer hombre—, las cosas como son: no es que valgáis para mucho más, pero hay que reconocer que las rojas sabéis cómo se chupa una polla: hasta dentro y tragándose todo.

Y el segundo, riéndose:

—Oye, Delia, no dejes de venir por aquí en cuanto vuelvas a hacer más pasteles.

No, Truman nunca supo nada de eso.

IV

Antes de verlo pasar por delante de su puerta y mientras escuchaba sus pasos en medio de aquel silencio nocturno de la casa alterado nada más que por los continuos accesos de tos de Samuel que llegaban desde la alcoba vecina con una frecuencia cada vez mayor y amontonándose unos encima de los otros con un sonido tan hueco que te hacía imaginar a un hombre también vacío en cuyo interior no hubiese ni pulmones ni hígado ni corazón ni ninguna otra cosa, Marta pudo reconstruir en su oído el trayecto absurdo de su hermano: al salir de la recámara de Truman sólo tenía que tomar el corredor a la derecha y luego a la izquierda para ir a su habitación, pero en lugar de eso fue hacia el lado contrario, pasó junto al baño general, el despacho, la entrada, la cocina y, finalmente, los cuartos de Marta y el de matrimonio. Es decir, que una vez más hizo el camino más largo de todos los posibles.

Las consecuencias del rayo que le había caído encima al muchacho eran tan extrañas que los sucesivos médicos a los que le llevó Ruth fueron incapaces de dictaminar nada, de encontrar en el fondo de sus análisis o sus radiografías o sus electroencefalogramas el más mínimo atisbo de explicación a aquellas secuelas inauditas y, por lo tanto, de prescribir un remedio: no hay medicinas ni recetas para una enfermedad que no existe. Marta creía que el propio Maceo necesitaba, tal vez de una forma intuitiva, aclarar el asunto y que ésa era la causa de que últimamente anduviera obsesionado por cualquier cosa relacionada con el cielo, de que se entretuviese durante horas mirando las estrellas con unos prismáticos, leyera con una avidez abnegada cualquier información de los periódicos acerca del espacio e incluso algunos libros que le regaló Truman, siempre tan proclive, según su opinión, a promover los conocimientos banales y las ideas superfluas. Un día, mientras Maceo estaba en la escuela, se quedó asombrada al hojear aquellos libros: la Tierra ejecuta dos tipos de movimiento, el de rotación y el de traslación; Saturno, Urano, Júpiter y Neptuno están hechos de hidrógeno y su densidad media es inferior a

la del agua; el satélite que gira alrededor de Plutón se llama Caronte; el núcleo de Mercurio es de hierro líquido. Eso es lo que entrevió en el primer tomo, aunque el segundo le pareció todavía más singular: una obra monográfica sobre las tormentas, dividida en secciones encabezadas por títulos como «El diluvio de Johnstown», «El huracán de los Grandes Lagos», «La inundación del río Big Thompson», «La gran helada del 83» o «El ciclón de la Bahía de Bengala». ¿En qué iban a convertir ese tipo de historias a un niño de la edad de Maceo? ¿En qué podía convertirle la conjunción de esas historias con las que le contaba incesantemente su abuelo, toda aquella cháchara sobre la Guerra Civil y América, los volcanes, los terremotos, el exilio? Una vez más, se asombró de que sus padres no fuesen capaces de atajar la influencia insalubre que Truman ejercía sobre el chico.

Salió al pasillo y estuvo un buen rato allí, parada bajo el umbral de su puerta hasta que pudo sentir que Maceo se metía en la cama y apagaba la luz. Luego, otra vez en su cuarto, sentada a oscuras en el pequeño sillón de vinilo color azul-petróleo que Samuel le había regalado el año anterior, al aprobar con buenas notas su segundo curso en la Universidad, volvió a ocuparse de sus propios asuntos, a darle vueltas a la decisión que estaba a punto de tomar.

Todo había sido tan rápido, ocurrió de una forma tan improvisada que ahora no estaba muy segura ni de por qué actuó como lo hizo ni de si se disponía a correr hacia algo o más bien a ser arrastrada por ello. La secuencia en la que se organizaron los acontecimientos de la noche en que ella y Lucas vieron juntos, exactamente del modo en que había soñado, el paso el cometa, fue la que sigue: nada más llegar a la casa del bosque, Iraide y ella se apresuraron a librarse de Enara. Al principio, Marta no conseguía distinguir a Lucas entre los jóvenes que tomaban cubalibres y se movían con un vaivén perezoso al ritmo de las canciones oscuras que estaban de moda en aquel grupo más o menos selecto que siempre presumía de mantenerse al margen de la música comercial, ya sabes, qué paliza, menuda lata. The Dream Syndicate, Tricky, Sonic Youth, P. J. Harvey: eso es lo que estaban bailando.

El clima era desapacible y la temperatura baja, pero no en el terreno que abarcaba la fiesta, porque Lucas y algunos de sus amigos habían acotado precavidamente una parcela junto al porche principal con cinco o seis bidones metálicos llenos de leña y carbón que funcionaban al mismo tiempo como hornos crematorios y como estufas, puesto que servían por un lado de calefacción improvisada al aire libre y por otro para arrojar en ellos los

desperdicios inflamables que iba generando el convite: vasos y platos de papel, cajetillas de tabaco, envoltorios. Más allá de esas hogueras y de su humo vegetal, la noche era fría y oscura y la atmósfera estaba tan limpia como el filo de un hacha.

Mientras andaba entre los invitados en busca de Lucas, sintiéndose progresivamente hecha añicos por los celos y mortificada por su ausencia, o merodeaba por el bosque, Marta vio entre los pinos restos de nieve y sobre ella algunos objetos inesperados: una lata de combustible, el cuadro de una bicicleta y, sobre todo, unas sandalias de goma tan desvinculadas de aquel paisaje helador que parecían encontrarse allí sólo para probar que antes del invierno había existido un verano, una época llena de heladerías y piscinas y hombres sin afeitar a las doce de la mañana.

La mayor parte de los jóvenes seguía en la zona delantera de la casa, oscilando al compás de aquellas canciones formadas por sonidos industriales y cadencias herméticas que ella reconocía casi siempre sin ningún esfuerzo. Vistos en conjunto y desde una cierta distancia, los bailarines componían una masa abstracta, un ser de cien cabezas que se agitaba con una sucesión interminable de ondas y espasmos, como si estuviese malherido o fuera a mudar la piel. Marta imaginó el porvenir de aquella gente: dentro de algunos años, una de las chicas se casó con un jugador de fútbol, uno de los chicos fue a la cárcel por evadir impuestos y otro se ahogó en la costa de Formentera, dos de ellos eran muy ricos y otros dos murieron de cáncer. Eso es lo que iba a pasar, aunque se preguntó qué parte le correspondería a cada uno.

—Isquemia mental —dijo de pronto, a su lado, Iraide.

—¿Qué?

—El riego sanguíneo: no le llega al cerebro —mientras hablaba, señaló con el pulgar a un estudiante que le sonreía estúpidamente desde unos metros más allá y que le hizo un gesto de brindis con la botella que tenía en la mano—. ¿No te parece ideal, con su camisa de leñador y ese aspecto de pasar las tardes de los lunes jugando a los dardos? Me encantan estos bobos: ¡son tan grandotes y ocupan tan poco espacio!

Marta sonrió con desgana y encendió un cigarrillo para disimular su falta de entusiasmo por el chiste, pero después de un par de caladas, al recordar a Lucas, lo apagó de nuevo porque no quería saber a nicotina cuando lo encontrase. Isquemia mental: ésa era una de las bromas que ella e Iraide usaban para hablarse en público sin que los demás las entendieran, en clave,

con un código basado en términos aprendidos en sus estudios de Medicina. «Encefalitis letárgica», se decían una a otra con la cara ensombrecida por una compunción de pega, sentadas ambas enfrente de un alumno no demasiado despierto; si se trataba de alguien cuyo corazón consideraban ponzoñoso, su veredicto habitual era «Uremia vascular» y «Timpanitis múltiple» si en vez de malvada su víctima era, sin más, gorda. Su diagnóstico sobre Enara, por ejemplo, solía formularse a través de un diálogo de este tipo:

Marta: «¿Qué te dije?».

Iraide: «¿En serio? ¿Entonces, es lo que nos temíamos?».

Marta: «Otosclerosis aguda: no se entera de nada».

Por alguna causa, Marta reparó, de pronto, en que no había llevado a la fiesta los discos que le sugirió, precisamente, Enara. De cualquier forma, Beck le parecía apropiado en aquel ambiente, pero Oasis no.

—Estamos ahí —continuó, por su lado, Iraide—, charlando de dentro de dos horas cuando pase el cometa, ¿no?, y le empiezo a hablar del núcleo gaseoso, la cauda..., mientras el tío me mira igual que si yo fuese una vaca dibujada en un jeroglífico. ¿Y sabes con qué me sale? Es genial. Va y me dice: «¡Eh, eh, qué es toda esa jerigonza!». ¿Te lo puedes creer? ¡Jerigonza! Y después me ha tocado el culo. ¡Santo Dios, qué adorable! Es de Palencia, estudia Ciencias Empresariales y la tiene del tamaño de una barra de pan.

—¿Cómo lo sabes?

—Estooooooo... Bueno, en alguna parte tenía que poner las manos mientras él me tocaba el culo. En fin, encanto, voy a divertirme un poco.

—¿Con él o a costa de él?

—¿Qué quieres decir! ¿Pero es que crees que soy una desalmada? Naturalmente, a su costa.

Las dos se rieron y se dieron un breve beso de despedida en los labios. Marta la vio alejarse: una mujer delgada pero sólida, con cierto toque atlético, de una belleza concluyente quizás algo severa pero basada en el tipo de cuerpo capaz, según sus propias palabras, de agradar a un hombre de cada mil... y volver locos a los otros novecientos noventa y nueve, firme y con un punto de indolencia que por un lado los excitaba y por otro les producía miedo. Aunque, personalmente, ésa no le parecía una cualidad muy meritoria:

—Los muy memos —decía—, tan brutos y al mismo tiempo tan débiles que no están nunca nada más que de una de esas dos maneras: o cachondos o asustados. No existe ningún otro modelo. No hay una tercera especie.

Olvídalo. Esas dos, y punto final. Sufren una anomalía irreversible, poliomielitis general, sicopatía crónica. O están intentando metérsela a alguien o están abrumados con sus patéticos problemas de me parece que la tengo muy corta, dentro de cinco o seis años me habré quedado calvo y toda esa mierda.

Aquella noche —pensó Marta, mientras oteaba una vez más el horizonte a la caza de Lucas— Iraide jugaría con el universitario de Palencia hasta que se cansara de él y llegando sólo hasta donde ella quisiera, lo mismo que siempre, para después quitarle de un solo golpe todo lo que le hubiese dado, para abolir sus derechos adquiridos cuando le viniese en gana, de ese modo en que una reina deroga una ley o decide revocar un salvoconducto.

Por fin, en un costado de la casa, a la puerta de la cocina y en medio de un corro de unas ocho o nueve personas que por alguna circunstancia parecían mantenerse al margen del resto, en una situación periférica que, sin embargo, no les hacía en absoluto más insignificantes o discretos sino mucho más visibles, resaltados por esa especie de aura misteriosa de quienes se hallan al borde de un precipicio o en la línea de una frontera, apareció Lucas y Marta se puso pálida al reconocer a dos de sus acompañantes: la chica con la que supuestamente había estado en el hotel, Luisa, y Enara.

Qué difícil es seguir en pie y qué sencillo resulta desestabilizarse, porque bastó la imagen fugaz de Luisa, de su melena pelirroja y su atuendo de colores vivos; bastó el leve destello de maldad deducido de los ojos de Enara al cruzarse con los suyos, para que en una fracción de segundo todos sus planes se evaporasen, su reserva de fe en sí misma fuese dilapidada y su discurso violentamente alterado por una mano abominable que omitía oraciones enteras, que cambiaba unas palabras por otras parecidas que significaban lo contrario: seguridad-inseguridad, arrogancia-rogar-desgracia, valor-ralo-pavor. En esas condiciones, furiosa pero desarmada, fue hacia donde estaba Lucas.

—¡Eh! ¡Pero mira quién ha venido! —la voz de Enara había cambiado y ahora llegaba desde más arriba, desde el interior de alguien más seguro y el doble de poderoso que ella. Ese matiz de su voz y sus pupilas dilatadas le contaron a Marta qué estuvieron haciendo Lucas y su clan mientras ella lo buscaba.

—Vaya —dijo Luisa—, pero si estás... o sea, qué iba yo a decirte... ¡Ah, ya! Pero si estás aquí.

Por la forma en que se rieron, supo que los otros le encontraban a aquellas frases inconexas muchísima gracia. Todos menos Lucas, que observaba a

Marta con una seriedad y una fijeza extrañas. Luisa se abrazó a él y clavó los ojos en ella: la clase de mirada de quien se queda un momento contemplando una calle a oscuras justo después de cerrar la verja de su mansión, se siente segura en la oscuridad de su jardín, rodeada por sus perros. Marta se preguntaba por el modo de abrir esos barrotes, de forzar aquel candado.

—Oye, nena —dijo, al fin, Lucas—, estás muy bonita, esta noche.

—He venido a buscarte; así que despídete de éstos y vámonos —contestó con brusquedad, olvidándose de todos los rodeos previstos de antemano y eligiendo la vía más recta desde donde estaba hasta donde quería ir. Al principio, le alarmó la hosquedad de su propio impulso y la vehemencia con que las palabras salieron de ella; pero en cuanto pudo cerciorarse de que el golpe había alcanzado a Luisa por la manera instintiva en que ésta se apretó un poco más contra el cuerpo de Lucas, se alegró de haber actuado como lo hizo: en las peleas, hay que encontrar una fórmula para atemorizar al rival, algo que transforme su miedo en una parte de tu fuerza.

—¡Caramba! —intervino Enara—, ¡qué ordinariez, llamarnos *éstos*! ¿O es que no sabes nuestros nombres? Mira: ésta de aquí se llama Julia y a esta otra ya la conoces, es Luisa.

—Oye, Enara —la cortó de raíz Marta—, con esa mala imitación que haces de Iraide... Dime, ¿pretendes resultar esnob? Porque para eso, además de una lengua necesitas un cerebro.

«¡Cállate!», se ordenó a sí misma, sin embargo, por dentro. Tenía que serenarse, controlar el pánico, la histeria, el deseo, el odio, conseguir abarcarlos de alguna forma. «Llévatelo de este sitio pero a mí qué me importa Enara concéntrate Dios mío concéntrate en Lucas nada más que en Lucas Dios mío nada más que en él por favor».

Durante esa semana, la incertidumbre la había sometido a un tormento tan devastador que ahora empezaba a sentir las consecuencias de aquel conjunto de demasiadas posibilidades, demasiadas cavilaciones, demasiadas preguntas que se saldaban una y otra vez con la misma conclusión: era incapaz de vivir sin Lucas. Es cierto que, durante todo ese tránsito, una de las Martas antagónicas en que la dividió la lucha entre sus esperanzas y sus celos quiso prevenir a la otra, convencerla de que su entrega incondicional a aquel muchacho sería un gran error; pero también resulta indiscutible que esa mitad precavida y juiciosa era la más endeble de las dos.

Además de sus propios apuros, Marta había soportado durante aquel

periodo una parte proporcional del peso abrumador de su familia, un porcentaje de aquella carga que era casi insostenible después de los trastornos creados por el accidente de Maceo y por la enfermedad de Samuel en ese grupo cuya estructura era cada vez menos homogénea y que parecía atravesar un ciclo autodestructivo, una situación crítica alimentada, por añadidura, con su desconcierto personal y con el estado mutante de Ruth, en quien empezaba a ver una persona nueva, una mujer imprevisible y enigmática. Marta sabía que las cosas iban mal, pero como no lograba ver el problema en su conjunto sino sólo alguna porción específica o determinados segmentos, el prestigio de su porvenir junto a Lucas se multiplicaba en la misma medida en que se iba ensanchando el descrédito de su hogar, de forma que según su apreciación ofuscada de la realidad él no era ningún peligro, sino quien congregaba todas las soluciones.

Tanto era así que cuando el lunes, al ir a salir de la academia de mecanografía, la directora del centro se le acercó por segunda vez para mantener con ella la conversación aplazada desde el viernes, Marta tuvo un momento de duda al saber de qué se trataba: una oferta de trabajo, un puesto de secretaria en una clínica, con un sueldo aceptable, ciertas posibilidades de promoción dentro de la empresa y un horario de nueve a tres que le permitiría seguir sus estudios, yendo a la Universidad por las tardes. Por supuesto, aquello era justo lo contrario de lo que ella quería; era esa especie de claudicación a la que, de algún modo, siempre parecía estar empujándola su padre: no apuestes sólo por tu número, sigue el camino de todos, confórmate con lo que encuentres aunque para eso tengas que olvidar lo que estabas buscando. Ni que decir tiene que Marta no pensaba coger aquel empleo, pero al pensar en su paga sí que especuló con la imagen de ella y Lucas viviendo en un piso propio, alternando sus estudios con una felicidad matrimonial llena de amor y camaradería, de pequeñas aventuras y gestos solidarios.

Entonces, caminando por las calles recién encendidas que la llevaban de vuelta al piso de sus padres, se había reído de sus propios pensamientos; pero ahora, unos días después, sentada en el sillón azul-petróleo de su cuarto, mientras recordaba los sucesos del día en que fue a la fiesta de Lucas, estaba mucho más seria porque esa noche, al ver cómo el muchacho se le escapaba, cómo sus intentos por conservarlo eran baldíos, decidió ofrecerle ese trabajo; decidió ofrecerle una vida hecha de tranquilidad e independencia en la que él podría seguir sus estudios y ella se ocuparía de mantenerlo, imagínate, nuestra

propia casa, los dos juntos y a solas, sin límites, el planeta entero para ti y para mí.

Estaba mucho más seria mientras se acordaba de que él había accedido, de que al día siguiente, cuando fuera a la academia, debería decidir entre aceptar el empleo o perder a Lucas. «Tal vez después de todo no es tan difícil combinar mi vida laboral con la carrera estamos hablando sólo de seis horas diarias y mucha gente lo consigue la Facultad casi es mejor por las tardes al fin y al cabo no es más que algo transitorio una estación intermedia por qué no se va pero después regresa lo mismo que cuando se pierde la señal de radio al pasar por un túnel».

No podía olvidar al chico, la imagen de ellos dos en el bosque, tomados de la mano, mirando hacia el cielo; no podía olvidar sus ojos, bellos y duros como un diamante, mientras miraba pasar el cometa. No podía renunciar a todo eso y lo supo durante la escena con Luisa y Enara, cuando le dijo a Lucas que se fuese con ella y él le contestó:

—¿Qué quieres?

Nada más que eso, qué quieres, sin apartarse de Luisa, con aquel fulgor adormilado en los ojos, vete a saber qué habrán estado tomando dentro de la casa, mirándola de arriba abajo porque esa noche estás tan guapa, nena, qué quieres, aquellas dos palabras que merodean por su interior, con un sonido escandaloso y lúgubre, qué quieres, un sonido de campanadas fúnebres, de perros que vuelcan un cubo de basura. Marta aún recordaba su angustia de esos instantes, la sensación de vacío, de hundimiento, la sensación de ser desgarrada —músculos fusiformes, planos, orbiculares—, reducida a cenizas.

Después, ya no. Después todo fue distinto y en el claro del bosque, observando el firmamento al lado de Lucas, se puso a pensar en el resto de los invitados de aquella fiesta, en lo simples y cobardes que resultaban. Los vio otra vez desde la misma perspectiva de antes, como si ellos ya estuvieran en el futuro y ella todavía aquí: la chica que se iba a casar con un jugador de fútbol tuvo una existencia aciaga, llena de desventuras y soledad, atrapada en ese tipo de estatismo de quien malgasta su tiempo pensando no en qué hacer para regenerar su vida sino en lo que hizo para arruinarla; el que iba a cometer un fraude pasó años obsesionado con el dinero y recordó siempre con nostalgia a la joven maravillosa de su época de la Universidad con quien no tuvo el valor de casarse contra viento y marea, diciéndose al diablo con la sensatez, piensa en lo que te importa más que en lo que te conviene.

Pero a ella no le iba a pasar. Ella lo tenía todo muy claro. Estaba decidido: aceptaría el puesto de secretaria en la clínica. Cerró los ojos. Se aseguró que no estaba quedándose sin algo sino ganando algo. Se hizo la promesa de que a la mañana siguiente comenzaba la era del esplendor, el camino de su nueva vida. Con los datos que obran en nuestro poder, no resulta descabellado conjeturar que se veía atravesarlo de Norte a Sur con una decisión irrefrenable, con una presencia majestuosa, digna. «Todo empezó la noche del cometa», contaría dentro de unos años a algunas de sus viejas amistades, tal vez a Iraide y a otros compañeros de ahora que sabrían entenderla porque ese acontecimiento fue también una fecha central de sus vidas, una especie de kilómetro cero al que referirse para situar las cosas: «Pablo y yo nos conocimos el mes en que pasó el cometa»; «¿Os acordáis de Laura, la que murió en un accidente de tren, a las pocas semanas de pasar el cometa?»

Pobre Marta, con sus ilusiones y su kilómetro cero, moviéndose de Norte a Sur, tan majestuosa e inconsciente como un tigre que avanza hacia una trampa.

Capítulo cuatro

I

Samuel retrocedió un par de metros y levantó su mano libre, muy arriba, con los dedos muy separados, la palma vertical y hacia fuera, en un gesto que semejaba a la vez un signo de paz y una petición de misericordia, pero a los hombres que lo seguían sujetando no parecieron importarles sus súplicas, porque mientras uno le aferraba aún con más tenacidad el brazo, el otro le volvió a abofetear, esta vez tan enérgicamente que lo tiró al suelo. Samuel no pensó en aquel dolor, similar al de una quemadura, sino en la mancha de barro de su traje, en una coartada que, en caso de necesidad, pudiera justificarle.

—Si se-rás —dijo el segundo hombre, dándole varias patadas en el estómago, sin dejar de hablar y acompasando el ritmo de las palabras al de los golpes, igual que un maestro que le enseñase a contar sílabas a los niños—... hi-jo-de-la-gran-pu-ta.

Después, se marcharon poco a poco, caminando hacia atrás, gritándole pervertido, cabrón, si vuelves por aquí te matamos, y mientras los veía alejarse por la acera mojada, Samuel rezó para que todo aquello fuera sólo una pesadilla, para despertarse en su cama al sentir la lluvia sucia en la piel o aquella punzada atroz del costado que en realidad no era consecuencia de ninguna agresión, sino sólo de una mala postura.

Pero, naturalmente, Samuel sabía que eso era imposible y que todo aquello —el barro, los insultos, los golpes— no era nada más que lo que parecía: acababan de darle una paliza.

Ocurrió al salir del trabajo, en la zona extrarradial en donde estaba su oficina, cuando en lugar de esperar en la parada el autobús que le llevaba cada anochecer, a lo largo de una ruta lenta e interminable, desde la acería donde estaba empleado hasta el centro de la ciudad, se puso a seguir, de un modo casi automático, a una mujer. ¿Por qué se fijó precisamente en ella? No estaba seguro. O puede que no hubiese una razón. Debía de tener unos cuarenta años, era rubia, llevaba un abrigo verde. ¿Qué más? Parecía asustada, sobre todo

parecía asustada, o al menos eso es lo que él dedujo de su manera de andar con pasos cortos y nerviosos, girando la cabeza a los lados y hacia atrás lo mismo que si se sintiese arrinconada o huyera de alguien.

Empezó a perseguirla medio en broma, casi con cierta desgana, creyendo que ella también se detendría en la parada del autocar; pero no lo hizo, siguió caminando hasta la parte más deshabitada de aquel barrio, dejó atrás comercios y casas de vecinos y entró en un parque público, con Samuel a la zaga. Él estaba seguro de que lo había detectado y eso le produjo una exaltación idéntica a la de las otras veces, una especie de placer febril, un enardecimiento que provenía de la seguridad de sentirse temido, poderoso.

En el parque no había más gente, la iluminación era escasa y el frío estaba hecho de toboganes oxidados y columpios rotos. Samuel aceleró el paso, hasta estar muy cerca de aquella mujer a la que podía escuchar sin que estuviese diciendo nada: «Voy a morir, qué busca, puede que sólo sea un robo, a morir como un animal, a la intemperie, va a violarme, Dios mío, qué busca». Samuel continuó un poco más con el juego, preguntándose si tendría hijos, dónde estaba su casa, cuál era su nombre, Fátima o Alicia, Lourdes, Carmen, Lola. También creyó que en el momento en que echara a correr la dejaría irse, igual que a las otras, pero cuando lo hizo, nada más salir del parque, fue detrás de ella y la alcanzó en un descampado.

Ahora, mientras se incorporaba y quería limpiar el barro de su traje, se acordó de cómo ella se volvió de pronto, de su apariencia desencajada y su voz jadeante, aguda.

—Quién es usted, dígame quién es y... dígame, no me haga nada, dígame qué quiere. Tenga —metió la mano en el bolso, sacó un monedero, las manos le temblaban al ofrecerle unos cuantos billetes—, quédeselo, para usted, déjeme marchar.

—¿Pero qué dice? Se equivoca, yo no —Samuel dio un paso hacia delante, ella intentó arañarlo y luego echó a correr de nuevo, pero pudo alcanzarla un poco más allá y lucharon de una manera sorda, cogiéndose de las muñecas, de los brazos—... Le digo que usted se equivoca.

—¡Socorro! ¡Ayúdenme! ¡Socorro!

—¡No grite! ¡No voy a hacerle daño!

En ese momento es cuando habían aparecido los dos hombres. Y también otras personas, siete u ocho. ¿Desde qué lugar? No lo sabía. Quizás el tramo que anduvieron cuando ella se escapó por segunda vez, tras ofrecerle los

billetes, fue más largo de lo que supuso, porque ahora había dos o tres casas a su alrededor, una cabina de teléfonos, una acera.

—¡Qué hacías! ¿Eh? ¡Cabrón! —junto a las palabras empezaron los empujones, los forcejeos.

—Nada, yo lo único... le estaba...

—¡No lo soltéis! ¡Vamos a llamar a la policía!

—¿Lo único? ¿Qué único? —alguien le zarandeaba, una mano le cogía del pelo.

—¡Iba a matarme! Yo eché a correr... Me quería violar.

—¿La querías violar? ¿Eh, cerdo? ¿Por qué no me violas a mí? ¿Eh, desgraciado? ¡Toma!

—¡Ay! Pero ¿qué hacen? Déjenme. Yo no iba... Yo no...

—¡Llamen a la policía! ¡Que alguien llame a la policía!

Después vinieron los otros golpes, la caída, el barro, las patadas. Pero nadie llamó a ningún sitio. Las injurias, los gestos obscenos, la sensación de vergüenza.

Samuel anduvo por las calles solitarias, hasta que, guiado por el ruido del tráfico, encontró una arteria principal. Pensaba parar un taxi, pero la tarifa era tan alta, le iba a salir tan caro que prefirió usar el autobús.

Le parecía que los pocos peatones con que se cruzó le observaban: un ser inverosímil con un estigma, con una lacra; un ser repugnante acostumbrado a las ciénagas y las mazmorras. Avanzaba muy rápido y con grandes zancadas para superar a ese monstruo, cambiándose de un lado de la avenida al contrario, en busca de la parada. Quería marcharse de allí; quería volver a casa, dejar atrás aquel dolor integral, caudaloso. «Esto es el fin de algo», se dijo. «No me encuentro bien, eso es lo que ocurre. Han sido las últimas semanas, este vértigo en el estómago, los calambres, las arcadas, las náuseas. Todo va a arreglarse a partir de ahora, con Ruth, con los niños, con Truman». Y Marta, se acordó también de Marta, de su idea ridícula de trabajar en una clínica y mudarse a un apartamento. «Ella será lo primero que arregle; le voy —inhaló una bocanada de aire para combatir la fatiga— a explicar lo duro que es; se cree —hizo otra profunda aspiración: se ahogaba—... se cree que es todo tan fácil, que va a ser lo mismo pagar la comida que vivir a mesa puesta».

Empezó, por tanto, a preparar la conversación que tendría la noche próxima con Marta, de la manera en que siempre lo hacía, lo mismo que si ella

estuviese en mañana al acabar la cena, escuchándolo, y él estuviese en las dos ocasiones al mismo tiempo, en ahora y en después. «Mira, hija —empezó—, me parece que hay un par de cosas que aún no has aprendido. ¡No: escúchame! Te pido por favor que no me interrumpas. Y, sobre todo, te pido que *jamás*, ¿me oyes?, *jamás* olvides cuánto te quiero. No lo olvides, pase lo que pase. No lo olvides o estarás equivocada. No lo olvides, porque ésa es la fuente de lo que voy a decir».

Meditando sobre eso, entretenido en la construcción pormenorizada de aquel discurso que tendría una retórica de arzobispo o estadista análoga a la que usó muchas veces en su época de la Universidad, fue desligándose de lo que acababa de pasarle hasta que se volvió lejano, difuso: la mujer del abrigo verde, el descampado, los golpes que ya impactaban en partes muy lejanas de su vida. ¿De verdad había ocurrido?

No se sintió absuelto, pero sí algo más firme, como si acabara de nivelar una torre que estaba a punto de desplomarse.

II

Matarratas, eso era lo que Ruth estaba poniendo en la comida de Samuel, una dosis pequeña en la sopa o las verduras y algo mayor en, por ejemplo, los guisos. Para ella misma resultaba incomprensible que hubiera sido capaz de hacer algo semejante, que hubiese llegado hasta ese punto, más allá de todas las cosas una vez conocidas, porque, hasta entonces, cuando leía en los periódicos alguna de esas historias, bastante comunes, de criminales domésticas y venenos caseros fabricados con insecticidas o productos de limpieza o complicados cócteles de medicamentos, le daban la impresión de provenir de otro mundo, de ser noticias relacionadas con gente de una raza distinta, con esas personas de sentimientos sombríos e instintos básicos que habitan la parte más oscura de la sociedad, que llenan de disparos a quemarropa y cocinas manchadas de sangre las páginas de sucesos. En cierta manera, y sobre todo al principio, convertirse en una de ellas fue para Ruth una especie de juego: la noche del cometa llegó a casa en muy mal estado, sintiéndose tan rota y profanada por su último encuentro con Ramón que mientras preparaba la cena se puso a pensar en qué pasaría si se suicidase y vio a sus hijos después de muerte, saliendo del funeral con los rostros desfigurados por un dolor sin resquicios, sin escapatoria. Era una mañana gris y el camino desde la iglesia hasta allí lo hicieron muy lentamente y en silencio, bajo la lluvia, aún sin poder creer que cuando abrieran la puerta ella no estaría en alguna parte del piso, igual que siempre, tal vez leyendo el diario en una de las hamacas del salón. Marta miraba a Samuel con unos ojos tumultuosos que parecían llenos de desprecio y Truman no paraba de mover la cabeza en señal de pesadumbre: es increíble, tan joven, quién lo iba a decir, qué desgracia. Maceo tenía una flor en la mano y se preguntó si sería una de las que ellos mismos pusieron en su tumba, un recuerdo que iba a guardar para siempre con un amor tan incondicional y tan puro que la hizo sentir una tristeza parecida a la alegría, reconfortante y espantosa, dulce pero también amarga.

En esas condiciones, deprimida y nerviosa, enterrada bajo aquella aglomeración de vergüenza, inquietud, enfado y aturdimiento, Ruth se disponía a qué, desde dónde o al lado de quién cuando entró Samuel y comenzó a hostigarla.

—¿Lo ves? Todo frito, lo cocinas todo frito, en lugar de hacerlo a la plancha. Así es el doble de caro y mucho más pernicioso: el aceite sube el nivel de colesterol, provoca lesiones coronarias...

Ruth se quedó mirando la sartén y los dos peces que había en ella, que según se iban haciendo cambiaban del color de la plata al del marfil, le parecieron ahora bichos irreconocibles, laberínticos, tal vez poseedores de un significado mágico o esotérico. Pensó en un contraataque para romper el cerco de Samuel: «¿Y la ruindad qué produce: paranoia?». Pero, sinceramente, no se sentía sitiada. Quiso recurrir a la broma de qué diría su padre: «¡Atiza! ¡Este pollo es un pisaverde!». Pero tampoco estaba de humor para eso.

De plata a marfil, del brillo al mate, igual que su vida, igual que aquella existencia escuálida hecha de sinsabores y fuegos sofocados desde la que no podía ir ni hacia delante ni hacia atrás, inmóvil en la peor de las encrucijadas posibles, ésa en donde los planes están prohibidos y recordar tus esperanzas es tan deprimente e inútil como recordar a tus muertos. ¿Qué podía hacer, entonces? ¿Irse de casa y perderlo todo? ¿Volar la santabárbara, como le habría dicho su padre? Para hacer eso hacen falta pólvora y un barco que hundir. Y Ruth no creía que los tuviese.

Volvió a la época en que Samuel, nada más acabar los dos sus estudios, le pidió que se casaran. ¿Que se casaran quiénes? ¿Dónde se había quedado esa pareja, ella licenciada en Ciencias Físicas y él ingeniero químico, ambos codiciosos y, en su opinión, especiales, dispuestos a conquistar el mundo envueltos en su halo, a repartirse el botín de una vida perfecta?

Samuel encontró un trabajo por medio de Truman, en el departamento administrativo de una acería de la cual era dueño un viejo republicano amigo de su padre. Se trataba de un recurso temporal, de una fórmula inmediata para estar juntos y ser autosuficientes, algo a lo que con el paso del tiempo —según le dijo Samuel— se iban a referir como *la parte etcétera-etcétera de nuestras vidas*.

Pero no ocurrió así ni aquello fue el principio de ninguna ascensión, sino el final de todo, la causa de que su existencia mediocre se desencadenara, porque él nunca pudo salir de su empleo a las afueras de la ciudad y ella nunca pudo

olvidar ese mundo centelleante con que soñaba y que perdió del modo más cruel, antes que fuera suyo y de manera tan irrevocable. ¿Hasta dónde pueden llegar dos personas atrapadas? Ruth conocía muy bien la respuesta.

Lo que ignoraba era el porqué. Lo que jamás supo, ni entonces ni ahora, fue la razón de que Samuel renunciase a sí mismo, se derrocaria a sí mismo con una falta de piedad tan inaudita que ella pensó que tal vez lo otro, su aptitud para el caudillaje y su naturaleza predestinada al éxito, es lo que siempre había sido falso, una impostura.

Fuera como fuera, la cuestión es que mientras se internaba más y más en el territorio del trabajo y de las responsabilidades, el resto de sus aspiraciones se iba quedando atrás, iba siendo anegado, se hundía, entraba en esa dinámica que hace imposible crecer y afianzarse al mismo tiempo. Muy pronto fue ascendido, su salario se multiplicó y con él su miedo a perderlo. El siguiente paso fue plantearle a Ruth la necesidad de comprar una casa, qué te parece, piensa en ella como en un sitio del que partir, tal y como están las cosas los alquileres son un mal negocio, sería algo nuestro, un sitio al que volver, algo estable, tuyo y mío.

Una y otra vez, ella le decía que sí al otro hombre, sí a la boda, sin reservas, sí a la casa, con los ojos cerrados; porque en ese momento el otro hombre aún estaba ahí, contenido en Samuel, avalando cada una de sus determinaciones; y su crédito se mantuvo intacto al empezar a alejarse de ciertos foros de influencia donde algunos de sus condiscípulos de la Facultad se agrupaban en torno a lo que él, de forma categórica, predijo que serían proyectos sin futuro: las universidades privadas, el PSOE; y resistió también cuando dos o tres de esos viejos compañeros, a quienes él tachaba de impacientes y oportunistas, empezaron a descollar en el ámbito político o a integrarse en determinadas empresas o asociaciones y él sostuvo que aún era muy pronto, que todo estaba muy verde, que era mejor dejarse adelantar por los que luego serían los primeros en caer. Por supuesto, se equivocó en casi todo y lo hizo de una manera tan concluyente que lo único que Ruth y él sacaron de su moderación fue una derrota ominosa, un aislamiento total por parte de los que antes parecían dispuestos a seguirle a donde fuese y ahora le despreciaban con una intensidad sin clemencia, demoledora, quizá porque para la mayor parte de la gente un héroe fracasado es mucho peor que un fracasado a secas. Ruth estaba también entre esa gente, ya que, en el fondo, eso era justo lo que ella sentía.

Aunque al principio no fue así. Al principio, le halagaba la decisión con que Samuel parecía ponerla por encima del resto de las cosas, *al frente de sea lo que sea*, como él mismo solía decirle: qué amor tan innegociable, tan todopoderoso. Luego fue distinto, cuando Ruth sospechó que lo que le estaba ofreciendo no era llegar con él a la cumbre de la montaña, sino quedarse abajo para compartir su misma condena. Un día, de pronto, presagió que algunos de esos estudiantes a quienes Samuel vaticinaba un porvenir tan negro —«¡Pobre Luis, dónde cree que va, con su oratoria de cura de aldea!»; «¿Qué me parece lo de Paula? Ni siquiera me explico por qué *Paula e ineptitud* son dos palabras distintas»— terminarían transformándose en personas influyentes a las que ellos contemplaran tarde o temprano elevarse sobre sus vidas, con los ojos envidiosos del que se queda en tierra, el que está en un aeropuerto mirando despegar los aviones. Y Ruth tuvo razón. Otro día, supo que Samuel no iba a salir nunca de aquella fábrica dedicada a reciclar acero, y también fue verdad: estuvo una temporada en la oficina y después, a mediados de los ochenta, lo trasladaron al laboratorio donde continuaba quince años después, buscando residuos nucleares y fugas radiactivas entre las toneladas de chatarra cuyo destino era convertirse en útiles domésticos o herramientas o material para la construcción.

—Es una responsabilidad inmensa —le decía Samuel—, porque existen muchos isótopos peligrosos: el cesio-137, el cobalto-60... y si no los captas es posible que provoquen un desastre, porque no olvides que pueden acabar siendo casi cualquier cosa, lo que te parezca más inofensivo, un tenedor o una silla. En Taiwan, no hace mucho, pusieron en un bloque de viviendas vigas contaminadas con cobalto-60 y los ciento catorce residentes recibieron durante más de dos décadas radiaciones dañinas, en dosis de hasta 120 microsievets por hora.

Ella, sin embargo, no veía en absoluto nada de eso, ningún deber honorable, ninguna responsabilidad de magnitud, sino sólo una profesión ordinaria y una existencia aburrida; sólo una fea industria periférica, enormes hornos para fundir metal y camiones cargados de desechos. Y también era capaz de distinguir lo contrario, lo que no estaba en su poder como ella pensó que estaría, sino en manos de Paula, que era tan inepta pero tan famosa y, con seguridad, tan rica; o en manos de Luis, que hablaba como un cura de pueblo pero llegó a presidente de una multinacional. Allí estaba todo, en cada rincón desocupado de su humilde piso: el jardín de uno, la sauna de otra, los

invernaderos, los garajes, las pérgolas, las piscinas. Desde su casa de serie-B, Ruth saltó precisamente a una de esas piscinas, para nadar un poco en la oscuridad, como cada noche calurosa de la vida que nunca tuvo, y cuando estaba bajo el agua, en ese silencio ultramundano que suele ser propicio a las evocaciones insólitas, se acordó de Samuel, un estudiante de Química con el que salió en la Universidad y que quiso casarse con ella. Lo recordaba muy bien: un chico inteligente y algo ceremonioso, de estatura media, con una voz embaucadora y profundos ojos de color verde-pantano. ¿Qué debió de pasarle? ¿Dónde estaba? ¿Qué debió de pasarle después de que le dijese que no? ¿Qué les habría ocurrido a ambos si entonces ella no hubiese preferido a Luis?

De regreso a la realidad, Ruth se dio cuenta de que Samuel ya no estaba en la cocina, de que debió de marcharse al verla ensimismada con aquellos dos peces simbólicos que ahora, convertidos de nuevo en simples y vulgares lenguados, ya se quemaban en la sartén. Apagó el fuego y tiró la cena incomedible al cubo de la basura, sabiendo que en cuanto su marido descubriera un derroche de esa índole iba a estallar otra discusión que la puso en guardia de antemano e hizo que la ira empezase a surgir dentro de ella, que se agrandara hasta tomarlo todo; lo sentía cada vez más claro, igual que alguien que escucha acercarse a un perro: los gritos, las acusaciones, las palabras tóxicas, los desaires; y luego el enfado, ellos dos en la cama, la atmósfera de su alcoba cargada de electricidad, llena de un odio que casi podía verse brillar entre las sombras, como tras las tormentas se ve arder en los mástiles de los barcos el Fuego de Santelmo.

Había imaginado matarse; pero ¿por qué ella? ¿Por qué no Samuel? Se puso a urdir el crimen, aunque pensaba que sólo era una broma. Buscó la caja del matarratas que había puesto por toda la vivienda pensando en la carnicería de abajo, en ese lugar lleno de sangre y gérmenes que consideraba un foco de infección. Luego, por algún motivo, empezó a pensar en Maceo, en las mil y una historias sobre tempestades y rayos que de repente le contaba todo el mundo o que de un tiempo a esa parte aparecían con frecuencia en la televisión, en los periódicos. ¿Era una casualidad o siempre estuvieron ahí? En Málaga, una mujer fue alcanzada por el primer rayo, al salir de una tienda de ultramarinos; Sara L. A. no sufrió heridas graves, pero sus prendas de vestir ardieron y quedó completamente desnuda en mitad de la calle, con la compra —según imaginaba Ruth— esparcida a su alrededor: fruta, yogures,

latas de conserva. El segundo rayo fulminó al padre de una conocida suya, en León, mientras paseaba bajo los árboles de un parque público con sus dos galgos. El tercero aniquiló a los once futbolistas de un equipo de fútbol de Colombia —¿o era Kenia?—, mientras que los otros once salieron ilesos. El cuarto impactó en una farmacéutica de Sevilla que había sobrevivido, aunque padeciendo secuelas tan inexplicables como las que mostraba Maceo al dormir durante horas en una inmovilidad perfecta o al ir de todas partes a todas partes siempre por el camino más largo: aquella mujer, sorprendida por la descarga eléctrica mientras echaba el cierre metálico de su negocio —¿dónde estaba?, se preguntó Ruth: ¿junto al Guadalquivir, en la calle Sierpes, en el barrio de Triana?—, no volvió a sentir jamás ni el calor ni el frío, así que necesitaba siempre a una persona junto a ella para que probase su comida o la temperatura del agua del baño, para graduar su calefacción o elegir cada mañana su ropa según el clima fuese más fresco o más cálido.

Ruth abrió la caja del veneno mientras andaba despreocupadamente por Sevilla hace diez años, durante unas vacaciones de Semana Santa; cogió el plato de verdura de Samuel al tiempo que iba dejando atrás la Torre del Oro, el Archivo de Indias, el Hospital de las Cinco Llagas, la Casa de Pilatos, la Giralda.

Un poco más tarde, sentada la familia entera a la mesa, puso ese plato delante de él. No quería más que darle un escarmiento, nada más que causar un daño sin consecuencias. Le miró allí sentado, con su pijama de rayas, y estuvo a punto de reírse al recordar que aquel pobre hombre era la persona que iba a hacer posibles todos sus sueños. Porque eran tan especiales, tan distintos, vivían en un mundo ideal, por sus bosques cabalgaban los unicornios mientras que en los de los demás sólo seguía habiendo liebres. Sintió pena de sí misma, pero también de Samuel. Cuando estaban en Nueva York, durante su viaje de novios, él le había regalado un atlas y clavaron banderitas verdes en los sitios a los que iban a ir: Ceilán, Madagascar, las islas Fiji, Samoa. Ruth se acordaba de esos lugares y hasta de lo que había imaginado acerca de cada uno, los campos de bambú, las playas tropicales, las tardes anaranjadas.

—Voy a intentar hacerlo a tu modo —le dijo, queriéndole dar a su voz una tonalidad neutra, incolora—. He preparado tu verdura con un aceite más barato, de soja, a ver qué te parece. Puede que sepa, no sé, menos suave.

Y Samuel lo probó y dijo:

—Hummmm. Sí, quizá... bueno, no cabe duda de que es distinto, pero yo no

diría que está malo —y luego le sonrió, porque adivinaba que su matrimonio iba a salvarse, que con ese tipo de buena fe que acababa de demostrar Ruth podrían arreglarlo todo, suturar cada una de sus heridas. ¿Quién dijo que era imposible cambiar de caballos en mitad de la corriente?

—¿Te acuerdas —dijo Ruth— de cuando estábamos en Nueva York? Tú querías viajar a Samoa, ver la tumba de Robert Louis Stevenson.

Samuel le sonrió de nuevo. Qué bonito que las cosas hubieran empezado a enmendarse justo en esa cena —pensó—, la cena de la noche en que iba a pasar el cometa.

III

—A veces soñaba con encontrar un tesoro, uno que fuera lo suficientemente grande como para poner a Cecilia en mis manos. No me mires así, porque cuando vives en América ésa no es ni mucho menos una idea absurda porque... mira, tienes que saber que ese continente es otra cosa, que hay... en Perú hay hasta un lugar que se llama Infierno, ¿qué te parece?, en el límite de una selva a la que los conquistadores bautizaron como Madre de Dios, y por allí pasa un río en el que viven unas anguilas que producen descargas eléctricas de más de cuatrocientos vatios. ¿Comprendes lo que quiero decir? Puede costar creérselo, pero en aquella parte del mundo las anguilas gigantes existen y los tesoros, también.

—Claro: por la cantidad de barcos que había hundido Henry Morgan.

—No exactamente por eso, aunque es verdad que algunos buscadores descubrieron grandes riquezas en las guaridas de los piratas, sino por los cientos de naufragios que sufrieron durante siglos los buques españoles y portugueses en todo el litoral. Ya sabes, las carabelas de los conquistadores. Imagínate que se contaban un montón de leyendas y que todas acababan igual: con un arrecife insalvable y quince o veinte cofres abarrotados de oro y piedras preciosas en el fondo del océano, esperando a que alguien bajase a buscarlos.

—¿Pero eran leyendas o era verdad? —dijo Maceo.

—Eso depende de si se encontraban o no se encontraban —le respondió Truman—. Y te aseguro —su voz tenía ahora un matiz confidencial— que muchos lo consiguieron.

—¿Tú sabes alguna historia?

—Claro que sí. Hay muchas y algunas aún no han terminado. En la costa de Virginia, por ejemplo, se hundió una fragata española llamada Juno; murieron cuatrocientos tripulantes, todos menos siete marineros que habían abordado una nave norteamericana en busca de ayuda, poco antes de irse a pique, y un

niño que llegó después de la tragedia a la isla de Chincoteague, atado a un madero.

—Casi igual que Moisés en el Nilo.

—Algo así. Pero a éste no lo llamaron Moisés, sino James Alone, que significa Jaime el Solitario.

—¿Qué pasó con él? ¿Volvió a España?

—No, no lo hizo. Creció entre los habitantes de aquel lugar, se casó varias veces y llegó a tener tantos hijos que ahora hay allí cientos de descendientes suyos. Aunque, en realidad, Jaime el Solitario no es lo único que la marea arrastró a esas playas, porque en esa bahía se fueron a pique un montón de barcos, las galernas eran terribles y los...

—¿Qué es una galerna?

—Viento, es un viento borrascoso. Bueno, pues un siglo antes zozobró allí mismo el buque La Galga y los únicos sobrevivientes fueron media docena de caballos que nadaron hasta tierra firme en medio del vendaval. ¿Te imaginas lo que debió de pensar esa gente, viendo surgir de entre las olas y desde el fondo de la tempestad a unos animales como éstos, que seguramente desconocían?

—¿Qué pasó con el Juno?

—Aún lo siguen buscando. Se sabe que está frente a la playa de Tom's Cove, dicen que tan sólo a una media milla, Atlántico adentro. El que lo encuentre se hará multimillonario, porque los documentos de la época demuestran que cuando salió de Veracruz rumbo a Cádiz lo hizo ni más ni menos que con veintidós toneladas de plata en sus bodegas.

—¿Eso es mucho?

—Para que te hagas una idea, el botín que encontró en 1985 un norteamericano llamado Mel Fisher en Florida, en el galeón Nuestra Señora de Atocha, fue valorado en más de sesenta mil millones de pesetas.

—¿En serio?

—Y tan en serio. De modo que, quién sabe, puede que si no me hubiera ido de América a estas alturas tú estuvieses a punto de heredar una *fabulosa e inconmensuraaaaable fortuna*.

Si esas últimas palabras están en letra cursiva es porque Truman las dijo ahuecando melodramáticamente la voz, como si fuera el personaje malvado de una película infantil. Maceo se rió porque lo hacía siempre con esa broma, aunque se daba cuenta, también igual que siempre, de que su abuelo pretendía

engañarle, de que azucaraba sus historias con ese tipo de recursos sólo para hacerlas parecer más lejanas, menos tristes. En cualquier caso, el chico supo entender a grandes rasgos y de una forma intuitiva qué significaban verdaderamente las palabras de Truman: algunos hombres encuentran todo lo que buscan y otros pierden todo lo que tenían; la mayor parte de los del segundo grupo sueña con pasar al primero y jamás lo consigue.

—Pero entonces —dijo, dándole uno de sus famosos giros a la conversación— te viniste a España, porque la bella Delia había muerto.

—Sí. Y eso fue lo mismo que pasar del día a la noche. Tú no puedes hacerte... digamos que si tuviera que resumir lo que encontré con una sola palabra, esa palabra sería *oscuridad*. ¿Sabes? Era lo mismo que descender a un pozo. La oscuridad estaba por todas partes, en los comercios, en las casas, en los ojos de la gente, en su ropa, en su modo de hablar o de quedarse en silencio. Ya no eran ellos.

—¿Qué quieres decir con que no eran ellos?

—La guerra los había convertido o en víctimas o en verdugos, así que unos estaban deformados por la soberbia y los otros por el miedo. Daban la impresión de estar... enmohecidos, no se me ocurre una manera mejor de explicártelo; deambulaban por un país lleno de sacristanes y falangistas, de fosas comunes y cementerios, donde todo era sospechoso, todo era pecado. Parece mentira, pero nada era igual que antes; hasta las palabras significaban cosas horribles que nunca habían significado: paseo, cuneta, café.

—¿Café?

—Es lo que usaban los militares cuando querían decir que ajusticiarán a un detenido. Se sabe que cuando telefonaron al general Queipo de Llano desde Granada para preguntarle qué hacían con el poeta Federico García Lorca, contestó de esa manera: «Café, dale mucho café». En fin, no creas que te estoy revelando ningún secreto, a estas alturas todo el mundo conoce esa historia.

—¿Pero por qué tenía miedo la gente cuando tú volviste a España? Eso era después de la guerra.

—El régimen de Franco purgó a muchas personas, a civiles inocentes y a prisioneros desarmados, supongo que porque ésa era su idea de la paz y porque a los criminales les cuesta mucho menos sacar la pistola que volver a enfundarla. Parece que fue terrible, que no parecía que fuera a acabarse nunca. Los fusilaban al amanecer, los dejaban morir en las cárceles como a perros. Pobre gente. ¿No os han mandado en la escuela leer a Miguel Hernández?

¿No? Bueno, pues Miguel Hernández fue otro gran poeta, igual que García Lorca, y también uno de los cautivos a quienes esos canallas dejaron pudrirse en la prisión. Pero, en fin, todo eso vino después de que estuviese en Panamá y México, que es una parte que aún no te he contado.

—Estabas en Panamá, en una tienda de muebles; pero no te gustaba. Cecilia se quedó en Costa Rica. Tú comías poco y trabajabas mucho, para ahorrar.

—Bueno, es un buen resumen. Tan bueno que, de hecho, casi me parece que no es un resumen sino todo, que en realidad no hubo mucho más.

—Estaban las cartas de Cecilia.

—Sí. Las cartas.

—Y el viaje a El Salvador.

—Claro. Las cartas. Aunque bien mirado, no sé, yo sufría mucho con ellas, me daba la sensación de que con cada una Cecilia se hacía un poco más imposible. Los sentimientos se vuelven muy formales por escrito, más inhumanos, ¿me comprendes?, parece que cada vez se van quedando un poco más fríos y son menos reconocibles, como un líquido retirado de la lumbre o una figura que se aleja. Eso es lo que ocurre con las cartas que te envían; pero luego están las que mandas, que por alguna razón siempre tienen algo que te avergüenza, algo que crees que sobra o que falta y en los dos casos era muy importante, algo que va a hacer que quien las reciba sienta una gran decepción. Te vuelves loco. Eso es lo que pasa, que te vuelves loco.

—Pero seguías enviándolas.

—Ya, pero es que eso no significa... Es como cuando los náufragos beben agua salada. Dicen que beber agua salada te hace perder el juicio —miró a Maceo; cerró los ojos y al abrirlos de nuevo tenían una expresión abismada, igual que si acabasen de darle una noticia descorazonadora. Parecía que fuese a añadir algo, pero no lo hizo.

—Entonces te fuiste con Cecilia a El Salvador y entrasteis en el volcán y estaba lleno de orquídeas.

—Su padre le había comprado un coche —Truman empezaba a sentir una cierta fatiga.

—Un Ford. Le había comprado un Ford, con las ruedas blancas.

—Exacto. Y eso fue justo nada más irme yo a Panamá, así que supongo que se trataba de una especie de compensación, porque los hombres poderosos suelen actuar de esa forma: te doy esto, te quito esto otro. El caso es que le salió justo al revés, porque de pronto tuvo que venir de viaje a Europa, por

algún asunto de negocios, y entonces planeamos aquella escapada a El Salvador. Yo fui hasta San José y luego atravesamos Nicaragua. Fueron sólo diez días. Diez días juntos. Visitamos el volcán Quezaltepeque y los de San Miguel, Cerro Verde, Izalco.

—Y las cataratas.

—Sí, todo eso. Me acuerdo del último día en el Golfo de Fonseca, junto a la ciudad de La Unión, de que estábamos allí sentados, en la arena de la playa de Tamarindo y yo le conté que los propietarios de la fábrica de muebles de Panamá me habían ofrecido un traslado a México, nombrarme jefe de una de las plantas de la central, con la paga triplicada. Cecilia me animó a que aceptara, me dijo que de cualquier forma daba igual lo lejos que me fuese mientras ella siguiera esperándome en el mismo sitio, y después se puso a hablar del tercer azul, que es una de esas cosas que solía inventarse de vez en cuando; me decía: «Fíjate, está el océano, que es de ese tono mineral, azul-zafiro; y también está el cielo, que es azul-turquesa. Eso es lo que sabe todo el mundo. Pero luego, a esta hora y sólo durante un segundo, antes de que se oculte el sol, hay esa raya del horizonte, ¿la ves?, esa raya de color índigo. Ése es el tercer azul y está ahí nada más que para nosotros dos». Qué tontas, ¿no?, esas cursilerías de los enamorados. Y sin embargo, jamás lo olvidé, ¿qué te parece?; está siempre aquí —al decir eso, no señaló a ninguna parte, de manera que Maceo, no supo si se refería a la cabeza o al corazón—; ahora mismo, después de tantas cosas, todavía me acuerdo de eso cada vez que miro por la ventana o salgo a dar un paseo. Es curioso... al recordar tu vida... es como cuando se te cae, no sé, un jarrón, uno que te gustaba mucho; está ahí, hecho añicos, y tú ves los pedazos pero, de algún modo, a la vez que esos pedazos también ves aún el jarrón entero..., lo ves para siempre. Ésa es la peor de todas, *siempre*, la palabra más... la más terrible.

Truman cerró los ojos. El cuarto quedó en silencio, en uno de esos silencios que parecen concebidos para sentirse solo y pensar en la muerte.

—El sol está formado de helio y nitrógeno —dijo Maceo—. ¿Lo sabías?

Pero su intento de prolongar la conversación fue inútil.

Se puso a pensar en una lista de cosas agradables y desagradables: dormirse en el asiento trasero del coche, caminar por una playa con medusas, el helado de chocolate, leer al sol, los filetes de hígado. Luego, colocó la mano derecha sobre el corazón de Truman: los latidos parecían escaparse entre sus dedos, como si estuviese intentando beber agua de un río. Fue al otro

extremo del cuarto, donde había una cómoda, y registró los cajones; allí estaban la pluma estilográfica Parker y el mechero Robson de Truman, la agenda de mil novecientos cincuenta y seis con páginas llenas de notas —la tinta de color verde-musgo, la letra algo sobrecargada—, sus guantes argentinos de piel amarilla, su pasaporte con los sellos de las aduanas: el de Panamá era redondo, el de El Salvador en forma de mapa, el de México alargado y con un pequeño círculo central en el que se veía un águila matando a una serpiente. No buscaba algo concreto, sólo comprobar que todo seguía en su sitio.

Salió de la recámara de Truman y fue a la alcoba de sus padres con los ojos cerrados, fingiendo ser ciego, un niño al que un accidente había dejado ciego —¿un accidente de qué: de avión, de coche?—; abrió el armario y se puso a buscar en los bolsillos de los abrigos, donde había lo de costumbre, billetes de autobús o dinero suelto, y también algo inesperado, en la trenca de color caqui de Samuel: unas llaves que no eran las de su casa, cogidas en un aro de cobre. ¿De dónde procedían y por qué estaban ahí? Se quedó con un par de monedas y con esas llaves, a las que estuvo mirando un buen rato, lo mismo que si al observarlas con fijeza fuese a descubrir qué abrían. Volvió a guardárselas al escuchar cerrarse la puerta principal, corrió hasta el salón —aunque pasando antes por la entrada, la cocina y, otra vez, la alcoba de su hermana y la de matrimonio— y le dijo hola a su madre, que estaba preparándose una taza de café y parecía completamente agotada.

—¿Sabías que en Venus hay montañas más grandes que el Everest? —le dijo—. ¿A que no? Y en Marte hay desiertos y un volcán que se llama el Olimpo y mide veinticuatro kilómetros de alto.

—Caramba, es... increíble.

—Y hace mucho, también hubo allí un río gigante, un río más largo y más caudaloso que el Amazonas.

—¿De verdad?

—Tan cierto como que a mí me ha caído un rayo.

IV

Aún sentía el miedo, un miedo absorbente e irracional hacia algo que, estaba segura, ya no iba a ocurrirle, pero que en cualquier caso no era capaz de olvidar y que le daba la expresión vulnerable y martirizada de esos enfermos que después de sobrevivir a una operación quirúrgica terrible, después de haberse reincorporado a su antigua existencia de comercios ruidosos y mañanas pacíficas lo notan todo extraño a su alrededor, intimidante: unas herramientas oxidadas, un cubo con botellas vacías, una pala, un cajón lleno de zapatos, en todo notan una advertencia o un rasgo fúnebre, quizá porque aún guardan en lo más profundo de sus ojos un poco de la oscuridad sobrecogedora que han visto y de la que muchos de ellos, sin embargo, no pueden o, por alguna causa recóndita, no quieren desatarse, están ligados a ella hasta tal punto que en ciertas ocasiones llegan a sentir nostalgia de lo que tanto temen, nostalgia de los hospitales, el cloroformo, la comida insípida, los bisturíes.

En ciertos aspectos, a Marta aquel estado en que se debatía, aquella intranquilidad que no la dejaba ni dormir ni estar completamente despierta y que no sólo hacía que el resto de su vida no existiese, sino que incluso le daba la impresión de que en realidad antes no hubo nada, de que su pasado era un lugar estéril o vacío, le recordaba a cuando era una adolescente y sufría unos espantosos dolores de crecimiento; le hacía pensar en el odio descomunal que llegó a sentir por sus propias articulaciones, por los huesos donde se hundían pequeños clavos, donde trabajaban martillos y serruchos invisibles. Algunas veces, en medio de ese suplicio diario que apenas podían mitigar los analgésicos, los masajes y los baños de agua caliente que le daba Ruth, Marta se imaginaba el interior de sí misma, veía crecer un centímetro sus manos o hacerse grande, poco a poco, su calavera. Si hubiese podido, se las habría arrancado de cuajo, de forma que es curioso que fuera precisamente de aquel castigo insufrible de donde iba a salir su vocación por la Medicina, cuando

una de esas noches, de pronto, desvelada y harta de sufrir sin saber qué, se puso a buscar en los tomos ilustrados de la enciclopedia de su padre el nombre de aquello que la torturaba y de ese modo accedió al mundo de las rótulas, los fémures, las tibias; lentamente, fue dibujando su esqueleto en una lámina, al principio sólo con esas piezas básicas y luego añadiendo las más complejas: las cinco partes del metatarso en la planta del pie, el piramidal en la muñeca, el esfenoides en la base del cráneo, el temporal en la sien, el hioides entre la lengua y la laringe.

—Básicamente —le decía a Truman, con quien hablaba en esa época tanto como más tarde lo iba a hacer Maceo y al que también animaba a hacerle cientos de preguntas—, los huesos son depósitos de calcio y fósforo.

—¿En qué partes se dividen?

—Sus extremos se llaman epífisis y lo que hay entre esos extremos se llama diáfisis.

—Diáfisis o caña, eso es —decía su abuelo, mirando los apuntes de la chica, que se iban llenando día a día de figuras coloreadas y cuadros sinópticos cada vez más sutiles y más amplios—. ¿De cuántas clases los hay?

—Los hay de tres tipos: largos, cortos y planos. La médula ósea de los largos es roja y la de los demás, amarilla. Su proceso de formación se llama osteogénesis.

A sus veinte años, Marta volvía a tener insomnio y a sentirse desgarrada, pero la gran diferencia entre *ahora* y *entonces* era que en esta ocasión no se trataba de algo cuyo origen o destino fuera a explicarle un diccionario enciclopédico, ni tampoco de una estructura vertebrada que ella pudiese dibujar en un papel, sino de un mal desconocido e ilocalizable que la hacía sentirse perdida y la alejaba de todo, porque no hay distancia mayor que la que existe entre una persona y lo que esa persona no sabe. Su confusión era del mismo tamaño que su miedo, porque por una parte deseaba vivir con Lucas y ya había encontrado un piso en un suburbio de la ciudad, pero al mismo tiempo su espíritu era el de alguien que necesita la fe y desconfía de Dios, un sediento que sospecha si el agua estará envenenada y para el que esa sospecha es, al margen de lo que sea cierto o sea mentira, tan eficaz y tan peligrosa como la mordedura de una serpiente.

En su duermevela, Marta iba corriendo por un mundo oscuro sin saber qué había detrás del próximo paso, si un valle o un desfiladero, un bosque o un precipicio, una playa o un acantilado. Allí, al ver que algo se mueve entre la

maleza, al escuchar el sonido de una flor que se quiebra bajo sus pisadas —tréboles, amapolas, nomeolvides, bocas de dragón— o el canto hipnótico de un búho —*ulular*, se pregunta si ésa era la palabra que le enseñaron en la escuela: el perro ladra, la rana croa, el búho ulula—, Marta siente frío, un frío atroz, y se da cuenta de que hay algo de verdad en esa frase, que hasta el momento siempre le pareció trivial o retórica o absurda, repetida hasta la náusea en tantas malas películas y tantos libros baratos: le heló la sangre, notaron que el miedo les helaba la sangre. Porque eso es justo lo que ella cree sentir mientras las dudas y las palabras que resumen esas dudas —daño, riesgo, soledad— la siguen vaya donde vaya, planean sobre su corazón igual que buitres sobre un animal herido, una y otra vez, describiendo incansables círculos concéntricos.

De vuelta a su cuarto, decidió mirar en la dirección opuesta, hacia todo lo que ganaría al convivir con Lucas: lo iba a tener a él, sus manos y sus ojos, su bello cuerpo desnudo —bíceps, deltoides, pectorales, serratos—, iba a tener sus mañanas y sus noches; iba a librarse, además, de las ataduras de su casa, de esa atmósfera hosca y empecinada en la que Maceo y Truman no dejaban de hablar y el resto permanecían callados, ignorándose unos a otros y consiguiendo construir con su obstinación un espacio inútil, una tierra baldía de la que no era posible extraer nada, como siempre ocurre con la suma de un silencio más otro silencio.

En algún instante de esas noches sin fin, sintiéndose rota por el cansancio después de varias horas de desazón en las que no lograba conciliar el sueño pero sí despejarse del todo, Marta se incorporaba en su cama gruñendo como una mujer el doble de gruesa que ella, oía una cinta con los auriculares o iba al salón para leer el periódico: una norteamericana llamada Janet Ray contaba cómo había recuperado el cadáver de su padre, un aviador muerto en la Bahía de Cochinos en 1961 y que Fidel Castro mantuvo embalsamado en un congelador casi veinte años para demostrar que el intento de invasión de Cuba provenía de los Estados Unidos; cada vez que sus enemigos antirrevolucionarios negaban tener algo que ver con el asunto, Castro amenazaba con exhibir su prueba terrorífica sobre una mesa de la ONU.

Pasó las páginas: información internacional, deportes, sociedad, cultura. Se sentía desfallecer a causa del agotamiento y la desconfianza. Fue a la cocina y buscó algo en el frigorífico. Era agradable ver la nevera familiar, siempre bien abastecida, con los alimentos ordenados meticulosamente por Samuel según su

fecha de caducidad y su estado de conservación: lo que había que consumir con urgencia o era más perecedero, arriba y delante —carne picada, pollo, leche fresca— y el resto en las bandejas inferiores —latas, yogures— o en la verdulera —embutidos, fruta—. Marta se sentó a comer una pastilla de chocolate. En noviembre de 1970, las autoridades de la República Democrática Alemana desenterraron a Goethe, lo habían exhumado de la Cripta de los Príncipes y lo llevaron en una furgoneta por las calles de Weimar, hasta un laboratorio en el que pensaban momificarlo para después exponer sus restos al público en una urna, lo mismo que los rusos hacían en Moscú con Lenin.

Cerró el periódico. Cuando estaba en el último curso de Literatura del colegio, antes de elegir la rama de Ciencias, había leído para un examen *Los sufrimientos del joven Werther* y se acordaba de esa novela, pero sobre todo —¿por qué?— de un aforismo del propio Goethe que su profesor escribió una tarde en el encerado: la basura brilla cuando sale el sol.

«A veces las cosas no significan nada —se dijo Marta, malhumorada, como si se defendiese de alguna acusación—, por mucho que no las olvides. Ahora mismo tengo en la cabeza la fotografía de ese soldado que mataron en Cuba, y también su historia: tenía el grado de capitán, nació en Alabama, su nombre era Thomas pero lo llamaban *Pete*, se parecía a Glenn Ford. Quizá dentro de mucho aún lo recuerde, pero a mí qué más me da».

Esperaba que, esta vez, el piso que había encontrado le gustase a Lucas. El primero era mucho más bonito y estaba en mejor zona, pero cuando lo llevó a que lo viese, sus planes se desmoronaron en un segundo. Marta tomó una onza más de la tableta de chocolate y luego cerró los ojos para que el muchacho volviese a llamar a la puerta de aquel pequeño apartamento, igual que una semana antes. Al oír el timbre, fue corriendo a enchufar un radiocasete en el que tenía una cinta con canciones que le gustaban y cogió un par de latas de cerveza que había puesto a enfriar en el refrigerador.

—Bienvenido —le dijo, ofreciéndole la bebida—. Bienvenido a nuestra casa.

Lucas le sonrió bajo el dintel, con su eterno rictus de desgana y suficiencia marcado en los labios. Marta adoraba esa sonrisa.

—Tu casa, nena. Sólo tuya. De momento, ya sabes que yo estoy en bancarrota.

—Vale, aunque eso es lo mejor que tiene empezar de cero: a partir de hoy

todo va a ser hacia arriba.

Marta cerró la puerta, se besaron, él le tocó los pechos y, mientras le dejaba hacer, ella vislumbró la felicidad doméstica que tanto había soñado.

—Hacia arriba se tarda más —dijo Lucas, de forma súbita, separándose de la chica—. Y, bueno, no estoy seguro. No sé si es una buena idea.

—¿Qué? ¿Qué quieres... qué es lo que...? —se hubiese dado de bofetadas: ¿dónde iban a parar su mordacidad y su charla ingeniosa, cuando estaba con Lucas? ¿Por qué esa parálisis, ese balbuceo cretino?—. Pero..., ¡vaya! —se frotó las manos, en un odioso ademán de seminarista o dependiente zalamero que no era suyo, que no le pertenecía—, me pregunto qué hacemos aquí de cháchara, en lugar de acabarnos las cervezas y visitar Manderley —Lucas no entendió el chiste, o no le hizo gracia—. Ya sabes, Daphne du Maurier, *Rebeca* y todo eso.

Bebieron sin decir nada, contemplando los dos aquella casa vacía, su ambiente impersonal de muros blancos y ventanas pequeñas, él aún con ese gesto de acritud y conmiseración característico suyo, que tanto aborrecían sus enemigos y veneraban sus lugartenientes, y ella sin poder mirarle a los ojos, sintiéndose de pronto débil y esquilada, notando un violento temblor en las manos. Por añadidura, la música del radiocasete —Portishead, Massive Attack, 4 hero, esa clase de sonido que Iraide consideraba «una mezcla de gente meliflua, comida sosa y Barry White»— no parecía más que amplificar lo incómodo y forzado de la situación, de manera que la magia entrevista al principio se disipaba ya sin remedio y, en lo que a Marta se refiere, era sustituida por la antigua inseguridad y por el nerviosismo, como cuando al salir el sol la nieve se deshace y pone otra vez al descubierto las aceras sucias de todos los días, el asfalto gastado, las casas corrientes.

—¡De acuerdo, en marcha! —dijo, intentando darle a su voz un carácter jovial, desenfadado, ese tono que muchas personas usan para hablarles a los niños o a los adultos a quienes temen—. Ven a ver el resto antes de decir sí o no —aunque sabía que sobre lo que estaba inseguro Lucas no era sobre el alquiler, sino sobre ella—. Aquí tenemos un cuarto, muy tranquilo, en el que tú podrías trabajar; éste es el dormitorio, con su balconcito, y ésta es la cocina, claro que le faltan algunos electrodomésticos, un lavaplatos y quizás un horno.

—Sí, Massive Attack —dijo Lucas—. Me encanta ese grupo, con su buen rollo de Bristol.

—Bueno, pues... *c'est tout*, como dicen los franceses. Esto es todo. Ahora

sólo tenemos que decidir lo que hago con el dinero —Marta sacó de su bolso el cheque con el que pensaba pagar la fianza y las dos primeras mensualidades de la renta, una cifra que contenía sus ahorros más un préstamo de Iraide que iba a devolverle en cuanto recibiese su primera paga y las treinta mil pesetas que le dieron por su colección de discos compactos en una de esas lúgubres tiendas de compra-venta de los alrededores de la Gran Vía.

—Es que... mira, no lo veo claro —dijo Lucas—. Tú haces un esfuerzo enorme —le acarició un hombro y después el cuello—, pero yo, ¿es que no lo sabes?, ni siquiera puedo permitirme arreglar mi moto. La factura del taller mecánico... Todo se ha ido a la mierda desde el divorcio de mis padres. ¿Y cómo iba a venir hasta aquí desde la Universidad? ¿En el metro? —tal y como él lo decía, daba la impresión de que *el metro* era un lugar repulsivo, lleno de gente mórbida, grasienta—. Ahora estoy sin blanca. Si fuese dentro de un tiempo, cuando las cosas se pongan en limpio; o si pudiera tener mi Vespa. Ya sabes cuánto me gusta —le soltó un botón de la camisa—... estar contigo.

Marta no quería atosigarlo, pero volvió a sentir aquella angustia: se va Dios mío se me va de las manos qué tengo que hacer Dios mío se me va qué puedo hacer Dios mío Dios mío Dios mío Dios mío.

—Vale —dijo—. Pues entonces, si quieres, lo dejamos, hasta que las cosas... —Lucas se quedó donde estaba, quieto, impasible, callado—. No sé, y mientras igual podías pagar lo que debes de tu moto con... bueno, si yo te diese este talón.

Los ojos de Lucas parecieron cambiar durante unos segundos, sufrir un sobresalto: la mirada de un hombre que ve pasar un tren; la mirada de un hombre que va a hacer un disparo. Luego, volvió a acariciar el cuello de Marta, desabrochó un segundo botón de su camisa.

—¿Qué dices? ¿Es que estás hablando de darme tu dinero? ¿Y te supones que yo lo aceptaría? Pues, mira por dónde, no sé si sentirme halagado o sentirme ofendido. Pero, de todas maneras, gracias. Oye, eres tan —le abrió la blusa del todo, empezó a acariciarle los senos—... tan generosa y además tan bonita. ¿Lo dices de verdad?

Marta cogió de nuevo el cheque y lo metió con cierta solemnidad en el bolsillo de la cazadora de Lucas.

—Por supuesto que sí —contestó—. Lo digo en serio —después dio un paso atrás para quitarse la blusa, desabrochó su sostén y la falda, se arrodilló ante el muchacho, bajó la cremallera de sus pantalones—. Y esto también.

Dos días más tarde, Lucas fue a buscarla a la academia de mecanografía en la Vespa y mientras atravesaban la ciudad envueltos en aquella acumulación de espejos retrovisores, pilotos intermitentes, faros y adhesivos —un tigre, una diana, un letrero que decía *sube o apártate*—, Marta volvió a distinguir con absoluta nitidez los contornos de la vida que tanto deseaba.

Sin embargo, el espejismo se desvaneció muy pronto y el agua del oasis volvió rápidamente a ser nada más que arena. Un montón de arena caliente y solitaria. Una noche, intrigada y, de nuevo, ansiosa porque Lucas no había ido, ni esa tarde ni la anterior, a buscarla, sin poder soportar el modo en que los celos le clavaban sus arpones y extendían su epidemia por toda ella, decidió telefonarle a su casa.

—Dígame —era la voz de su madre.

—Por favor, ¿podría hablar con Lucas?

—¿Con Lucas? No está. Pero yo pensé... Espera un segundo —Marta sintió que tapaba el auricular, la escuchó susurrarle a alguien: «Estáte quieto, no hagas eso»—. ¿Oye? Disculpa. «¿Podrías bajar el volumen, *por favor?*» Digo que creí que estabais juntos. Me pareció... Perdóname de nuevo, ¿quieres? —«Pero qué... ja-ja-ja... qué es lo que te pasa; no seas impaciente»—. ¿Luisa? Digo que me pareció entender que ibais a ir a la casa del bosque, para otra de esas fiestas o algo. ¿Estás ahí? *Aló?* Vaya, ¿ves lo que has hecho? Ha debido de colgar, por tu culpa. ¿Luisa?

Intentó reconstruir aquel rompecabezas una vez más, sentada en la cocina de la casa de sus padres. ¿Se fue Lucas con Luisa a la cabaña de la sierra o sólo es que su madre equivocó los nombres? ¿De verdad usó él su dinero para arreglar la moto o es que nunca estuvo estropeada y, entonces, lo único que hizo ella fue proveerle de fondos para que se divirtiera con otra mujer? ¿Por qué Lucas no volvió a mencionar jamás el asunto del cheque? ¿Estaba bien que no le hubiera preguntado nada o habría sido mejor pedirle explicaciones? Marta se contuvo y esperó que, al menos, esa inocencia y esa nobleza que tanto le costaba fingir no le pasara desapercibida a su novio; aunque, por otra parte, mientras padecía aquel martirio se acordó en muchas ocasiones de una de las máximas proverbiales con que Samuel, siempre tan sentencioso y tan grandilocuente, solía sermonearla: «La inocencia te puede meter en cien millones de líos, pero no te podrá sacar de ninguno». Ojalá —pensó— su padre no estuviera en lo cierto.

La mañana siguiente, que era sábado, iba a llevar a Lucas al segundo piso,

el que estaba en el área suburbana, pero aunque le gustase no podrían quedárselo hasta cobrar su sueldo en la clínica, donde llevaba trabajando sólo dos semanas. Por las tardes, en la Facultad, estudiaba con más ahínco de lo que lo había hecho jamás, porque cuando fuera médico, dentro de dos o tres años, todo sería más fácil, iba a poner su propia consulta, a hacerse famosa, a tener más pacientes de los que necesitaba. Y Lucas estaría siempre allí, en el ala opuesta de una casa de la calle Serrano, o Jorge Juan, quizá Felipe II en su confluencia con Goya o puede que la parte más elegante del Paseo de la Castellana, una de esas viviendas confortables, con pequeños balcones y techos muy altos, donde construir un mundo sólido y espacioso. Cuando tuviese ganas de estar con él, haría lo que hizo ahora mismo: pulsó el botón rojo de su intercomunicador para ordenarle a una secretaria —¿Inés? ¿Paz? ¿Fátima?— que hiciese esperar a uno de los enfermos; salió por la puerta trasera, la que había detrás del escritorio, y fue hasta el despacho en donde Lucas no la esperaba.

—¡Cariño! ¿Qué haces aquí?

—¿A ti que te parece que voy a hacer? —dijo Marta, que ahora era mucho más atrevida y desenvuelta que cuando se estaba imaginando ese mismo episodio, seis o siete años antes.

Al regresar, pasillo adentro, a la consulta, se acordaba de la fórmula infalible, según su vieja camarada Iraide, siempre tan lista y tan cínica, para conseguir un matrimonio alegre y estable: haz una vez a la semana todo lo que a él le gusta y los otros seis podrás hacer todo lo que a ti te dé la gana.

Entre tanta fantasía, Marta notó que por fin se estaba adormeciendo, así que puso el chocolate en su sitio, fue a su cuarto y se tumbó en la cama. En la alcoba contigua oyó toser pesadamente a Samuel: laringe —pensó—, epíglotis, tráquea. Tenía que convencerle para que fuese al ambulatorio. Aunque con él todo era tan complicado, cualquier asunto, por insignificante que fuera, requería tantos rodeos, tantas negociaciones.

Un silencio tupido, brumoso, caía sobre ella, hasta borrar el mundo exterior casi por completo, salvo un último coche, salvo otra vez su padre, aquel sonido estertóreo ya a una gran distancia —esófago, árbol bronquial, pulmones—... Y de repente estaba en el mismo bosque del comienzo. Aquel bosque desconocido, tenebroso. ¿Para qué había ido allí? ¿Qué buscaba? ¿O era a ella a quien buscaban otros? Se preguntó dónde estaría Lucas.

—¡Eh! —gritó—. ¡Lucas! ¡No tiene gracia! ¡Lucaaaaaaaaaas!

Miró hacia el cielo, que era muy oscuro. Después, siguió caminando hasta que pudo ver una luz al fondo, entre los árboles: era una camioneta, aparcada en un camino forestal, y dentro había un hombre que también contemplaba con atención el firmamento. Es muy posible que a la mañana siguiente, si es que aún recordaba algo de todo esto, quizá se preguntara por algún detalle de la furgoneta, por ejemplo si era azul o amarilla; pero sería inútil, porque en los sueños uno nunca sabe de qué color son las cosas. Se dijo que, al menos, debía acordarse de que la zona del pinar iluminada por los faros era distinta del resto, con su tierra esmaltada y su círculo de hierba fosforescente. Se acercó un poco más al conductor.

—Hay muchos tipos de águilas —dijo el hombre, sin dejar de mirar obstinadamente hacia arriba—: El pingargo, que vive cerca de los ríos, come peces y ánades; el águila real, que anida en las cordilleras y caza en los valles ciervos, zorros, ardillas; al águila imperial le gustan las estepas y las marismas, las liebres, los conejos; la perdicera habita zonas rocosas y devora a los lagartos; el águila calzada prefiere las colinas, se posa siempre en árboles de hoja perenne y se alimenta de codornices, de insectos. Y eso por no hablar del azor, de los gavilanes, de los halcones, de los...

Marta salió corriendo, descendió un pequeño terraplén, anduvo hasta encontrar una ribera y, más adelante, un pequeño estuario. Se sentó allí, recostada contra el tronco de un chopo.

—Lucas —dijo—. Seguro que si me quedo aquí, muy quieta, Lucas vendrá tarde o temprano a buscarme.

Capítulo cinco

I

Debió de salir de casa una media hora antes, pero había olvidado para qué, y eso lo llevaba a una situación verdaderamente rara e incómoda, a una especie de caos sin respuesta o callejón sin salida. ¿Es que acaso se estaba volviendo loco? Buscó de nuevo en los bolsillos de la americana, de los pantalones, de la trenca, pero no pudo encontrar ninguna pista, ningún dato que le recordase el motivo de aquella escapada. Luego, se fijó en otros indicios, en el dinero que había en su cartera, por ejemplo, y en la dirección que llevaba en el instante de notar que no sabía adónde iba, pero eso tampoco le dijo mucho: estaba a unos cuatrocientos o quinientos metros de su vivienda y tenía en la mano uno de esos paquetes grises de la carnicería hechos con papel de estraza, de forma que supuso que ésa era la razón de que hubiese bajado, para comprar la cena, aunque desde luego no podía estar seguro. Y, de cualquier modo, ¿qué más pasaba y por qué siguió después calle abajo, en lugar de regresar al piso con la comida? Aquellas preguntas eran para él desesperantes, le hacían sentirse tan obtuso e impotente como uno de esos niños que se sientan ante una flor para mirarla crecer y la contemplan durante horas, persuadidos de que observándola con mucha fijeza lograrán ver agrandarse, de pronto, los pétalos o el cáliz, verán aumentar un milímetro una de las hojas o el tallo. Así se sentía en ese momento Samuel.

Se apoyó en la barra del bar del hospital y le pidió otra cerveza al camarero. El local estaba casi vacío, con sólo tres o cuatro clientes concentrados en sus tazas de café o sus vasos lo mismo que si sus infortunios estuviesen diluidos en aquellos mejunjes calientes o del tiempo, sin gas o espumosos, dulces o amargos; lo mismo que si ahí se hallase la explicación de todo lo que les pasaba. Samuel dejó de lado a esa gente y se puso a hacer un recuento de otras cosas, aparte de carne para la cena, que quizá necesitasen él o su familia: verdura, dentífrico, pan de molde, galletas, sal, detergente para la lavadora; a las bisagras de la puerta del despacho les hacía falta un poco de

tres en uno y la luz de la despensa estaba fundida. Pero no, Samuel sabía que no era nada de eso. En realidad, sospechaba que el asunto tenía relación con la pérdida de las llaves, aún sin saber de qué manera o en qué tanto por ciento. ¿Dónde estaban? ¿Cuándo las perdió? ¿Las había robado alguien de su escondite en la trenca? ¿Quién y con qué fin? ¿Cómo iba a poner todo eso en claro sin tener antes que explicar su procedencia, el incidente con la mujer a la que había seguido?

Pagó y salió a la calle, guardándose el cambio. Al ver el billete viejo y un poco húmedo que le daban, se puso a imaginar la posible historia de ese dinero, el modo en que habría ido de mano en mano cambiando de dueño y de zona, de la rigidez a la blandura, del verde crujiente al verde pálido. Al camarero se lo dio una mujer cuyo padre acababa de morir en la clínica —decidió Lucas—; ella se mantenía en una especie de estado letárgico, próximo a la indiferencia, hecho de aflicción pero también de alivio: qué le vamos a hacer, lo suyo no tenía remedio, a los demás estaba destrozándonos la vida, ya ha dejado de sufrir; el hombre estaba en otra planta, a la espera de que los celadores viniesen a llevárselo; su hija pidió un té, un bocadillo, otro té; el compañero de habitación del difunto miraba un partido de tenis en el televisor, intentando olvidar que junto a él, en la cama de al lado, había un cadáver cubierto con una manta.

A la mujer le dio el billete un taxista que estaba un poco bebido y a éste se lo dio un médico que era engañado por su esposa. Esa misma noche, casi de madrugada, el conductor del taxi iba a sufrir un accidente y entonces todo lo previo ya no le parecerían hechos normales sino fenómenos extraordinarios, pasos en firme hacia ese accidente: haber tomado dos copas de vino al comer, en lugar de una; fumar dos cigarrillos más que otros días; haberse enfadado con una pasajera. El médico pensó que le gustaría tener una pistola.

A Samuel le habría gustado entretenerse en inventar un desenlace para el relato, algún ardiz que le diera a la narración unidad y sentido. Pero no pudo, porque desde el momento en que le echó la vista encima no era capaz de quitarse de la cabeza al último hombre, a ese doctor que supo —¿cómo, con qué pruebas irrefutables?— que su esposa le era infiel.

Pensó en ese individuo mientras entraba en un supermercado para comprar aceite, un litro de verdadero aceite de oliva en botella de cristal, porque el otro de soja que le daba Ruth no le sentaba bien, parecía abrasarle el estómago y hasta puede que estuviese en la raíz de aquellos vértigos y aquella

tos crónica que, sin saber por qué, sufría de un tiempo a esta parte.

¿Qué vida llevaron el médico de su historia y la mujer que lo engañaba? ¿Cuáles eran los errores que les encaminaron hacia el desastre de esa manera en que, al menos según él, ciertos actos del taxista habían originado su accidente? ¿Cuánto tuvo que tirar, cada uno desde su lado, para que la cuerda de su matrimonio se rompiera? Si era sincero, tenía que reconocer que jamás pensó en la posibilidad de que Ruth pudiera hacerle *eso* a él. O, para ser exactos, no lo pensaba *ahora*, porque en la época en que eran novios la cuestión fue muy distinta y Samuel sabía perfectamente la espesa telaraña de sufrimientos e incertidumbres en que estuvo atrapado más de una vez, lo mucho que se atormentó con la idea de que Ruth lo dejara, de que estuviese saliendo a sus espaldas con otros; y de hecho, por aquel entonces hizo cosas que ella jamás supo, desde espiar su casa con unos gemelos hasta registrar su bolso o seguirla en varias ocasiones por la calle, al salir de la Facultad. La quería tanto que hubiese podido morir por ella, sin dudarle un segundo, como en esa fantasía sádica y recurrente en la que alguien le daba a elegir: «Tu vida o la suya», y él caminaba, con una magnanimidad sublime y sin mirar una sola vez atrás, hacia el pelotón de fusilamiento o hacia el árbol de los ahorcados —porque el episodio sucedía en una guerra, el país estaba sometido, el Palacio Real en llamas—, mientras suponía a Ruth mirándolo desde un camión o un tren que se alejaba del exterminio.

Por desgracia, la vida no suele darnos oportunidades para demostrar nuestra grandeza, sino nuestra mezquindad, y Samuel lo sabía muy bien, conocía el modo en que el egoísmo y el desapego terminan por ganarle la partida a la abnegación y a la lealtad, la forma en que las grandes metas son olvidadas en favor de las servidumbres más vergonzosas. El mundo no debería haberlo hecho Dios, sino Alejandro Dumas.

Si miraba en su pasado, no era capaz de ver el eslabón en el que la cadena se había interrumpido, sólo una especie de frontera omnipresente que dividía su existencia nada más que en dos grandes regiones: Paraíso e Infierno. Ése era su resumen: Ruth y él habían sido muy felices y después empezaron a ser muy desgraciados. ¿Por qué? Para empezar, Ruth se hizo otra persona, dejó de ser optimista y flexible para volverse dura y negativa; descubrir la diferencia entre quién fue y quién era —se dijo— resultaba muy fácil: «Basta con cambiar *conciliadora* por *estricta*, *suave* por *áspera* o *abierta* por *intransigente* y con ver la forma en que todo lo que deriva de esas palabras —

los gritos, la enemistad, las peleas— fue creciendo sobre nuestras vidas igual que el moho en los alimentos podridos». Al ponerle imágenes concretas a esa teoría; al oír de nuevo a Ruth llamándole fracasado o impostor o ególatra o mentiroso, empezó otra vez a notar cómo el resentimiento incubaba dentro de él a sus alimañas, se puso a imaginar golpes y réplicas certeras, argumentos irrefutables y emboscadas sin escapatoria; empezó, en fin, a comportarse una vez más lo mismo que esos cazadores que ponen a sus perros a dieta una o dos noches antes de la montería, para que así apresen con más ahínco y más ferocidad a las piezas abatidas.

Pero entonces se detuvo, porque ése era el camino que nunca más pensaba seguir. Ésa era precisamente la dirección en la que no tenía que mirar. «Ahí no hay nada —se dijo—. Ahí no encontrarás nada». Cuando se habló de ese modo, Samuel estaba en un autobús, rumbo a la zona en la que persiguió a la segunda mujer y donde fue abofeteado por los hombres que salieron a defenderla. ¿Por qué? ¿Qué es lo que buscaba? Supuso que era una necesidad personal, puede que un impulso relacionado con la pérdida de las llaves o sólo con el puro deseo de saborear aquella excitación que sentía en ese mismo instante, según se acercaba al lugar de los hechos.

Bajó en la parada de su trabajo y caminó hacia el parque público y la zona despoblada de la otra vez, dejando atrás la acera, los solares. Cada rincón le resultaba peligroso, enemigo. Se preguntó qué ocurriría si se cruzase por azar con la mujer rubia del abrigo verde que estaba asustada, que corría con pasos pequeños, que había perdido las llaves.

Y luego regresó al tema de Ruth. ¿Era posible que ella le fuese infiel? «No —se dijo—, ella no es una de éstas. ¿Una de cuáles? Bueno, ya me entiendes. No, no te entiendo; todas pueden ser *una de éstas*, si se lo proponen. Lo mismo que tú cuando no te ven; lo mismo que cualquiera. Nadie es una sola persona».

Estaba en el mismo lugar en donde fue zarandeado por aquellos individuos, pero esta segunda vez, a solas, pudo soltarse de su presa, lanzó un gancho a la mandíbula del primero y un puñetazo al vientre del segundo, los vapuleó hasta ponerlos en fuga.

Se quedó allí unos minutos, jadeando igual que si la tangana hubiera sido auténtica, sin explicarse para qué había vuelto y qué esperaba. Después siguió su camino, hasta llegar a un punto donde la ciudad parecía tener su límite, donde las carreteras y los edificios eran suplantados por un espacio abierto y cuatro o cinco casas diseminadas en un campo de apariencia raquíta, en cuyo

extremo vio una especie de laguna bordeada por un cañaveral. Fue hacia una de aquellas casas, la que no tenía ninguna luz. Sobre la hierba seca, sus pisadas sonaban a insectos aplastados y sintió un escalofrío al imaginar qué se ocultaba allí: ratas, escarabajos, lombrices. Se sentó en la valla de la casa, evidentemente deshabitada. Al fondo, entre los árboles, vio un par de gatos vagabundos. Los llamó haciendo bis-bis-bis-bis y frotando la yema del dedo pulgar contra el índice, pero se quedaron donde estaban. Luego pensó en Ruth, la podía oír otra vez: impostor, fracasado. ¿Eso es lo que ella creía que era? Hizo una especie de recuento de sus propias ilusiones perdidas, de los hombres en que alguna vez soñó convertirse: iba a ser un ingeniero, un profesor, un científico. O tal vez se dedicara a la política. Pero algo les había pasado a todos ellos, porque el ingeniero murió muy joven, antes de hacer un solo puente, devorado por las necesidades inmediatas de Samuel; el profesor y la eminencia científica perdieron la fe antes de enseñar nada o descubrir nada; el líder político fue traicionado. «No me volví ninguno de esos hombres y te aseguro que no los echo de menos —musitó Samuel, iniciando uno de sus soliloquios—. Si lo hubiera sido, en este instante estaría en cualquier otro lugar haciendo cualquier otra cosa».

Puede que Ruth también pensara en ello. ¿Estaba decepcionada? Sí, eso era notorio, pero ¿hasta qué punto? ¿Hasta el punto de traicionarlo? Se acordó del paquete de carne y de la botella de aceite que llevaba en los bolsillos de la trenca. ¿Y si vendieran su piso o hiciesen un viaje, digamos que a Brasil? Una vida nueva para volver a ser los mismos de siempre.

Deshizo el envoltorio de la carne y la dejó delante de él, al otro lado de la valla, para atraer a los gatos. Estaba decidido y eso es lo que harían: otra casa, otra zona de la ciudad, Brasil, Río de Janeiro. Quizá fuesen a bailar al Copacabana. A Ruth esas cosas solían gustarle.

Metió la mano en el otro bolsillo, moviéndose con mucha cautela para no ahuyentar a los gatos, que estaban justo a sus pies y que al masticar hacían un ruido repugnante.

¿Ruth? ¿Ruth con alguien, diciéndole a alguien así, así, así o fóllame, fóllame, fóllame, cabrón, fóllame, fóllame, fóllame, fóllame, igual que en una película pornográfica?

Empuñó la botella, hasta hacerse daño en los dedos. Mañana mismo iría a preguntar a una agencia de viajes, pondría en marcha algo que desembocase en Brasil, la samba, Astrud Gilberto, la playa de Ipanema. O tal vez fuese aún

mejor aquello que habían hablado de Samoa: la luz del trópico, los arrecifes de coral, la tumba de Robert Louis Stevenson. «¿Sabes que cualquier habitante de la isla —le dijo Ruth desde mil novecientos ochenta y uno, en Nueva York — te puede regalar su nombre, en prueba de amistad? Después, celebran una gran asamblea para buscarle entre todos uno nuevo».

Quizás eso es lo que necesitaban, no encontrar algo sino recuperar algo, volver al principio para alejarse del final. ¿Por qué no, si él tenía, en una cuenta propia de la que nunca le habló a su mujer, algún dinero ahorrado?

El sonido de *Samoa* le hizo pensar en Ruth desnuda, de ese modo en que a veces el sabor de la miel nos hace oír el zumbido de las abejas. ¿Qué les había pasado? ¿Hasta dónde estaba ella decepcionada? ¿Era una decepción tan grande como para llegar hasta la cama de otro hombre? Golpeó con la botella a uno de los gatos, uno que era de color gris, y el animal quedó tendido, moviendo espasmódicamente las patas. Luego dio un segundo golpe, aún más terrible, y un tercero, hasta partir el cristal de la botella. El aceite de oliva se derramó, así que esa noche le tocaba cenar otra vez con el de soja. Aunque, en el fondo, no estaba tan malo y era muy económico. Miró al animal muerto, que ya no parecía ni un gato ni ninguna otra cosa, sino algo informe, algo de otro planeta. Empezó su camino de regreso. Se encontraba bien; sentía una cierta turbación pero se encontraba bien. Mañana iría a la agencia de viajes. O pasado, tal vez fuese mejor darse un respiro, dejarlo para pasado mañana.

II

—Y, entonces, aquello de allí debe de ser Perseo —dijo Truman—. De modo que a la derecha tiene que estar Andrómeda y más allá Pegaso. Y por encima, Casiopea. Y un poco más hacia el Sur, la Ballena. Es maravilloso que esté ahí escrita toda la historia.

Sentados muy cerca uno del otro en la terraza donde le cayó a Maceo el rayo, él y Truman buscaban las constelaciones y galaxias dibujadas en uno de los libros ilustrados del niño. Tenían los mismos prismáticos de la noche del cometa y hablaban en susurros, muy próximos el uno al otro, como dos generales que deliberasen frente al campo de batalla.

—¿Qué historia?

—Son dioses griegos. Casi todo sale de ahí y de Roma. ¿Sabes lo que es la mitología?

—Un poco. Hércules y Zeus. ¿No? Lo del talón de Aquiles y el caballo de Troya.

—Pues Perseo era hijo de Dánae y de Júpiter, que la sedujo introduciéndose en forma de lluvia de oro en la torre donde estaba encerrada. Al crecer, Perseo recibió la orden de matar a Medusa, que era una de las Gorgonas, vivía en el fin del mundo y en lugar de cabellos tenía culebras. Todo el que la miraba era inmediatamente petrificado.

—¿Los convertía en estatuas? ¿Para siempre?

—Así es.

—O sea, que era muy poderosa.

—Sí, sí que lo debía de ser. Menos mal que a él le dieron armas para vencerla.

—¿Quiénes? ¿Qué armas?

—Déjame que recuerde —Truman se frotó el mentón con un pulgar, mientras aguzaba el ojo izquierdo—... porque ayer mismo lo estuve... Vamos a ver: las ninfas le dieron el casco de Plutón, que le hacía invisible; Minerva un

espejo, Vulcano una guadaña y me parece que Mercurio un saco. Con esa ayuda, la pudo decapitar y de la sangre de su cuello nació Pegaso, el caballo con alas, que era hijo de Neptuno. Bueno, la cuestión es que por todo eso la estrella que está allí, ¿la ves?, en la parte de abajo de su constelación, se llama Algol, que significa *cabeza del ogro*, porque se supone que ocupa el sitio donde estaría la de la Medusa mientras la sujetaba Perseo.

El chico miró hacia donde decía Truman, con sus gemelos, y después al mapa celeste del libro. Le gustaban tanto sus historias que corría hacia ellas a tumba abierta, con una fe incondicional y tan excitado por lo que pudiese descubrir como quien en medio de una calle se suma a un corro de curiosos sin saber qué va a encontrar en el centro: un ilusionista, un estafador, un cadáver.

—¿Y las otras constelaciones?

—Andrómeda era la hija de Casiopea y la mujer de Perseo. Lo que pasó con ellas es que Neptuno decidió castigar a Casiopea, que era la reina de Etiopía, por decir que su hija era más hermosa que las Nereidas.

—¿Quiénes eran las Nereidas?

—Una especie de sirenas que protegían a los marinos durante las tempestades. El caso es que Neptuno desató una inundación terrible sobre el país y mandó un monstruo del océano para devastarlo.

—¿Qué monstruo?

—Una ballena. Entonces, el rey Cefeo...

—Ese debía de ser el marido de Casiopea.

—Justo. Eso es. Como te decía, el rey Cefeo consultó el oráculo de Ammón.

—¿Quién es Ammón? ¿Qué es un oráculo?

Truman se pasó un pañuelo por la frente.

—Sí, eeeh... Ammón es el dios más importante de Egipto y el oráculo era un lugar en donde se pronosticaba el futuro. Allí, Cefeo supo que su reino sólo se salvaría del desastre si sacrificaba a su hija, de forma que encadenó a Andrómeda en una piedra para que fuese devorada por el monstruo, pero Perseo lo mató y se casó con la princesa.

—¿Mató al rey?

—No, hombre, al rey no; a la ballena.

—¡Ah, desde luego que sí: la ballena! —dijo Maceo con una cierta afectación, utilizando ya las palabras y los ademanes de uno de los hombres que eventualmente podría haber sido en el futuro pero que en ese mismo momento, al sentirse el muchacho tan ridículo y tan superficial en ese papel

como si pudiera sufrir de forma prematura algunos de los desaires o la ironía ignominiosa que los otros le reservaban, alguna de esas puñaladas con que los demás suelen parar a quienes consideran petulantes o frívolos, fue eliminado de una vez y para siempre de su lista de opciones.

Maceo volvió a enfocar sus prismáticos hacia las estrellas, que ahora le resultaban más familiares.

—Es tan hermoso —dijo Truman, mirando alternativamente al libro y al cielo—, pensar que están ahí y que tienen esos nombres: la Hidra Austral, el Ave del Paraíso, las Nubes de Magallanes, la Cruz del Sur.

—Ojalá pudiéramos estar siempre juntos —dijo Maceo—. Ojalá no tuvieses que irte.

—¿Qué?

—No... Lo que quiero...

—Sí, sí, no te preocupes. No es malo pensar en ella, es... en fin, están la biología, la cuestión del tiempo... y supongo que lo de mirar al espacio te hace darte cuenta del poco que tienes. ¿Sabes que el tiempo ha cambiado mucho, que no fue igual en todas las civilizaciones? Yo leo muchas cosas sobre eso, últimamente.

—¿Qué significa que no era el mismo?

—El calendario egipcio estaba compuesto por doce meses de treinta días, o sea, por un total de trescientos sesenta, más otros cinco que no formaban parte de ningún mes. Los romanos tenían sólo diez meses y por esa razón el final del año es septiembre, octubre, noviembre y diciembre; es decir, los nombres que se corresponden con el número siete, el ocho, el nueve y el diez. El emperador Julio César los convirtió en los doce de ahora. ¿Lo entiendes?

—Noviembre: nueve. Diciembre: diez.

—Pero había mucha confusión con los años bisiestos y el papa Gregorio XIII lo adaptó por las bravas, de manera que al... Acércame ese libro, para que vea... De manera que al cuatro de octubre de 1542 no le sucediese el cinco, sino el quince.

—Como cuando cambian la hora en primavera y a las dos de la madrugada hay que poner las tres.

—Exacto. La casualidad fue que Santa Teresa de Jesús murió justo ese cuatro de octubre y fue enterrada a la mañana siguiente, que ya eran once días más tarde.

—¿En serio?

—Así es.

—¿Por qué sabes todas esas cosas?

—No estoy seguro. No estoy seguro de que valgan para nada, pero aun así me parece que es mejor saberlas que no saberlas.

—¿Y nosotros vivimos según lo de Julio César?

—No, porque hubo otros ajustes, uno de Marco Antonio, que cambió *quintillis* por *julio*, precisamente en honor del emperador. Y otro de Augusto, que le puso su nombre a lo que antes era *sixtillis* y además le añadió un día, para que su mes no tuviera menos que el de Julio César. Pero nosotros seguimos dentro de la reforma de Gregorio XIII. Aunque la Era Cristiana también tiene su año fantasma.

—¿Un año que no existe?

—Sí, porque cuando Dionisio el Exiguo estableció su calendario...

—¿Dionisio el Exiguo era otro papa?

—No, él era... no sé, alguien a quien se le encargó ese trabajo, que básicamente consistía en empezar a contar desde el nacimiento de Jesucristo.

—Ya, por eso se pone lo de a. C. y d. C.

—Pero la cuestión es que cuando él hizo sus cálculos aún no existía el *zero*, de modo que tuvo que pasar directamente del año uno antes de Jesucristo al año uno después de Jesucristo.

—¿Y entonces?

—Eso significa que el año cien perteneció al siglo primero en lugar de al segundo y que el año dos mil es aún parte del siglo veinte, porque si no tendrían nada más que noventa y nueve, en lugar de cien. Bueno, olvídale. Lo que quiero explicarte es que el tiempo no es una ciencia exacta. Lo parece, pero no lo es. Ahora mismo, en Japón mucha gente mide los años contando desde que empezó el reinado del emperador. Cuando aquí sea el 2000, allí sólo será el año 11 de Aki-Hito. Y, bueno, supongo... En la mitología, algunos autores dicen que el inventor de la medida del tiempo fue Mercurio.

Maceo se preguntó si sería capaz de acordarse de todo: Julio César y Gregorio XIII, las Nereidas y el rey de Etiopía, Dionisio el Exiguo y Mercurio, Andrómeda y Perseo...

—¿Cuando estabas en América ya sabías estas cosas?

—Alguna, porque a Cecilia le gustaban las estrellas, decirme sus nombres.

—Altair y Naos —le interrumpió Maceo—, Vega, Sirius, Antares.

—... O buscar en el cielo el Tucán, el Pez Volador, las Osas... Cuando fui a

México me acordaba tanto de ella que empecé a leer libros de astronomía y también a los clásicos, *Las metamorfosis* de Ovidio, la *Iliada* y la *Odisea* de Homero, la *Eneida* de Virgilio. Me pasaba las tardes en una biblioteca de la calle del Correo Mayor o en la del Palacio de Bellas Artes. Aquello fue el otro gran descubrimiento de mi vida, algo que me produjo una impresión tan enorme que cuanto más aprendía, más necesitaba saber. Por las tardes, al salir de la tienda de muebles, que estaba en el Paseo de la Reforma, pasaba por las librerías de lance de la Avenida Hidalgo y luego me iba a leer a la plaza de Dinamarca, al pie de la estatua de Washington y luego...

—¿Qué es *de lance*?

—Libros viejos, obras saldadas. Podías encontrar cosas muy buenas por muy poco dinero. Bueno, pues la cuestión es que al poco tiempo me puse a estudiar Filología en la Universidad, porque yo ya había terminado el bachillerato en España, y acabé los dos primeros cursos con muy buenas notas, sobre todo en Latín y en Griego. Asistía a las clases del turno de noche y cuando estaba en la oficina soñaba con el catedrático en que iba a convertirme, me paseaba por mi casa del futuro, veía a Cecilia y a nuestros hijos sentados junto al fuego, columpiándose en el jardín. Era una mansión muy hermosa, construida en Coyoacán, cerca de las que pertenecieron a los conquistadores, a Hernán Cortés, Pedro de Alvarado, Diego de Ordaz.

—¿Cuándo dormías?

—Ése no era un problema, porque las clases no acababan tarde y yo era capaz de organizar mi tiempo. A veces hasta me dejé caer por lo que llamaban los cafés de chinos, que eran el lugar de reunión de los españoles. Había uno en la calle Bucareli, otro en Santa María la Redonda, otro en San Juan de Letrán. Allí vi tres o cuatro veces a algunos poetas exiliados, a Manuel Altolaguirre, a Juan Rejano, a Emilio Prados. Les gustaba hablar durante horas, jactarse de que no haber comprado muebles para sus casas sino maletas nuevas porque Franco iba a durar muy poco, porque estaban a punto de volver a España, porque las naciones democráticas de Europa jamás permitirían bla, bla, bla, bla, bla. La mayor parte de ellos no regresaron nunca, están enterrados en México: León Felipe, Luis Cernuda... La Guerra Civil fue terrible, causó heridas incurables, transformó a las personas en alimañas. Conocí a una mujer cuyo hijo había sido ejecutado aquí cerca, en Las Rozas, por un grupo de anarquistas que odiaban a aquel muchacho rico por no dejarles entrar en su coto de caza y que aprovecharon el jaleo para asesinarlo;

lo fueron a arrestar de madrugada, en un camión; se lo llevaron delante de su madre, a rastras, atado de pies y manos, y unos kilómetros más allá le pegaron cuatro tiros en una cuneta. Alguien, no sé ni quién ni por qué, le hizo una foto al cadáver y aquella mujer la llevaba siempre encima, dispuesta a enseñársela a todo el que la quisiera ver; la sacaba a la menor oportunidad, decía: «Mi niño, esto es lo que le hicieron los criminales a mi niño». El dolor no tiene límites. La felicidad sí, pero el dolor no. Ojalá nunca tengas que pasar por algo como eso.

—¿Seguías escribiéndote con Cecilia?

—Creo que entonces estuve más cerca que nunca de ella, porque todo parecía por primera vez tan posible: ganar dinero en el trabajo, acabar los estudios, convertirme en alguien. Estábamos en mil novecientos cuarenta y ocho, yo había pasado diez años en América: algo más de seis en Costa Rica, otro en Panamá y el resto en México. Me encantaba aquel país, pasear por el bosque de Chapultepec o la plaza del Zócalo, hacer excursiones a Puebla, a Tacuba, subir al volcán Popocatepetl. Es... sólo tengo que decir sus nombres para ver esos sitios con tanta claridad... Y la gente, me encanta la gente de México, tienen esa cortesía y a la vez un aire bronco, aspecto de ir a perder los estribos en cualquier instante, pero si los respetas son delicados, te podrías pasar horas oyéndoles hablar —cerró los ojos, lo mismo que si escuchara de verdad aquel idioma dulce, enrarecido por el acento. Maceo pensó que estaba una vez más a punto de dormirse.

—¿Y no estuviste en Yucatán? Allí es donde cayó el meteorito que hizo que se extinguieran los dinosaurios. Un meteorito de diez kilómetros.

—No, no estuve. Pero me hubiese gustado ver las ciudades mayas de Uxmal, de Chichén Itzá. Me contaron que toda la península está llena de cuevas y que hay una especie de pozos que llaman cenotes. Creo que son una maravilla, que el fondo está lleno de agua y de árboles. Tal vez todo eso tenga algo que ver con ese meteorito. En fin, ésa es otra de las cosas que nunca hice.

—Porque al morir Delia se acabó la historia.

Truman lo miró con cierta sorpresa. Lo miró con unos ojos que se habían vuelto amargos de contemplar las viejas cosas bellas y perdidas; amargos como el agua en donde ha habido unas flores cortadas.

—Sí —dijo—. Así es. Las ilusiones... Lo mejor es no dar nada por sentado.

—¿Al volver a España seguiste mirando las estrellas? ¿Dejaste de estudiar?

—Aquí no había ni sitio ni tiempo para eso, porque la realidad lo invadía

todo, era algo de lo que no era posible zafarse.

Al principio intenté sobreponerme, huir de aquella vida gris, domesticada, pensar que pronto iba a poner en orden las cosas; pero todo eso no era real, no era más que un simulacro y... te consumes, ¿sabes?, mientras finges te vas haciendo más endeble, menos capaz; cuando pierdes tus sueños te encuentras reducido a ti mismo y no hay nada en este mundo que pueda sacarte de ahí.

La cara de Truman se ensombreció al recordar la forma en que sus esperanzas se habían evaporado en España, le habían hecho perder su identidad de ese modo en que los ríos pierden su nombre cuando desembocan en un océano o en el mar, dejan de ser el Turia o el Ebro para convertirse en el Mediterráneo, dejan de ser el Miño o el Duero para ser nada más que el Atlántico.

—¿Qué pasó entonces?

—Muy poco. Pasó el tiempo, las brasas se enfriaron, me hice mayor tan deprisa que apenas pude darme cuenta, llegué a ese punto híbrido en que ya no eres joven y aún no eres viejo, en que te transformas en una especie de centauro, mitad el que fuiste y mitad otro; ese punto en que las cosas que no te importan son cada vez más y las que sí, menos. No sé, estás en tierra de nadie, te mueves pero no porque vayas a algún sitio. Y luego se va haciendo peor, cada año, cada década. ¿No te has fijado en que la gente se pone triste cuando mira fotografías? Es porque resulta insoportable ver lo que eras, ver la forma en que todo se consume, en que al crecer... Uno no cambia, se desfigura.

Maceo pensó que Truman volvía a ser aquel hombre incomprensible.

—¿Qué fue de Cecilia? ¿No le escribiste más?

—¿Por qué? ¿Escribirle para qué? Yo estaba en el fondo de un pozo del que no se podía salir, cuidando a mi padre enfermo y deprimido; la gente nos consideraba apestados, seres inferiores, nos observaba o con desprecio o con lástima. ¿Me entiendes? Ellos eran los amos y nosotros sus perros.

—¿Cuándo vinisteis a Madrid?

—Muy pronto, porque mi padre había cogido reuma mientras estuvo en la lonja y le sentaba mal el clima húmedo. Aquí me puse a trabajar de dependiente en una tienda de ultramarinos. Abandoné mis estudios. Nunca más volví a mirar el cielo. Nunca más escribí a Cecilia. ¿Para qué? ¿Qué puede ofrecer a los demás alguien que ha renunciado a sí mismo? Luego, compré la tienda con lo que había ahorrado en Panamá y en México, me casé con tu abuela Aitana, una mujer bonita y decente. No me puedo quejar, creo que no

sería justo.

—¿Qué quieres decir con eso de que las brasas se enfriaron? ¿Que te olvidaste de Cecilia? ¿Que alguna vez dejaste de pensar en ella?

—Ojalá hubiese podido, pero no pude. Jamás. ¿Sabes lo que eso significa? Significa que siempre estuvo aquí —Truman apoyó la palma de la mano en su corazón—, cada segundo de mi vida, aunque yo no volviera a pronunciar su nombre, haciéndose más y más grande. Es absurdo, pero me preguntaba continuamente: «¿Qué estará haciendo ahora?». Me lo preguntaba cuando iba en un autobús, mientras subía las escaleras de un hospital o bajaba las de un sótano, al ver a algún cliente entrar o salir de la tienda: «¿Qué estará haciendo ahora Cecilia? ¿Qué estará haciendo *ahora mismo*?».

Truman se quedó en silencio, con la vista clavada en la zona de la barandilla donde había caído el rayo. Luego, enfocó una vez más sus prismáticos a las estrellas.

—¿Sabes que en Estados Unidos hubo un huracán que mató a doce mil personas? —dijo Maceo—. Fue en una isla llamada Galveston. La ciudad se inundó y la gente se iba subiendo a las azoteas para escapar del agua. Pero los edificios se derrumbaban uno tras otro. Y en mil novecientos setenta un ciclón causó en Bangla Desh más de un millón de muertos.

—Sí, eso lo recuerdo muy bien. El ciclón de la bahía de Bengala. Y después de ese hubo otro terrible, hace unos quince años, que dejó como cien mil víctimas. Por eso los hombres de todas las civilizaciones han estado siempre contemplando el cielo, intentando prever lo que se avecinaba, porque de ahí vienen grandes catástrofes, de ahí caen las heladas, los diluvios, los tornados. Hay muchas supersticiones y muchas leyendas: las que pronostican la destrucción del mundo por los meteoritos o a causa del deshielo polar; las que creen que los animales avisan del tiempo que va a hacer.

—¿Es cierto?

—Quién sabe. Dicen que si al principio del verano las orugas tienen las rayas más delgadas o las ardillas tienen la cola más tupida, el invierno será más frío; que si los caballos se niegan a saltar o las hormigas andan en línea recta, es que un poco más tarde va a empezar una tormenta. Pero bueno, da igual —dijo Truman, de pronto. Después, miró su reloj—. Ya es muy tarde. Los dos necesitamos descansar. Mañana podemos seguir leyendo los libros y mirando el cielo.

El niño empezó a caminar hacia la puerta, pero se giró justo antes de salir.

—¿Te conté que cada día caen sobre la Tierra más de cuarenta y cinco mil tormentas eléctricas? —dijo—. Eso supone casi dieciséis millones al año.

—Buenas noches. Que Dios te bendiga.

—De acuerdo. Buenas noches.

Truman lo miró con afecto. Se preguntó cómo sería el muchacho si él se hubiese casado con Cecilia, pero resultaba difícil imaginarlo con unos ojos distintos, con un pelo el doble de oscuro y un color de piel más tostado. En ese instante —pensó— no estarían aquí, sino en el otro continente, tal vez en Costa Rica, en una casa del barrio de Amón pintada de amarillo, o en México, en un jardín de San Ángel, escuchando canciones de Agustín Lara, de Olga Darson, de Elvira Ríos; no sería invierno sino verano; no habrían cenado pizza y yogur sino un poco de cordero con pasta de frijoles, una ensalada de frutas con papaya, guanábano, zapote, piña. Resultaba curioso que Maceo fuera lo que más quería y a la vez la prueba palpable de todo lo que había perdido. Truman sintió una gran amargura, sintió el peso de una vida llena de renunciadas, de mutilaciones, aquella vida hecha con tantas historias y ningún final feliz. ¿De qué había servido todo lo que hizo? De nada, eran cosas inútiles, algo que ocurrió pero no fue verdad.

Un segundo antes de dormirse, se acordó de cuando era un niño y su padre le llevaba a pasear por la orilla del Guadalquivir y a veces escribían con un dedo sus nombres en el agua.

—¿Lo ves? Ahora es como si tú también fueses una parte del río.

III

El cuarto era pequeño y olía tan fuerte a tinta fresca que al respirar daba la impresión de que los pulmones se llenaran de un líquido oscuro y ácido. Ruth estuvo allí unos minutos, en silencio y a solas, intentando encajar lo que acababa de sucederle en los ruidos normales del trabajo, las impresoras, los teléfonos, los ordenadores, las puertas que se abrían y cerraban; luego, se apoyó en la fotocopidora y apretó el botón: sobre el papel, duplicada en blanco y negro, con las líneas de la vida semejantes a grietas y la piel carbonizada, su mano le pareció la de un cadáver, le hizo pensar en esas fotos terribles de los periódicos donde se ve a las víctimas de un incendio o un accidente de avión o un atentado caídas en una acera, junto a un edificio en llamas, entre los restos del fuselaje. Recordó una noticia sobre un hombre al que acababan de trasplantar una mano; recordó que ese hombre, según la información, nunca podría escribir a máquina ni abrocharse una camisa, pero sí coger una copa o marcar un número. Después, volvió a lo que le había ocurrido cuando fue hasta esa habitación con unos expedientes y un muchacho que se llamaba Ignacio entró detrás de ella. Lo conocía desde que logró ese empleo: veintinueve o treinta años, natural de Menorca, padre de un niño, el nombre de su mujer era Lucrecia. ¿Qué más? No mucho, un par de esos detalles sueltos que forman la imagen poco consistente que se suele tener de los compañeros de oficina o de estudios, personas con las que se comparte mucho tiempo y muy poca intimidad, de las que nos separa la mayor parte de nosotros, todo lo que no son las horas laborables. Ignacio era tímido y formal, le gustaban los gatos y los deportes, fumaba con moderación; era también prudente, amable y, según su criterio, una persona conformista, resignada, un ser mediocre de la peor clase: la de los que no quieren ser ninguna otra cosa. Pero esa mañana, con la disculpa de buscar unos folios en aquel espacio estrecho, colocó su mano en la cadera de Ruth, le hizo una caricia más o menos disimulada, le propuso tomar algo al salir, si te apetece, a lo mejor

podríamos conocernos un poco; y ella lo intuyó al instante, pudo ver con claridad qué pasaba, de dónde vino ese nuevo Ignacio desvergonzado en vez de prudente, audaz en lugar de tímido; pudo ver cuál era el origen de su atrevimiento, la causa de que la creyera una conquista posible, una presa fácil: Ramón se lo había contado. ¿A él y a quién más? ¿Lo sabían todos? Podía oírlo: «Me la follé en un hotel, no sabes qué tetas tiene, me la chupó en el váter de un bar». ¿O no era así, sino sólo una casualidad, sólo suposiciones tuyas?

Hizo las fotocopias y regresó a su puesto. Intentaba concentrarse, pero sentía los ojos de los demás clavados en ella, censurándola. Miró otra vez la réplica de su mano. Se puso a pensar en algunas ocasiones en que podría haber muerto: una mañana en que el autobús de su escuela golpeó a otro coche, volviendo a Bilbao desde Munguía, en plena Alameda de Recalde; o aquella noche de suerte, durante las vacaciones de Semana Santa en Sevilla, en que un secador eléctrico fue a caer dentro de la bañera nada más salir ella del agua; o cuando tuvo una depresión y una anemia terribles, tras el nacimiento de Maceo.

Ruth saltó de eso a otra de sus historias clásicas, la de los últimos años de vida de su padre, aquel extraño asunto del que no fue consciente hasta mucho después, cuando al hablar con unos y con otros para rehacer la figura de aquel hombre al que la muerte había partido en mil pedazos como si fuera un ídolo de terracota, descubrió que a medida que era restaurado se hacía cada vez más irreconocible, que aunque las piezas le perteneciesen el resultado no era él. Lo que Ruth siempre supo es que un día, de repente, su padre se metió en la cama para no volver a salir de ella. No padecía ningún mal ni adujo una razón concreta; se limitó a encerrarse en su cuarto, a reducir sus comidas a una diaria y a pasar el mayor tiempo posible dormido. ¿Por qué? Eso era lo que le preguntaron una, un millón de veces. ¿Qué te ocurre? Papá, ¿qué es lo que te sucede? Él se encogía de hombros, curvaba los labios y su respuesta era invariable:

—No tengo ganas de nada.

¿Cuándo y dónde se había originado ese comportamiento estrambótico y qué le indujo a él? No sólo es que Ruth no lo llegase a saber nunca, sino que su asombro se duplicó el mismo día del entierro, al volver a su casa de la calle Cosme Echebarrieta, al sentarse con su madre a ver las fotos del álbum familiar y descubrir que el difunto había arrancado todas las tuyas. Y eso no

era lo único, sino que en los meses previos a su muerte, según pudo ir desvelando poco a poco su hija, también fue quitándoles a sus parientes, con la disculpa de que pensaba hacer unas copias, todas las que ellos tenían. De modo que aquello no había sido un arrebató, sino una resolución premeditada, un minucioso plan de exterminio. ¿Por qué? ¿Qué le impulsó a querer borrar su imagen de la faz de la Tierra? ¿Contra qué o contra quiénes iban dirigidos sus actos?

Ruth se sintió atrapada, sola, vacía. A su alrededor, la oficina y sus empleados le parecieron lo de siempre: habitantes de un mundo vulgar, corrosivo. Se acordó una vez más de su viaje de novios a Nueva York, de Samuel y ella en un apartamento de la calle 12 con la octava, frente al río Hudson, clavando banderitas verdes en un atlas, en todos los lugares a los que iban a ir: Ceilán, Madagascar, las islas Fiji, Samoa. Todo había sido mentira, una trampa. ¿Cómo se dejó embaucar de ese modo? ¿Por qué tenía que pagar un precio tan alto por haber sido engañada? Una vez había leído una canción de Bob Dylan: no cometes el crimen si no quieres cumplir la condena. Pero no estaba de acuerdo.

Al salir del trabajo entró en una cafetería. Bebió un vaso de ginebra y luego otro. ¿De verdad iba a matar a Samuel? La respuesta era la de siempre: *no*; pero seguía poniendo veneno en sus comidas, una dosis pequeña, lo suficiente como para irle devolviendo todo el daño que la había causado. ¿O quizá no era así, quizás un poco de dolor no era bastante?

Salió de la cafetería y echó a andar hacia casa. Pensó en su mala fortuna, en el rayo que había caído sobre Maceo justo la tarde en que iba a dejar a Samuel, en la forma en que ese accidente lo había interrumpido todo. ¿Pero era eso cierto? ¿Iba a abandonarlo para vivir dónde/cómo/de qué/con quién o sólo se trataba de otro amago, de otra amenaza?

Decidió ir al apartamento de Marta. «De la pobre Marta», así es como ella lo dijo. Le contaría que pensaba dejar a su padre. Tal vez pudiesen pasar un tiempo juntas, sobrevivir en Madrid uniendo sus dos sueldos o irse a Bilbao, con su madre, empezar otra vez desde el principio. Ruth vio que Marta acababa sus estudios, que ella conocía al hombre que siempre se mereció, quizás un médico o un abogado, alguien brillante y especial, alguien divertido, culto, pacífico. Decidió también ponerle fin al tema de Ramón, acabar con eso para siempre, salir de aquel agujero, librarse de la penumbra, del lodo. Se sintió bien nada más que de pensarlo, se sintió renovada y feliz, como quien

vuelve a respirar después de haber estado debajo del agua.

Miró el cielo y su limpieza le pareció profética, le pareció una señal de cambio, la metáfora de un mundo otra vez abarcable, propicio, la prueba de que las aspas empezaban a moverse y el futuro se abría paso.

¿Creía con sinceridad en esa resurrección o sólo se trataba de un juego? Daba igual, en ese instante no le importaba nada que no fuera esa idea, nada que no fuese aquel rayo de sol en medio del diluvio. Continuó su camino con una extraña energía, con la fe de quien lucha por olvidar un largo cautiverio.

En el otro lado de la calle, a la entrada de una tienda y oculto entre la gente, estaba Samuel. Ella subió a un autobús y él la siguió en un taxi. ¿Dónde iba? ¿A ver a otro hombre? ¿Era verdad que había otro hombre? Metió la mano en su chaqueta para hacer como que tocaba un arma: una pistola, tal vez un cuchillo. Junto a Ruth, en el asiento de al lado, una mujer leía una novela y en esa novela alguien dijo: desgraciado de aquel que lleva en sí los desiertos.

IV

Al oír el timbre, Marta se estaba acordando de los nazarenos que había visto en Sevilla durante unas vacaciones de Semana Santa, de la impresión que le causaron entonces aquellos penitentes de miradas dolorosas y movimientos tétricos que cruzaban las calles vestidos con túnicas del mismo color morado que ahora tenía uno de sus pómulos.

Corrió hacia la puerta para arrojarse a los brazos de Lucas, para pedirle perdón, para decir lo siento, no volverá a pasar, ha sido culpa mía, por favor no te vayas, lo siento, lo siento, lo siento mientras se abrazaba a él con toda su alma, lo siento mientras lo iba desnudando, lo siento, lo siento, lo siento, lo siento.

Era verdad que él la había pegado más fuerte que nunca, pero también que sus insultos fueron esta vez más terribles: vago, hijo de perra, chulo. ¿Cómo empezó todo eso, los gritos, las palizas? ¿Cuándo? ¿Por qué no había huido, en lugar de seguir en ese infierno, luchando por tener algo que no quería ser suyo, quizá cegada por su propia desgracia? Se acordó del primer golpe, un par de semanas antes, de la conmoción que le habían causado los ojos terribles de Lucas, su brillo de maldad, el sonido siniestro de la bofetada, la quemadura en su piel; y luego la reconciliación, las caricias, las lágrimas. Poco después, la escena se había repetido, tras pasar él toda la noche fuera y pedirle Marta explicaciones. Y de nuevo un par de días antes, cuando le echó en cara que se gastase su dinero en qué, con quién, de dónde vienes, te sigues follando a Luisa, chulo, hijo de perra, vago. Desde entonces, no lo había vuelto a ver. Pidió la baja en la clínica y se quedó en casa, esperándolo, el jueves, el viernes, todo el fin de semana, temiendo tanto que volviera como que no volviera; instaló un cerrojo y puso flores en el dormitorio; fue hasta una comisaría a la que no llegó a entrar y cocinó dos o tres de sus platos preferidos; compró un maquillaje que cubriese sus magulladuras, que amortiguara aquel cardenal amarillo y violeta que Lucas le hizo con uno de sus

puñetazos.

Por eso, al abrir la puerta y ver a su madre en el umbral, su sonrisa se deshizo, sus murallas se derrumbaron, sintió un desaliento espantoso, un eclipse total. Luego, la alarma y el estupor de los ojos de Ruth le hicieron recordar sus heridas, le hicieron sentir de una sola vez toda la vergüenza, toda la humillación, todo el miedo. Y, por fin, esas sensaciones cambiaron a una especie de alegría melancólica, desconfiada, la alegría del desterrado que vuelve a casa después de una guerra, que ha sobrevivido a los ultrajes y las violaciones, que tras pasar frío y hambre, tras soportar insultos y epidemias, dormir al raso bajo la lluvia, sobre la nieve, ser seguido por los perros y ametrallado sin piedad por la aviación enemiga vuelve a ver las fronteras de su patria, a vislumbrar un mundo sin látigos ni crímenes ni torturas que no creyó nunca más posible, un mundo que ya consideraba irremediabilmente extinguido.

Por su parte, Ruth no pudo pronunciar una sola palabra; se llevó la mano a los labios, igual que si intentase ahogar un grito o contener un vómito, una hemorragia; después alargó la otra mano hacia el rostro de Marta, pasó un dedo por el pómulo violeta, sobre el párpado hinchado, la atrajo hacia sí: su cuerpo era frágil, desprendía un olor dulce; las dos temblaban violentamente, lo mismo que si la angustia y el sufrimiento de cada una se hubiese propagado a la otra nada más tocarse.

—¡Dios mío! —dijo—. Mi niña.

—Yo... yo le quería tanto... yo... Lo siento...

Ruth le puso el dedo sobre los labios partidos: calla, no es necesario. En ese instante apareció Lucas, con otros dos individuos. ¿Qué pasó entonces? Años más tarde, cada uno lo recordaría de una forma: Ruth se abalanzó sobre él, llamándolo miserable, cobarde; Lucas había ido a pedirle, una vez más, dinero a Marta; los otros dos eran delincuentes y Ruth iba a estar segura, tiempo después, de haber reconocido a uno en el periódico, en una noticia sobre un alijo de droga y un ajuste de cuentas; Lucas debía de tener una deuda con ellos; o puede que, simplemente, fuera *uno de ellos*; o que todo fueran alucinaciones, que sólo se tratase de dos amigos que le acompañaban a recoger sus cosas.

¿Qué más?

Es seguro que hubo gritos, un forcejeo; que los facinerosos sujetaron a Ruth y Lucas golpeó a Marta. Alguien puso la radio a todo volumen; alguien rasgó,

quizá de forma accidental o quizás a propósito, la camisa de Ruth. ¿Qué hubiera ocurrido entonces? ¿Qué quería tapar la música de aquella radio? Nunca lo supieron porque, justo en ese instante, Samuel entró en escena como una exhalación, tiró al suelo al tipo que tenía a Ruth, sujetó el brazo de Lucas antes de que pegase de nuevo a su hija. ¿Qué estaba haciendo allí? ¿Fue una casualidad? ¿Era eso posible? Él siempre dijo que sí, que de pronto había decidido hacerle una visita a Marta, siguiendo un impulso. Ruth sospechaba de tanta coincidencia; pensó muchas cosas sobre aquella mañana, y entre ellas la verdad: la estaba siguiendo. ¿Para qué? ¿Desde cuándo? ¿Sabía lo de Ramón? Samuel se lanzó contra uno de los hombres, le dieron una patada, un puñetazo. Cayó y se levantó y lo derribaron de nuevo. Cuando él lo contara más adelante, los otros tres habrían recibido varios impactos en un ojo, en la nariz, en el hígado, uno-dos, izquierda-izquierda-derecha, arriba y abajo. En realidad, lo que hizo Samuel durante el combate fue representar un papel, fingir una destreza que no era suya, lo mismo que en sus años de la Universidad, cuando conoció a Ruth, cuando repetía en las asambleas las frases de otros, las frases memorizadas de los libros de Truman que él subrayaba pacientemente cuando estaba a solas, que almacenaba en espera del espacio adecuado, de la oportunidad precisa, manteniéndose al acecho para hundirlas como puñales en el corazón de las conversaciones: «Si sólo levantamos muros, quedaremos aislados; pero si abrimos ventanas en esos muros, la luz estará dentro y la tempestad fuera»; «Legalizar las cosas es más fácil que legitimarlas»; «Una verdad que oscurece otras no puede ser verdad»... Tiró un par de golpes al aire, le rompieron la nariz de un cabezazo, Ruth salió a la escalera a gritar socorro.

He peleado bien, se dijo luego, cuando aquel combate absurdo acabó. Se sentía en paz, sintió que esta vez no había fracasado; sangraba por varias brechas y esa sangre le pareció heroica; Ruth y Marta estaban ahí, los tres juntos, a salvo, solos. Se sentía satisfecho. «Nada será igual», se dijo, «a partir de ahora todo va a ser mejor, todo va a ser como antes». Ya era otro, el nuevo Samuel; lo pudo notar de una forma casi física, notar a ese otro hombre que se bifurcaba y se alejaba del hombre principal, muy deprisa, dejándolo atrás para siempre.

Capítulo seis

¿Qué era exactamente lo que habían tenido en aquellos años? ¿Por qué luchaban y qué ganaron o perdieron durante esa lucha? No era fácil saberlo, explicar las razones del dolor, de la angustia, del odio, cosas inmensas por dentro e invisibles por fuera, tan evidentes y a la vez tan inconcretas. Ruth miró el cielo, que era limpio y terrible encima del camposanto. ¿Qué es lo que aprendió durante su descenso hasta el límite, durante su viaje afuera de sí misma? Se pueden compartir los sueños, pero no los sueños perdidos. ¿Qué más? Muy poco. Casi nada, aparte de las reglas de la destrucción, el camino de las cicatrices. Al mirar hacia atrás, vio ruinas que antes no habían sido un palacio, heridos que no pertenecían a ninguna batalla. Puede que el error estuviese en buscarle a cada acto o a cada hecho un sentido; o en tener esperanzas, ambiciones. ¿Para qué? Las esperanzas son la parte de arriba del fracaso, son lo que hace que parezca más hiriente, más innecesario. Las esperanzas hacen que la gente no sea buena. Aspiró el aroma espeso de las flores, que le hizo sentir náuseas, le pareció algo sólido y frío, algo que se movía dentro de ella con impulsos anárquicos, de una forma viscosa, igual que un pequeño reptil rojo por un muro. Apretó la mano de Maceo cuando el ataúd empezó a descender hacia el fondo de la sepultura.

Marta también notó algo antipático en aquel perfume sobrecargado que le hizo recordar el sabor de la sangre. Se preguntaba qué habría sido de Lucas, si él también la echaba de menos. Había dejado la clínica y la academia; había vivido unas semanas en casa de Iraide porque no soportaba la idea, le dijo, de ir a la suya, esperando qué, no quiero estar allí cuando no me llame; luego, había vuelto al piso de sus padres y al turno de mañana en la Universidad, pero lo cierto es que ahora se sentía diferente, igual que si lo ocurrido no la permitiera encajar en su sitio de antes, la hiciera insoluble con los demás, hubiese puesto en su interior algo que los otros no conocían, algo que era imposible compartir, que la aislaba de todo, de una chica llamada Eneko que acaba de cambiar de casa, que ahora vive en la calle Islas Filipinas y su cuarto tiene un balcón y durante la mudanza hubo una tormenta y ella y sus dos hermanas acabaron empapadas; de un alumno llamado Antonio que no cree la historia de los alpinistas norteamericanos que juran haber encontrado en el

Everest, a ocho mil trescientos metros de altura, el cadáver de George Mallory, el primer montañero en coronar la cima de la montaña, fíjate, estoy seguro de que es un montaje, dicen que llevaba su nombre cosido en la ropa, que lo enterraron en la nieve; del profesor que explica el tema de la piel, sus propiedades, escribe una lista en la pizarra, los corpúsculos de Meissner provocan el sentido del tacto, los corpúsculos de Krause y Rufini nos hacen sentir el frío y el calor. ¿Dónde estaría Lucas? ¿Se acordaba de ella? Marta sí recordaba sus momentos de felicidad juntos, aquel paraíso apenas entrevisto que la hacía sentirse como al acompañante que vuelve a tierra tras despedir a unos familiares, cuando el barco está a punto de zarpar, después de haber experimentado por unos minutos la sensación del viaje inminente, el olor de los camarotes, la inestabilidad del suelo movido por las olas. Lucas, los ojos de Lucas, sus manos, aquella espina de la que le habló Samuel, la espina que se clava en un dedo, que sube por las venas hasta el corazón. ¿De dónde se sacan las fuerzas necesarias para seguir luchando por todo lo que no te importa, después de perder lo único que querías? ¿Será verdad que el tiempo nivela, apacigua, cura? «La vida sigue», le ha dicho Ruth, y ella piensa en lo que eso significa: alguien baja de un tren, alguien pasea un perro, un hombre empuja su máquina cortacéspedes, la dueña de la carnicería enciende una radio. ¿Qué tiene eso que ver con ella? Javier Marías ha publicado un libro; las selvas de Asia están siendo deforestadas para hacer muebles de jardín con los bosques de teca de Camboya, de Indonesia; Irving Mallory era amigo de Virginia Woolf, se hizo una foto desnudo en un glaciar del Tíbet, al pie del Everest, sabía recitar de memoria *El rey Lear*. ¿Lucas se arrepiente, le gustaría empezar otra vez de cero? El sentido del dolor lo producen miles de terminaciones nerviosas, tenemos hasta doscientas por centímetro cuadrado. Iraide lo había visto una noche en un bar, a lo lejos, riéndose. ¿De qué? ¿Con quién? Otros le habían dicho que estaba saliendo con Enara. Marta miró a su alrededor. No era capaz de llorar, pero qué terrible le resultaba todo esto, los cipreses, los panteones, las cruces, Ruth y Maceo cogidos de la mano, la música fúnebre que se oía en alguna parte, el sonido de la tierra sobre el féretro, ese sonido cada vez más oscuro, más débil, como el del corazón que aminora su marcha dentro de un moribundo.

Maceo tenía los ojos clavados en la tumba, observó a los enterradores poner el cemento, tirar de las cuerdas de la polea, colocar sobre el sepulcro la lápida, que hizo un ruido estremecedor, un ruido que significaba *para siempre*,

nunca más, y lo mismo que si una cosa fuera la consecuencia inmediata o razonable de la otra, se acordó de lo que Truman le había contado sobre el nacimiento de Samuel:

—Estábamos en mil novecientos cincuenta y cinco. Yo llevaba siete años en España y uno antes sucedieron dos cosas: me casé con Aitana y murió mi padre. Mi vida tenía algo..., no sé cuál es la palabra..., gregario, ¿sabes? Es difícil de explicar; estaba con tu abuela, iba a tener un hijo, nuestro negocio marchaba tan bien que pudimos contratar a un dependiente y muchos días me quedaba en casa hasta media mañana, leyendo; volví a comprar los libros de Ovidio, de Virgilio, de Homero, y algunas cosas que se podían encontrar de los exiliados, de Cernuda o León Felipe, aunque la mayor parte estaban prohibidas. Creo que, en cierta forma, ésa era una manera de conservar una parte del pasado, de establecer con él algún vínculo. ¿Me comprendes?

—Sí —dijo Maceo—; supongo que sí. Aunque no estoy seguro.

—Mi padre me contó una historia sobre el día en que fueron a matarlo: estaba dentro de aquel camión, con otros tres o cuatro presos, y no sabía dónde se los llevaban pero sí para qué, sobre todo cuando llegaron hasta la dehesa y vio algunos fusilados en las tapias del campo de fútbol, media docena de hombres caídos, con ese aspecto pavoroso que les da a los cuerpos una muerte violenta: las posturas absurdas, las caras desvalijadas.

—¿Tuvo miedo?

—Sí, naturalmente que sí. Sintió miedo, mucho miedo. Mientras lo bajaban del vehículo, llegó el coche de los falangistas que avisó la bella Delia y lo salvaron. Ése es el relato principal de lo que pasó. Pero hubo algo más, un pequeño detalle que a mí me impresionó siempre: en medio de la confusión creada entre los asesinos y los falangistas, que se gritaban unos a otros intentando imponer su autoridad, él se agachó a recoger del suelo una bala. Una bala extraviada de algún fusil. La guardó siempre, quizá como una prueba de que todo aquello había ocurrido. Aún lo recuerdo mirándola, una y otra vez, en sus últimos años, cuando hablaba de las privaciones de la guerra, del frío y la humedad en su miserable buhardilla en La Coruña, de las noches en que robaba el volframio para los alemanes en Santa Comba o en Vila de Cruces, a orillas del Deza: de pronto, sacaba esa bala y se quedaba en silencio, observándola como si en ella estuviesen condensados todo el drama, todo el dolor, toda la tristeza. En fin, la vida es etérea y los objetos son sólidos, y por eso... —Truman parecía fatigado, sin ganas de seguir.

—¿Qué pasó al nacer mi padre?

—Una de esas cosas increíbles del destino. Mientras Aitana estaba en el quirófano, salí a comprarle unas rosas y al entrar en la floristería me encontré con Juan Garcés. ¿Lo recuerdas? Era aquel canario de Las Palmas al que conocí en Costa Rica, el hijo del dueño de la farmacia Solera, la que estaba en el Mercado Central.

—Sí, me acuerdo de Juan Garcés. Tú y él estabais juntos en el baile de la playa de Puntarenas, en el hotel Tioga, cuando viste a Cecilia por primera vez.

—Exacto. Le pregunté por ella. ¿Cómo estaba? ¿Se había casado? No me dejó seguir. Me contó que tenía leucemia, cáncer en la sangre; que le quedaban sólo unos meses de vida. No hablamos mucho más. Fue terrible, aquella invasión de la realidad en mis recuerdos, la realidad espantosa desvirtuándolo todo, socavándolo todo, llenándolo todo de dolor, de agujas, de hospitales. Cuando volví a la clínica, Samuel ya había nacido. Lo cogí en los brazos, pero no podía dejar de pensar en Cecilia, en su enfermedad. Cáncer viene de cangrejo; lo llamaron de esa forma porque parece arrastrarse por el interior de sus víctimas devorándolas lentamente, porque gangrena, coloniza, corroe cada rincón, cada órgano. Qué terrible, pensar en eso mientras tenía a mi hijo en las manos. Creo... no sé, creo que en ese momento quedó rota alguna cosa, cortada para siempre. Tu padre y yo jamás hemos estado todo lo cerca que debimos.

Maceo oyó de nuevo esas palabras, superpuestas ahora sobre el ruido con que los enterradores sellaban la lápida en la que estaba cincelado el nombre de la persona que las había dicho poco antes de morir: el nombre de Truman. Decidió que dentro de algún tiempo se iría a vivir a América, tal vez a Costa Rica o a México; que buscaría en San José a los descendientes de Cecilia: imaginó a una joven dulce y hermosa, sus ojos marrones con una gota de amarillo aulaga en el centro, el pelo de color azabache y piernas isósceles. En Madrid, en ese instante, Ruth apretaba su mano. En El Salvador, dentro de diez o doce años, Maceo entró en el cráter del Quezaltepeque y cortó para aquella joven una orquídea de las que crecen dentro del volcán.

Samuel estaba al otro lado, de pie junto a la tumba, enfrente de su familia. Pensó en los días felices que vinieron un par de meses antes, tras la pelea en el piso de Marta. Pensó en que aquella misma noche Ruth y él habían hecho el amor, después de tanto tiempo; en que a la mañana siguiente había ido a una inmobiliaria para poner su piso en venta y a una agencia de viajes para preguntar precios, rutas, épocas propicias para empezar su viaje. Le dio a

elegir a Ruth entre Brasil y Samoa, la playa de Ipanema o la tumba de Stevenson, Copacabana o la isla en donde los nativos te regalan su nombre. También había ido a la Universidad, se había informado acerca de las oposiciones, las plazas de profesor, las posibilidades de conseguir un buen puesto, algo más digno de ellos dos que la acería. No le habló a su mujer del dinero que tenía en su cuenta secreta. ¿Qué más daba eso?

Las cosas, de todos modos, se habían ido enfriando: era difícil vender la casa, a la gente no le gustaba el tema de la carnicería, ni los cuartos irregulares, ni los balcones abiertos. Las oposiciones requerían muchas horas libres y él no las tenía. En cuanto a Brasil o Samoa, era todo tan caro... Necesitaban hacerlo, pero con cautela. Ruth parecía otra vez decepcionada.

Volvió a mirar la lápida, los nombres de sus padres, uno junto al otro, Aitana y Truman, unidos para la eternidad, más allá de la muerte. No podía acordarse de su madre, de la dulce Aitana, siempre tan silenciosa, tan fuera de contexto, vestida con una bata blanca, esmalte de algún color pálido en las uñas, hablando con los clientes de su tienda de ultramarinos. ¿Qué más? Muy poco: su voz suave, algo sinuosa, sus manos un poco ásperas, el tono comedido con que le hablaba siempre a Truman. O su muerte, hacía ya tantos años, el oleaje súbito de la muerte, aquel mundo de sanatorios, flores, cirujanos.

Salieron del cementerio. A su alrededor, todo resultaba raro, inexplicable. Maceo metió la mano en su bolsillo y tocó las llaves encontradas de la trenca de Samuel. No sabía por qué le gustaban tanto, por qué le atraían como algo que ocultase un misterio, como la pista de algo que una vez había sucedido. Se iría a América a buscar lo que Truman dejó allí, tal vez no fuese directamente, sino por alguna ruta más larga, pasando por Pekín, por Nueva Delhi, por Tokio. ¿Qué ocurriría si cogiese un mapa y dibujara con líneas azules todos los viajes de Truman? ¿Qué figura saldría después de unir cada punto del trayecto con el siguiente? En cierto modo, la suma de esos trazos era una constelación similar a las del cielo, la Galaxia Truman, con sus dioses y sus héroes. En China, Maceo trabajó como corresponsal de prensa, se alojaba en una pensión muy pobre, leía los libros de los que le habló Truman a la luz de un quinqué de petróleo, el calor era sofocante, se abanicaba con un paipay; en Japón, una noche intentaron matarlo, luchó con cuatro hombres dentro de un almacén, junto al muelle. Después del combate, por algún motivo, se acordó del cometa, de la noche en que Truman y él lo habían visto pasar, desde el

salón de casa, con unos prismáticos.

Ruth también tenía presente aquella noche, que es cuando empezó a matar a Samuel con el veneno. Qué raros habían sido para ella los días de paz tras la pelea en el piso de Marta; qué raro volver a hacer el amor con él, volver a ser engañada con las mismas mentiras: Samoa, una casa nueva, un futuro mejor, un hombre distinto. Casi había vuelto a quererlo, y por esa razón ahora lo odiaba el doble. Se sentía tan sola y tan indigna, tan humillada al verse ir hacia su cama sin escrúpulos, como un perro que va hacia un patíbulo para lamer la sangre de un ajusticiado.

Ahora, mientras se alejaban del sepulcro de Truman, Samuel la tomó de la mano, pero ella se soltó. No le importaba, era nada más que algo transitorio. Las cosas iban a arreglarse, estaba seguro. En los últimos días, después de dos semanas, había tenido que fingir otra vez los mareos, las toses, las arcadas, en cuanto descubrió que Ruth había empezado otra vez a envenenarlo. En realidad, lo supo desde la tarde en que mató al gato en la casa abandonada, desde ese momento en que había decidido espiar a Ruth, vigilar cada uno de sus actos, de sus movimientos. A partir de entonces, cuando ella añadía los polvos criminales a su cena ya no se trataba de matarratas, sino de simple harina. Harina mezclada con unas gotas de Coca-Cola. Cada noche, antes de acostarse, Samuel pesaba minuciosamente la caja del insecticida y cuando faltaban un par de gramos o tres, ponía en marcha su representación: estertores, quejas, escalofríos. «¡Pobre Ruth!», pensó, «¡tan ingenua, tan fácil de desenmascarar!». Luego, dudó si alguna vez iba a confesárselo, en el futuro, cuando ya se encontrasen a salvo, fuera de la zona roja, como la llamaba Samuel, esa zona de los marcadores donde uno descubre que se halla en peligro: demasiada temperatura, velocidad excesiva, poco combustible. Habrían pasado unos años, tres o cuatro; estaban en un restaurante, uno de esos sitios con mesas redondas y comida de colores, con quinqués de petróleo y música de acordeón, quizás en París o en Venecia, junto al río o al lado de uno de los canales, y ella le preguntó si aún la quería. Y él le dijo, por fin, unos versos que ahora, con tanta antelación, ya tenía elegidos, marcados en un libro de Neruda:

No sólo el fuego entre nosotros arde,
sino toda la vida,
la simple historia,

el simple amor
de una mujer y un hombre
parecidos a todos.

Así es justo como iba a ocurrir. Sólo le diría eso. Ni una palabra más.

Esta novela está dedicada a Ángeles Prado, que jamás abrió una herida ni envenenó una palabra, que siempre lo da todo sin pedir nada a cambio. Otras personas tienen algunas partes de mi corazón, pero ella lo tiene entero.

«Una muy conseguida combinación de ideas profundas, historia e intimismo. Una obra ya de madurez. Una prosa serena y atenta a su objetivo. Un aviso de que la vida es irrepetible.»

Juan Marín, *El País*



Una familia rota por la Guerra Civil. Una historia de exilio, amor y pérdida en Costa Rica, Panamá, El Salvador y México. Un matrimonio envenenado por la decepción, un niño alcanzado por un rayo y una mujer que corre hacia el infierno. Éstos son algunos de los hechos narrados en *No sólo el fuego*, un libro sobre la memoria, tan necesaria a la hora de luchar contra el olvido y tan terrible a la hora de avivar el rencor, la sed de venganza, el odio.

Y también una metáfora sobre las consecuencias del fracaso y del engaño, sobre el peso insufrible de las esperanzas perdidas.

La familia, a la vez corriente y extraordinaria, que protagoniza esta obra reúne cuatro generaciones: Truman, un hijo de republicanos purgados por el franquismo; Samuel y Ruth, la pareja que viene de un pasado lleno de sueños y desemboca en un futuro sin salida; Marta, la joven enamorada de su verdugo, y Maceo, herido por una tormenta, obsesionado por el cielo y por los relatos que le cuenta Truman, llenos de viajes, secretos, tragedias. Todos ellos están cerca del límite en que cualquier cosa puede suceder, desde el perdón hasta el asesinato.

La crítica ha dicho...

«Ni siquiera los más impetuosos profesionales de la sospecha o la envidia podrán saltarse la evidente calidad literaria de este libro implacable.»

Luis García Montero, *El País*

«*No sólo el fuego* mantiene las mejores cualidades del arte de narrar de Benjamín Prado: un estilo expeditivo y conciso; una afortunada mezcla de

amenidad argumental y profundidad temática; la capacidad de construir un relato ágil que se puebla de ideas muy serias y, en suma, una nítida visión de la existencia apoyada en las convincentes peripecias de sus seres de ficción.»

Santos Sanz Villanueva, *El Cultural de El Mundo*

«En *No sólo el fuego*, Prado puede alardear de un preciso manejo del suspense y de un prodigioso dominio del tiempo narrativo. Su virtuosismo, su elevada cota de madurez, su originalidad y la imaginación desbocada de la que hace gala en esta novela le aseguran una proyección futura de largo alcance.»

Enrique Turpin, *La Voz de Asturias*

«Prado trabaja con un material tan altamente inflamable como los sentimientos, y en él lo dicho tiene una profundidad especial. [...] Sus protagonistas habitan ese lugar donde los sueños están a punto de convertirse en pesadillas, que tan bien han conocido Raymond Carver o Richard Ford.»

Félix Romeo, *ABC*

Sobre el autor

Benjamín Prado (Madrid, 1961) ha publicado las novelas *Raro* (1995), *Nunca le des la mano a un pistolero zurdo* (1996), *Dónde crees que vas y quién te crees que eres* (1996), *Alguien se acerca* (Alfaguara, 1998), *No sólo el fuego* (Alfaguara, 1999), *La nieve está vacía* (2000), *Mala gente que camina* (Alfaguara, 2006), *Operación Gladio* (Alfaguara, 2011), *Ajuste de cuentas* (Alfaguara, 2013) y *Los treinta apellidos* (Alfaguara, 2018); y los libros de relatos *Jamás saldré vivo de este mundo* (Alfaguara, 2003) y *Qué escondes en la mano* (Alfaguara, 2013). Es autor de los ensayos *Siete maneras de decir manzana* (2000), *Los nombres de Antígona* (Aguilar, 2001), *A la sombra del ángel. Trece años con Alberti* (Aguilar, 2002) y *Romper una canción* (Aguilar, 2010). Su obra poética está compuesta por los libros *Un caso sencillo* (1986), *El corazón azul del alumbrado* (1990), *Asuntos personales* (1991), *Cobijo contra la tormenta* (1995), *Todos nosotros* (1998), *Iceberg* (2002), *Marea humana* (2006) y *Ya no es tarde* (2014), todos ellos reunidos en el volumen *Acuerdo verbal* (2018). Ha escrito también los libros de aforismos *Pura lógica* (2012), *Doble fondo* (2014) y *Más que palabras* (2015), y junto al músico Joaquín Sabina el tomo *Incluso la verdad* (2017). Sus libros han sido traducidos en Estados Unidos, Alemania, Francia, Gran Bretaña, Italia, Grecia, Dinamarca, Portugal, Bélgica, Croacia, Estonia, Letonia y Hungría, y editados también en Argentina, México, Perú, Cuba, El Salvador y Colombia.

© 1999, Benjamín Prado

© 1999, 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

ISBN ebook: 978-84-204-3535-0

Diseño de interiores realizado por Alfaguara, basado en un proyecto de Enric Satué

Imagen de cubierta: Pablo del Pino

Conversión ebook: Newcomlab, S.L.

Este libro ha sido galardonado con el XIV Premio Andalucía de Novela 1999, patrocinado por el BBV.

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del copyright.

El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

www.megustaleer.com



Índice

[No sólo el fuego](#)

[Cita](#)

[Capítulo uno](#)

[I](#)

[II](#)

[III](#)

[IV](#)

[Capítulo dos](#)

[I](#)

[II](#)

[III](#)

[IV](#)

[V](#)

[VI](#)

[Capítulo tres](#)

[I](#)

[II](#)

[III](#)

[IV](#)

[Capítulo cuatro](#)

[I](#)

[II](#)

[III](#)

[IV](#)

[Capítulo cinco](#)

[I](#)

[II](#)

[III](#)

[IV](#)

[Capítulo seis](#)

[Dedicatoria](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre el autor](#)

Créditos